

La Esfera

ATENEOD E
BIBLIOTECA
MADRID

Año II * Núm. 97

Precio: 50 cénts.



CARMEN, dibujo de Ochoa

ATENEOD E
BIBLIOTECA

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

Del Amor,
Del Dolor
y
Del Misterio

LIBRO DE POESÍAS

originales de

EMILIO CARRÉRE

4 PESETAS

Pídase á "Prensa Gráfica" Hermsilla, 57, Madrid

Se admiten suscripciones y anuncios para esta revista en la
LIBRERÍA DE SAN MARTÍN
PUERTA DEL SOL, 6 MADRID

*Lea Ud. todos los meses
la interesantísima revista*

Por Esos Mundos

Arte ≈ Ciencias ≈ Literatura ≈ Historia ≈ Teatro
Modas ≈ Deportes ≈ Poesía ≈ Viajes ≈ Novelas
Actualidad ≈ Encuestas ≈ Curiosidades ≈ Concursos

PRECIO: UNA PESETA EN TODA ESPAÑA

PRÓXIMO Á PUBLICARSE

Este es el mal
de que agoniza España...

POR

DIONISIO PÉREZ

Un tomo, de más 200 páginas,

2,50 PESETAS

Los corresponsales de «Prensa Gráfica» pueden hacer sus pedidos á esta Administración

En la República Argentina: **Sres. Ortigosa y Cia.,**
RIVADAVIA, 698, BUENOS AIRES

TAPAS

para la encuadernación de

“La Esfera”

confeccionadas con gran
lujo

PRIMER TOMO PARA EL AÑO DE 1915

A 4 pesetas el juego de tapas para un semestre

SE VENDEN EN LA **Prensa Gráfica (S. A.)**
ADMINISTRACIÓN DE

HERMOSILLA, 57 MADRID

Para envíos á provincias añádanse 0,40 de correo y certificado

La Esfera

Año II.—Núm. 97

6 Noviembre 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



FERNANDO I
Rey de Bulgaria

DIBUJO DE GAMONAL



DE LA VIDA QUE PASA LA MORAL DEL VESTIDO

No hay por qué sorprenderse y menos indignarse de la creciente osadía de la moda femenil en el vestir. No seamos hipócritas aparentando escrúpulos que, en el fondo, distan mucho de ser sinceros. Si la mujer recata menos sus líneas de día en día, si disimula su íntimo decoro tras de las apariencias de un desenfado menos pecaminoso que alarmante, de ello somos responsables nosotros, que preferimos la embriaguez lasciva al placer honesto, la hermosura que exhibe con escándalo á la belleza que se amuralla con la timidez. La ingenuidad de la mujer ha dejado de ser un incentivo para el hombre. Lo que nos seduce de Eva es el presentimiento de su secreta perversidad, el caudal inédito de libertinaje que la suponemos, unas veces con razón y otras calumniándola.

La inocencia femenina está en descrédito ¿No oís todos los días que Fulana de Tal, canzonista ó bayadera, más notoria por su palmito que por su arte, se ha casado con un millonario? ¿No habéis reparado en la baja que alcanza la mujer de historia en el mercado de contratación conyugal, que es la sociedad, y en el aislamiento melancólico en que se consume la juventud de muchas mujeres que se niegan á hacer al hombre anticipos de su honestidad? Esa subversión del sentido moral masculino ¿será un síntoma de la emancipación de prejuicios seculares que hasta ahora considerábamos respetables, ó tendrá el carácter malsano de toda aberración? Lejos de mí la intención de tragar la geografía de la moral, situando los vicios y las virtudes conforme quiere la sociedad. No. La experiencia me ha enseñado que esa definición del bien y del mal impuesta por las preocupaciones sociales y las leyes que las consagran, es á menudo arbitraria.

Yo creo que en amor todo hombre está obligado á ser el Colón del continente en que se propone vivir, sin someter su elección á las garantías que le ofrezcan los demás. Nuestro bien y nuestro mal no están donde los emplaza la opinión, sino donde se nos revelan á nosotros.

Detrás del externo descoco de una mujer puede haber una conciencia honrada y su corazón puede haber salido ileso de todos los temporales de su pasado. La vida es por sí demasiado compleja, para que nos atengamos á las definiciones simplistas que exigen al hombre de la obligación de pensar. Yo no quiero calumniar á toda una dilatadísima serie de mujeres que se procuran la subsistencia y el lujo cantando ó moviendo las caderas á compás de un ritmo musical en un escenario. Procediendo así no delinquen ni se degradan. No hacen más que prestarse á la obscena curiosidad del hombre, sin ser cómplices por eso, de su fiebre de libertinaje. Si nuestro gusto está tan extragado y nuestra sensibilidad ha venido tan á menos que nos allanamos á posponer el arte grande y excelso á ciertos bajos espectáculos de carácter afrodisiaco, si preferimos darle nuestro dinero y nuestro aplauso á la bella Pinguito, rehusando el uno y el otro á la gran actriz y al gran actor que ennoblecen con su trabajo las altas visiones del poeta y las honradas ideas del dramaturgo, la responsabilidad no es de las mujeres que disimulan con el canto y con el baile la exposición de otros atractivos del sexo, menos ideales y á ratos más sugestivos, sino de nuestra depravación irremediable. La mayoría de esas criaturas hubiese aceptado otro destino de habérselo ofrecido á tiempo el hombre.

Tal vez en muchos de esos casos de mujeres lanzadas al azar del arte barato hallásemos algo más que frivolidad, aturdimiento y desenfado. Quizás encontrásemos si nos pusiéramos al alcance de las confidencias de esas mujeres, huellas de ilusiones rotas, la cicatriz de un amor, la amargura inextinta de un prematuro desencanto sentimental. El hombre que no las quiso inocentes, recatadas y honestas, las codicia cuando la promiscuidad sexual y la depravación que la acompaña han agostado las más fragantes flores de su alma. Á mí no me sorprende, pues, el que se case la bella Pinguito, mientras la dulce Ofelia se consume en la soledad...

Pero, ese espectáculo de injusticias encubre un peligro que ya empieza á amenazarnos; el de que la mujer honesta, humilde y resignada, eche á

solas sus cuentas y empiece á estudiar los medios de sobreponerse á la competencia que le hace la otra. El método de lucha no requiere, por otra parte, grandes esfuerzos mentales. Basta con que la mujer se mire en el espejo y se decida á copiar las modas de vestir de su rival. Al principio su espíritu se resistirá á descender á la indecorosa arena de la competencia. Atavismos de educación doméstica, escrúpulos religiosos y también el respeto que se debe á sí misma se opondrán á tales mudanzas, pero, como el sistemático desdén del hombre la irritará demasiado y la mujer tiene muy sensible la epidemia de la vanidad, muy bien pudiera ocurrir que, sobre todo en las capitales fuera imposible, dentro de poco, inferir la condición moral de una mujer, de su vestido. Si las modas severas ponen en riesgo su ascendiente sobre el hombre, proscibirá de su tocado la severidad y muy pronto la veremos exhibir sus líneas tan libremente como las ostenta su victoriosa rival. ¿Por qué no? Las mismas madres advertidas del peligro dominarán sus escrúpulos, subordinándolos al fin práctico, esto es, á que sus hijas no se queden, como vulgarmente se dice, para vestir santos. Lo peor no es eso, sino que la rebelión de la niña contra el decoro de la indumentaria que vela demasiado los encantos de un palmito, puede llevar á Eva más lejos.

Á la reforma externa puede sobrevenir insensiblemente, la reforma interna y á la libertad de la moda, la libertad de costumbres. Aunque se haya dicho que el hábito no hace al monje, la afirmación dista mucho de ser cierta. El hombre á quien revestís del uniforme militar concluye por contraer un cierto rigorismo profesional reñido con la tolerante laxitud de la vida civil. Todo el que tenga alguna experiencia de cuartel sabe eso. El hábito de traza monjil que visten las muchachas en ciertos colegios entona su espíritu de cierta reserva mística, que si se acentúa determina verdaderas vocaciones religiosas, y aquella medrosidad interior que es como un plegar de las alas del alma, tardan mucho tiempo en perderla las muchachas saturadas de la atmósfera conventual, en su nueva existencia mundana.

¿Por qué, pues, ha de ser temerario el suponer que una mujer que viste libremente concluye por pensar libremente? No hay en esa suposición malevolencia para el sexo encantador. Estoy razonando sencillamente. Sería, por otra parte, insensato el ver en esa ligera depravación de las costumbres un peligro irreparable de disolución social. No. El mundo no amenaza, por fortuna, acabarse porque los dos sexos se busquen al través de las excentricidades de la moda. Si he insistido al señalar la evolución de las modas, no es porque yo adopte el inflexible criterio de Tertuliano y otros Padres de la Iglesia, sino para defender la dignidad de ciertas pobres criaturas sin vocación de aventureras á las cuales desdeña sistemáticamente el depravado sentido moral del hombre.

Sería absurdo esperar que estas reflexiones más mejorasen su suerte, pero, aun teniendo por fallida de antemano toda ilusión sobre la enmienda de los hombres, hay derecho á creer que no por eso perderá Eva ninguna de sus hermosas prerrogativas. Vestida ó sin vestir ella es la que seguirá dirigiendo la parte más interesante de nuestra existencia.

MANUEL BUENO



LA GUERRA DE PROYECTILES

UNA VISITA Á M. ALBERT THOMAS

Quién le habría dicho antes de la guerra á Mr. Albert Thomas, socialista «unificado», esto es, antimilitarista por definición, que un nuevo Ministerio—el de Artillería y Municiones—había de crearse en Francia, con la labor y las responsabilidades centuplicadas, y que él, pacifista irreductible, político humanitario, sería el llamado á ocuparlo? Mr. Albert Thomas habría rechazado, sonriendo, la paradoja.

Hoy Mr. Albert Thomas ha aceptado sin titubear un puesto que le permite seguir trabajando —¡pero de otro modo!— en pro de la paz universal, é impulsa, fomenta y multiplica la producción de proyectiles y de cañones comprendiendo que solamente así puede ser conquistada. La paradoja desaparece y los sueños teóricos y el patriotismo práctico de Mr. Albert Thomas, lejos de contraoponerse, se funden y armonizan.

He tenido el gusto de ser presentado á Mr. Thomas en uno de los *Palaces* de los Campos Elíseos transformado en Ministerio. Después de la antesala de rigor pasé á su despacho, que ha sido improvisado en uno de los salones del hotel. Al fondo, y ante una mesa de palo de rosa, Mr. Thomas concluía de revisar unos papeles. Con su traje gris, su mirada recta y clara, su sonrisa amable y su barba y sus cabellos rubios ligeramente aborrecidos, se me apareció tal como yo había podido figurármelo por sus escritos y sus actos. Era el hombre sencillo, el trabajador inteligente y probo que yo esperaba encontrar. Y mientras cambiaba con él los primeros saludos, antes de pasar al interrogatorio á que deseaba invitarle, toda su vida, de labor incansable y de honradez luminosa, se resumía rápidamente en mi imaginación.

El hombre que yo tenía delante (que, con Lloyd George, asume una de las más grandes responsabilidades en el conflicto europeo) había sido desde su infancia lo que se llama «una conciencia». Hijo de una familia modestísima, había logrado sobresalir como estudiante, obteniendo todos los premios y ganando los más difíciles concursos. A los veinte años entraba en la Escuela Normal Superior para salir, poco más tarde, con el título que le confería el derecho á desempeñar una cátedra de Historia. Un gran porvenir se le ofrecía en la Universidad; pero Albert Thomas no dudó en renunciar á él porque ya la política le atraía: una política de ideas generosas, de miras elevadas: el socialismo noble y culto que encontraba en Jaurés un apóstol inspirado. Como tenía que ganar para vivir, aceptó el cargo de preceptor de un biznieto de Víctor Hugo, convirtiéndose en un gran amigo de la familia del poeta. Entre tanto, Thomas trabajaba sin descanso, estudiando á fondo la obra de los maestros del socialismo y llegando á ser, al mismo tiempo que el discípulo preferido y el amigo de Jaurés, uno de los principales redactores de *l'Humanité*. Algunos meses pasados en Berlín cerca de los socialistas alemanes, Berstein entre otros, debían concluir de convertirle en el doctrinario más competente del partido socialista francés, como lo prueban sus numerosos folletos de propaganda, sus discursos y el volumen que le fué confiado en la *Historia Socialista* de Jaurés. Hace seis años fué elegido diputado por primera vez, cuando su nombre era ya ilustre y representaba el de uno de los jefes del partido socialista «unificado» de Francia y el de un hombre incorruptible y sabio.

La voz de Mr. Thomas me devuelve á la realidad del momento.

—Pregúnteme usted cuanto guste —me dice— y yo le contestaré hasta donde me sea dado hacerlo...

—No querría ser indiscreto—le respondo—, pero desearía saber si está usted contento del esfuerzo francés en lo que respecta á la fabricación de municiones.

Mr. Thomas sonrío.

—La verdad que me es difícil de responder, porque soy juez y parte en la materia; pero si se tienen presentes las circunstancias particularmente difíciles en que nos hemos encontrado al principio, cuando casi todo el personal obrero competente se encontraba en la línea de fuego, nada me impide declararme satisfecho. Históricamente, el esfuerzo de Francia, llegando por una organización metódica á decuplicar la producción y á aumentar en proporciones inesperadas el desenvolvimiento de sus industrias de guerra, habrá de sorprender, habrá de maravillar como un prodigio del que, nosotros, los franceses que lo conocemos, podemos sentirnos orgullosos desde ahora. Sin duda que todavía nos queda mucho por hacer, pues nos hemos encontrado, de improviso, frente á necesidades imprevistas y enormes que aumentan de hora en hora. Pero lo que queda por hacer, se hará; lo estamos haciendo... La propia Alemania, que se preparaba á la guerra desde hacía cuarenta años, ha visto al consumo sobrepujada la producción... ¿Quién preveía tan larga lucha? Algunos proyectiles alemanes recogidos últimamente en nuestras trincheras nos han probado que nuestros adversarios están lejos de poseer las municiones de primera calidad con que contaban al principio de la guerra. Concretando: á juzgar por los resultados ya obtenidos, no tengo inconveniente en afirmar que Francia llegará á cumplir en absoluto el programa formidable que se ha trazado en lo que respecta á la fabricación de cañones y de proyectiles.

—Acerca del esfuerzo de Inglaterra, ¿qué opinión usted?

—Que es grandioso, no habiendo hecho todavía más que comenzar... Puede decirse que los ingleses han tardado un poco en darse cuenta de la importancia, de la trascendencia única del conflicto... Por esto quedan aún en Inglaterra, á la hora presente, recursos y energías por utilizar... Más vale así. Esas fuerzas dormidas de nuestros aliados se despertarán á tiempo. Inglaterra ha hecho mucho, mucho; pero habrá de hacer más...



M. ALBERT THOMAS
Ministro de Artillería y Municiones, de Francia

Después de un silencio, hice á Mr. Albert Thomas una pregunta que me abrasaba los labios desde que me encontraba junto á él y que apenas me atrevía á formular.

—¿Qué piensa usted de los socialistas alemanes, Liebknecht aparte, claro es, pues su sinceridad no puede ser discutida?

Albert Thomas duda un momento, como si mi pregunta le sorprendiese. Yo me he dirigido entonces al pensador, al político de ideas, y no al Ministro de municiones. Mr. Thomas concluye por hablar así:

—Yo creo que en Agosto de 1914, desorientados por las declaraciones secretas que hizo el gobierno alemán á la Comisión del Presupuesto, y que no eran sino un conjunto de falsedades, se dejaron arrastrar por la idea, á todas luces absurda, de que su país no era el agresor, sino el agredido. Después, á medida que la verdad se habría paso, han ido comprendiendo que la paz europea había sido rota por Alemania. Tal es, hoy día, la opinión de los jefes socialistas alemanes, que ven claro y en particular la de Berstein. Si esta corriente de opinión se propagase en Alemania podríamos encontrar en ella una garantía de la futura paz de Europa. Pero la masa de los socialistas alemanes sigue creyendo que su país defiende sus intereses vitales y que, si no triunfa, es la bancarrota de la nación y del comercio alemanes. En suma, puede decirse que el sentimiento dominante del socialismo alemán es una especie de *patriotismo económico*. Y el socialismo alemán, del que tanto se esperaba, no podrá volver á ser lo que era antes de la guerra sino por la derrota de Alemania y por la demostración, después de nuestra victoria, de que no existe el peligro de un imperialismo francés deseoso de oprimir al mundo.

—Y de los rusos, ¿qué piensa usted?

—Que no pueden ser aniquilados y que volverán...

Me levanté para despedirme. Y antes de estrechar la mano del Ministro:

—No me atrevo á preguntar si cree usted en la victoria final de los aliados...

Mr. Thomas repite su sonrisa perspicaz y amable.

—Usted insinúa que yo no puedo menos de tener la que llamaríamos «confianza oficial» en la victoria, la misma que poseen todos los gobiernos beligerantes... Pero yo tengo algo más: una confianza razonada, una confianza matemática. Cualquiera que sea el esfuerzo de Alemania, fatalmente llegará un momento en que deberá rendirse á las fuerzas progresivas y organizadas de Francia, de Inglaterra, de Italia y de Rusia. Con la obra formidable de los aliados, que cuentan con la libertad de los mares, los recursos americanos y el apoyo de los japoneses á los rusos, Alemania no podrá luchar indefinidamente. Ella declina haciendo ruido y deslumbrando á ciertos espectadores, mientras nosotros crecemos de hora en hora, sin hablar, incansables... Cuando hayamos alcanzado el máximo de esfuerzo, la victoria será para nosotros como un fruto maduro al alcance de la mano. Pero en lugar de dejar que se desprenda por sí mismo de la rama, creo que deberemos arrancarlo para precipitar, con la victoria definitiva, la paz de Europa y del mundo. ¡Ojalá no nos falten la audacia de concepción y el espíritu organizador necesarios para abreviar la guerra!

Y Albert Thomas se queda un buen rato en silencio, soñador, pensativo... Ha hablado de la paz. Las ilusiones humanitarias han vuelto á acariciar su espíritu. Y parece decidido á fabricar más cañones y más proyectiles que nunca para que sus ensueños pacifistas puedan realizarse á pesar de todo...

ALBERTO INSÚA
París, Septiembre 1915.

LA ACADEMIA DE CABALLERIA DESTRUIDA POR UN INCENDIO

DE las cinco ciudades castellanas que son asiento de docentes centros militares, Valladolid, la vieja corte del reino, es la más importante en el orden estadístico y no va en zaga a las demás en afecto al Arma que tiene la cuna de su oficialidad a orillas del Pisuerga, como aquellas veneran y respetan a las oficialidades que en ellas hicieron su aprendizaje marcial.

Toledo, cuna de la Infantería, tiene para sus cadetes la majestuosidad de su Alcázar; Guadalajara dedicó a sus Ingenieros una vieja fábrica de paños, antiguo palacio señorial, que remozada en ininterrumpida labor de cerca de un siglo, es edificio apropiado para su pedagógica misión;

Avila cedió a los futuros intendentes el artístico palacio del conde de Polentinos, con el aditamento indispensable de la huerta de la Santa, y así y todo, precisa más amplios locales; Segovia pasó a sus artilleros desde el histórico Alcázar que les cediera el conde de Chinchón al viejo convento de San Francisco, y a pesar de las excelencias del local por sucesivos y metódicos arreglos, el Cuerpo sigue aspirando a posesionarse de nuevo del Alcázar, nidal hoy del archivo general militar; y Valladolid, cuando en 1852 se disolvió el Colegio General Militar, ofreció para colegio de jinetes marciales la Cárcel Modelo que construyera siete años antes, edificio de planta octogonal, situado frente al frondoso Campo Grande, en el que se iniciaba el sistema panóptico.

Necesario fué para habilitar de un presidio una Academia, trasladar



Edificio en que estaba instalada, en Valladolid, la Academia de Caballería

con urgencia la población penal al ex monasterio de Prado y acto seguido se reformó el edificio que desde el referido año de 1852 hasta 1861 fué colegio de cadetes de Caballería; en esta última fecha se convirtió en escuela general del Arma. En 1868 se cerró esta escuela y por tres

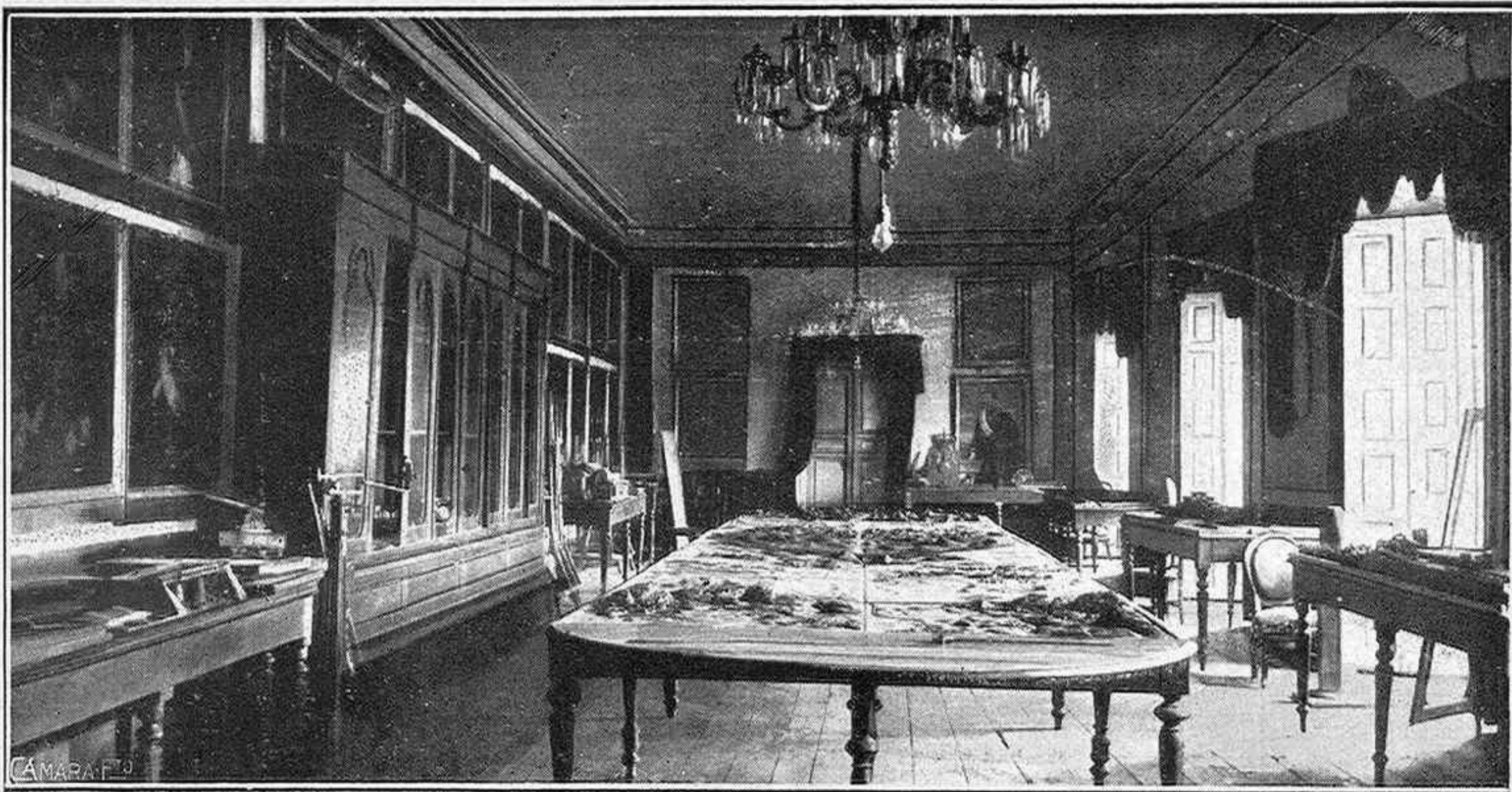
años se convirtió el local en escuela de desbravadores y picadores, hasta que en 1871 volvió a ser Academia de Caballería. En 1883, al instalarse en Toledo la Academia general militar, de inolvidables recuerdos, quedó en Valladolid y en el edificio que pasados días destruyeron las llamas, la Academia especial del Arma de Caballería, en la que cursaban los alumnos el tercer año y el curso especial de alféreces. En 1893 volvió a ser Academia de Caballería, como lo ha sido hasta el acto del fatal siniestro.

Los hoy generales Andino, Sousa y Roselló fueron directores de este Centro introduciendo en el edificio y en las clases y gabinetes notables mejoras que hicieron de esta

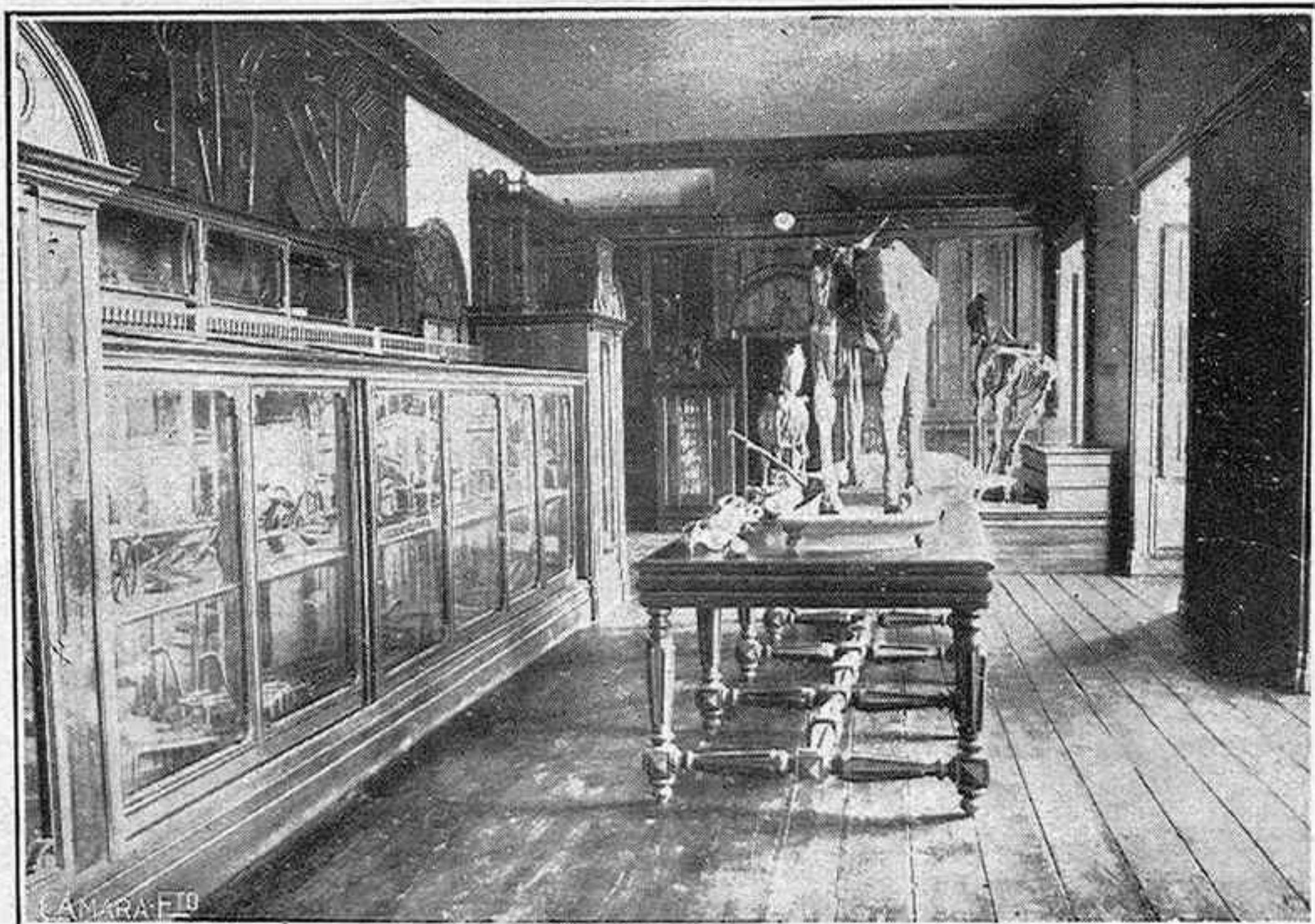
Academia un modelo de escuelas de jinetes. Había en ella cuadras para 250 caballos, dos picaderos cubiertos, con instalación de luz eléctrica, que permitía utilizarlos durante la noche, cuando las circunstancias lo exigían. El gimnasio, la sala de armas y la de esgrima eran de suma riqueza y atildado gusto.

La biblioteca, salvada en su inmensa mayoría, era magnífica. En el rico guadarnés se conservaba una completísima colección de modelos de las monturas usadas en los diversos países y en los diferentes ejércitos del mundo, y otra de las que usó la Caballería española desde los tiempos más remotos hasta nuestros días.

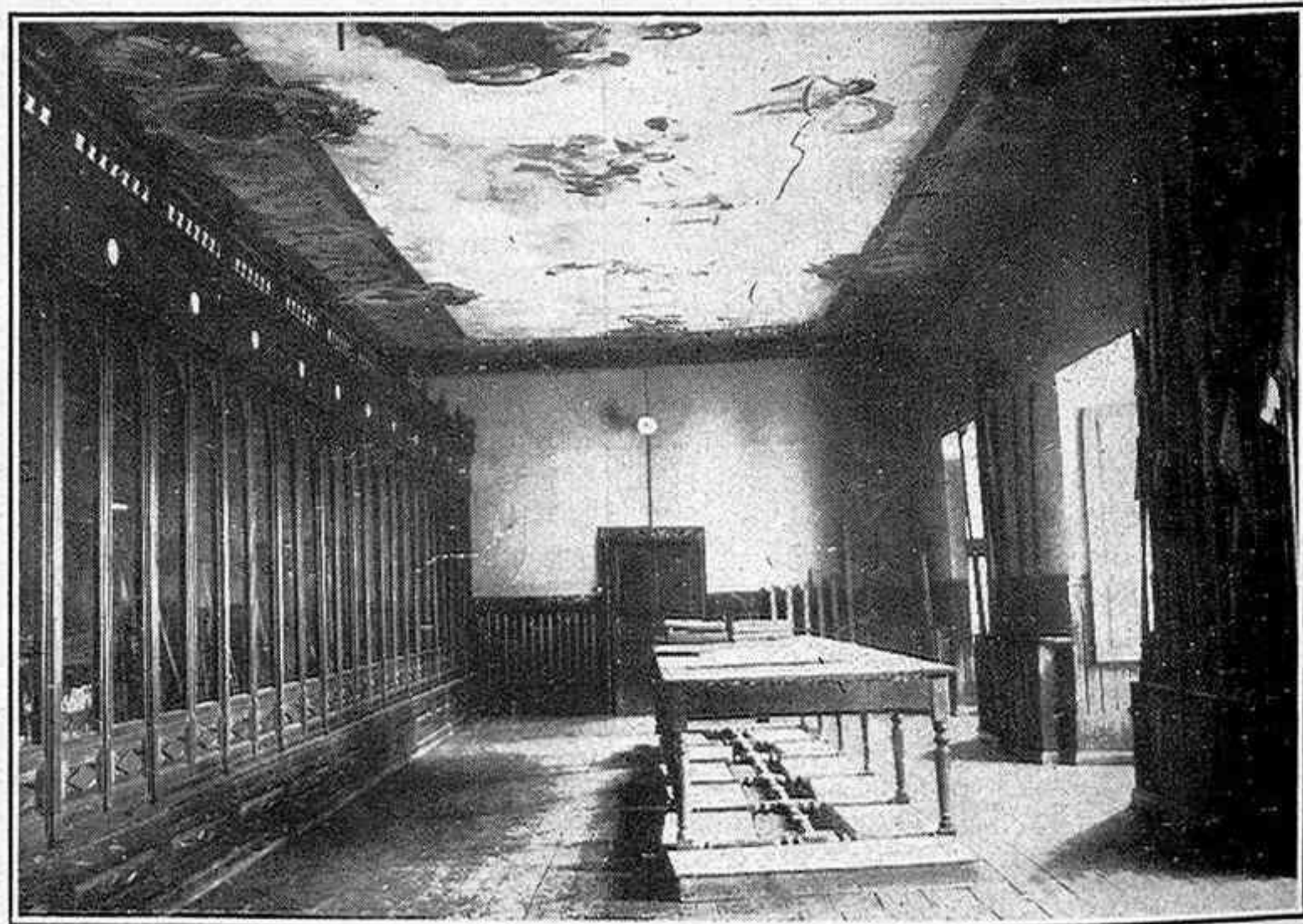
La acertada instalación del gabinete de telegrafía, permitía realizar la enseñanza de esta clase tan indispensable para la oficialidad del Arma, de un modo eminentemente práctico, pues



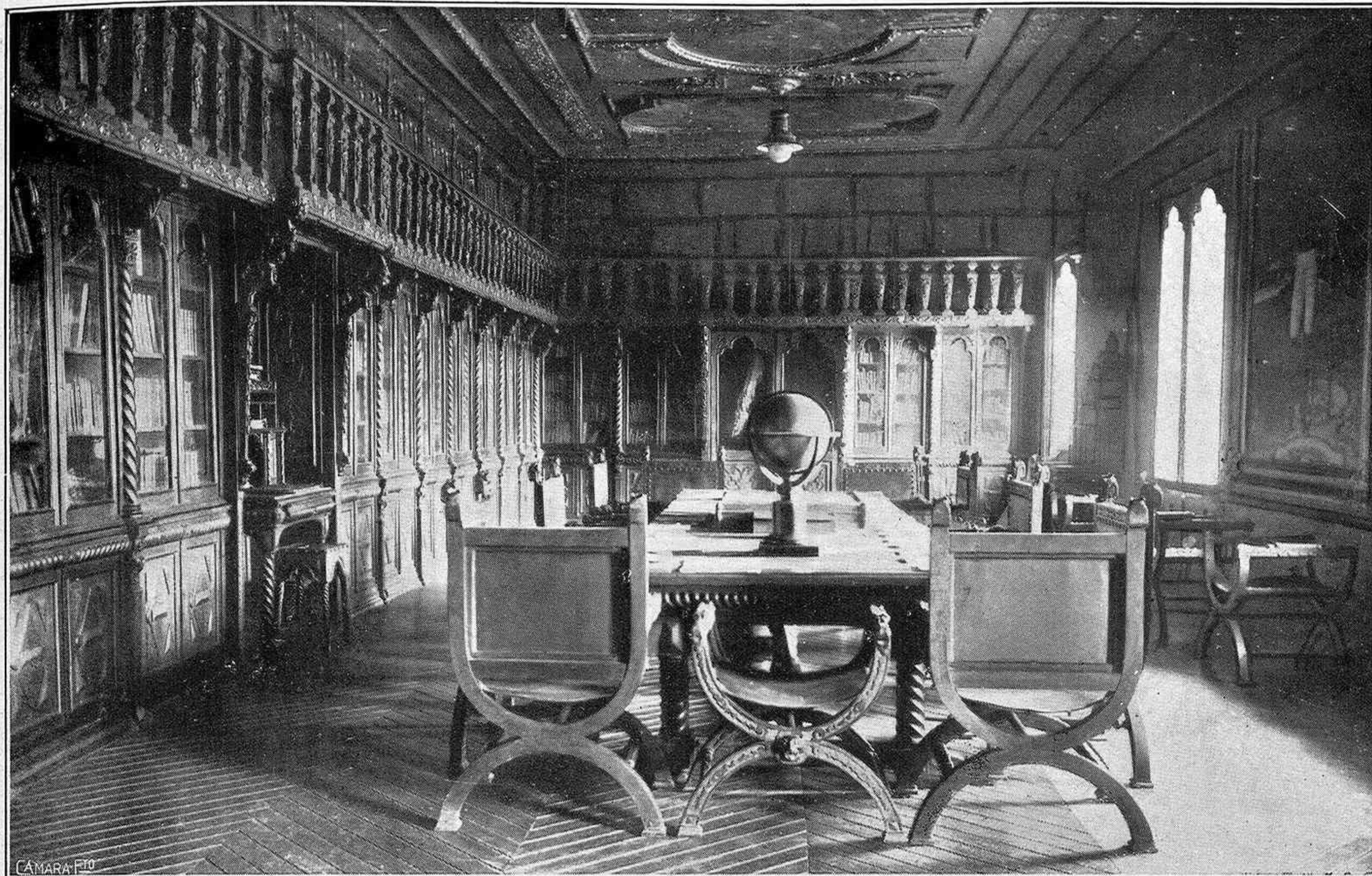
Una de las salas de estudios de la Academia de Caballería



Gabinete de Historia Natural



Sala de levantamiento de pianos



La Biblioteca de la Academia de Caballería

contaba con ocho estaciones fijas: de ellas dos sistemas Breguet, una del sistema Estienne, dos Hugues y el resto Morse; pudiendo enlazarse estas últimas con cuatro estaciones de campaña del mismo sistema. Como particularidad mencionable, cada estación tenía sus pilas y accesorios (galvanómetros, pararrayos, timbres, conmutadores, etc.) de distintos sistemas, facilitando así el estudio de esta rama importante de la ciencia eléctrica.

Completaban este curioso gabinete, salvado en su mayor parte por la feliz coincidencia de

figurar en la Exposición anexa al Congreso de las Ciencias, variedad de heliógrafos, proyectores y teléfonos.

En la misma sala, sobre una plataforma, se hallaba una vía férrea de 32 metros de desarrollo, por la que marchaba un minúsculo tren, compuesto de locomotora, tender, plataforma y furgón, éste con rampa para simulación de embarque y desembarque de ganado.

Notabilísimo y rico era, asimismo, el gabinete de Agricultura.

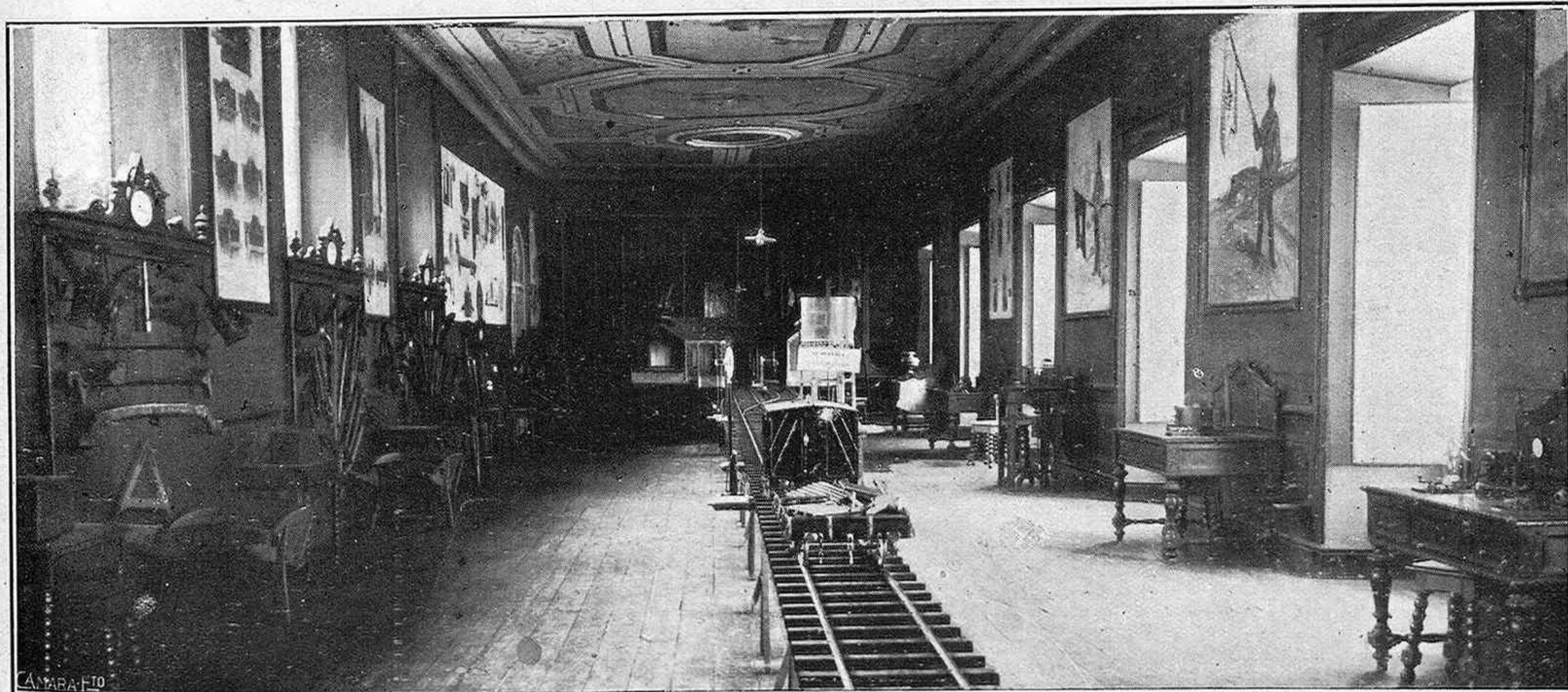
Los internos dormían en dos salas amplias y

ventiladas. Los despachos de los jefes y el salón de actos estaban ricamente amueblados; en ellos y en la escalera principal había artísticos cuadros, salvados en su inmensa mayoría.

El fuego, implacable y voraz, ha destruído tradiciones y recuerdos.

¿Quién sabe si de sus cenizas, cual nueva ave fénix, surgirá la esperanza de un edificio adecuado para escuela de jinetes marciales?

AURELIO MATILLA



Sala de Ferrocarriles de la Academia de Caballería

FOTS. SANTOS PEÑA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



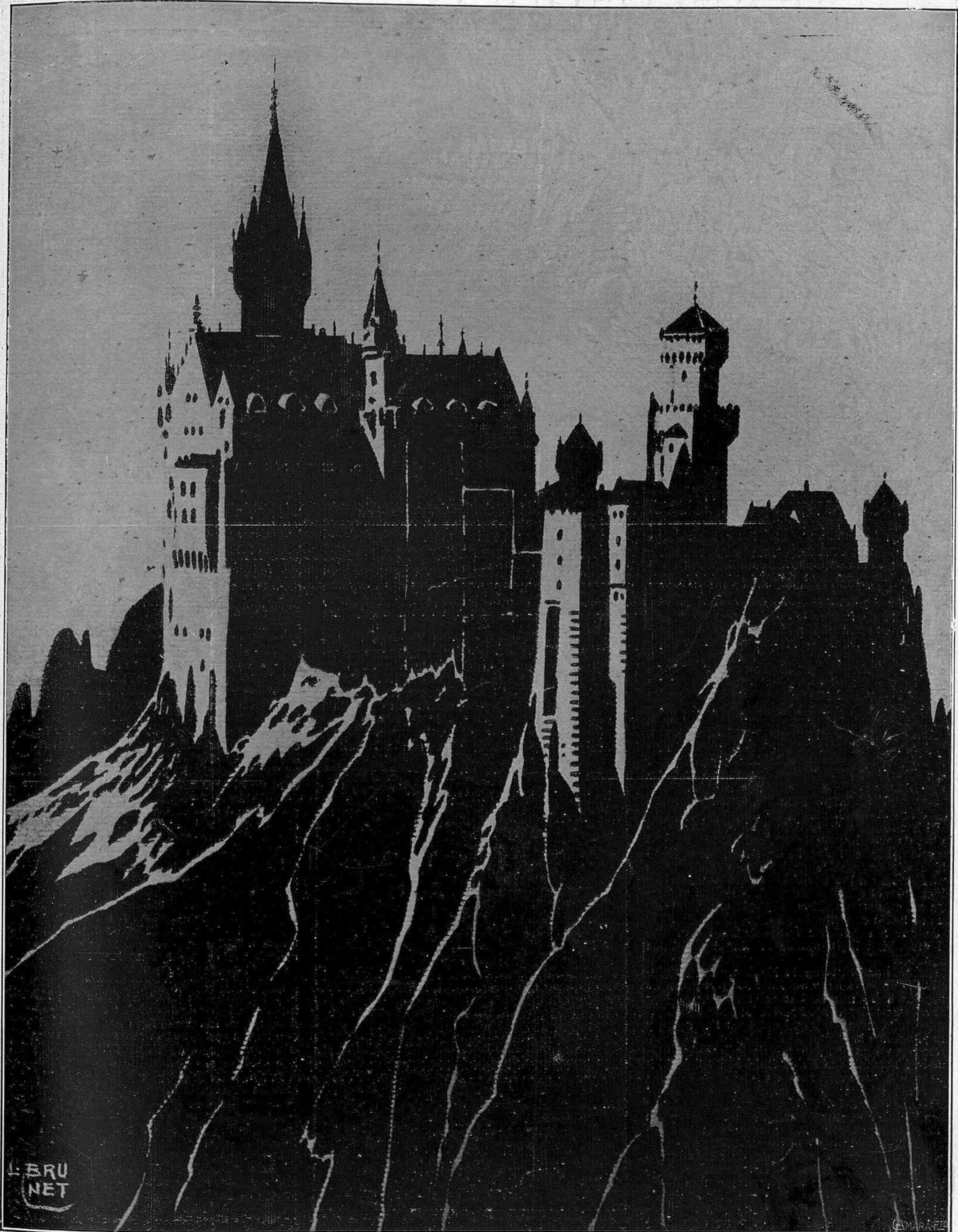
ESCENA

Colombina aparece Se arrodilla Arlequin: De amor sentimental, irreal, imposible.
 -Princesa de la Gracia que teneis por dozel Muy viejo y muy de ahora, lírico, inextinguible.
 Luz de aurora de Abril, suave duhor de miel Ebrio de juventudes vibrantes y lejanas.
 Arpegios de cristal, aromas de jazmin. Televaros encima de todas las mujeres.
 Me embelesais, Princesa. Con mi aspero violin. J amaros en el ritmo de los atardeceres.
 Quisiera decir son del arpa, del rabel. J amaros en la brisa jovial de las mañanas.
 Del trovador gentil o del rey de Israel.
 Por perfumar de amor sin par vuestro jardin.

A Maria

Rafael Colla

LAS CIUDADES DE LA GUERRA



ENEDER
BIBLIOTECA
MADRID

CASTILLOS ALEMANES: NEUSCHWANSTEIN

APUNTE DEL NATURAL POR BRUNET

LO QUE FUÉ
FRANCOFOBIA DE UN DÍA

(DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO)



D. JOSÉ POSADA HERRERA



D. FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ

ESTABA toda España tranquila y satisfecha. El Gobierno hallábase entregado al sosiego en plena vacación estival; Sagasta, su presidente, de viaje, y el general Martínez Campos, ministro de la Guerra y sustituto de Sagasta durante su ausencia, vivía en el mejor de los mundos. De pronto se recibió en Madrid una noticia grave: las tropas de Badajoz se habían sublevado al grito de ¡Viva la República!

En la plaza fuerte, fronteriza con Portugal, constituían la guarnición los regimientos de Covadonga y de Santiago. Al frente de los soldados de Infantería y de Caballería se puso D. Serafín Asensio Vega, un militar muy republicano, que al pie de sus retratos estampó la frase siguiente compuesta con palabras de Ruiz Zorrilla: «Revolucionario frente á la reacción; conservador frente á la anarquía».

Don Serafín Asensio Vega, jefe militar del alzamiento de Badajoz, y D. Ruben Landa, jefe civil, no quisieron mantener luchas estériles y al advertir que su actitud no la seguían otros comprometidos en distintos puntos de España, abandonaron el baluarte extremeño, internándose en tierra lusitana.

El hecho fué apenas visto y oído, pero produjo honda emoción en el país, sobre todo cuando en pos del fugaz incendio de Badajoz, saltaron chispazos en Seo de Urgel y Santo Domingo de la Calzada. En los periódicos comentamos irónicamente el admirable descuido de los gobernantes, no enterados hasta surgir la revuelta de que se había constituido una Asociación militar y de que reanudábase la era de los pronunciamientos, hijos legítimos de la singular política española.

Falto de ambiente en la Nación quedó extinguido el propósito revolucionario y pocos días después hubo una revista militar en que el Rey fué aclamadísimo. ¡Qué gallardamente iba á caballo D. Alfonso XII y qué entereza tan cabal y tan simpática la suya!

Se puso á prueba después de la fracasada intentona republicana en el viaje que hizo al extranjero. Estuvo en Viena, en Berlín y en París. En Viena le agasajaron mucho y en Berlín el Kaiser, abuelo del actual, aprovechó la ocasión para recibir con entusiasmo á un monarca joven y de paso mortificar á los franceses. El Emperador Guillermo nombró al Rey D. Alfonso coronel honorario de un regimiento de Estrasburgo y el hecho, con más unas cuantas referencias maliciosamente inventadas, produjeron en Francia un revuelo enorme. Los periódicos de los bulevares hablaron del rey hulano; la patriotería hizo de las suyas; D. Alfonso no consideró digno alterar el itinerario dispuesto y entró en París, donde le recibieron con silbidos y denuestos. Cuantos vieron á nuestro soberano en el di-

fícil trance, y los mismos adversarios al relatarlo, proclamaron la serenidad, el aplomo y la discreción de que dió muestras D. Alfonso. No se descompuso; no tuvo ni un momento de duda, ni un desplante. Cumplió el programa dispuesto; fué por todos los sitios en coche y á pie, sin recatos ni disimulos que hubieran parecido cobardía más que prudencia. De tal modo se portó que á última hora los exaltados fueron cayendo en la cuenta de lo errada é injustamente que habían procedido.

Con ello proporcionaron al Rey uno de los mayores si no el mayor de sus triunfos personales. El día que entró en Madrid, la muchedumbre le acompañó desde la estación del Norte hasta Palacio entre demostraciones inenarrables de entusiasmo. D. Alfonso XII sonreía en respuesta á los vivas, á los aplausos, á los gritos con que le saludaba la multitud y en volandas subió por la cuesta de San Vicente y por la calle de Bailén,



El Emperador Federico III, de Alemania, acompañado de sus dos hijos, el actual Emperador Guillermo II y el Príncipe Enrique de Prusia, que ahora desempeña el cargo de almirante de la flota alemana

que era como un mar sobre el que flotaban millares de cabezas agitadas por el frenesí.

Meses después visitó á la corte de España el hijo del Emperador Guillermo, el Kronprinz Federico, que había de ser luego Emperador, padre del actual. Los enfados contra Francia tenían ocasión de manifestarse, pero en verdad debe decirse que tales enojos se disiparon pronto. El Kaiser Federico que era un hombre de aspecto austero, simpático, fué cortesmente recibido, pero sin efusiones. Entonces no había muchos españoles propicios á entusiasmarse con los germanos; recuerdo que al Kronprinz le saludó con gran afecto un periódico librepensador, *Las Dominicales*, y en cambio le trataron hoscamente los órganos de la derecha. ¡Quién dijera que se habían de cambiar tan contraria y radicalmente las actitudes al cabo de los años!

Por supuesto que el de 1885 fué para la política de lo más revuelto que pudo imaginarse. Cayó Sagasta, sustituyéndole Posada Herrera, con un ministerio de la izquierda. La nueva situación duró un trimestre; de manera que nada consiguió en sentido democrático. El año acabó sobre poco más ó menos con las mismas señales que al nacer: teniendo como resumen unas emociones más y unas ilusiones menos.

De teatros poca cosa; sin embargo, verificóse entonces el estreno más sonado de cuantos registra la historia de los sucesos teatrales españoles; el del drama de Cano *La Pasionaria* que dió de un tirón ochenta llenos, proporcionando á la empresa de la Zarzuela una fortuna. Aquel sí fué un éxito feliz, redondo, completo. Vico estaba contentísimo con lo cual no es necesario añadir que hacía todas las noches admirablemente su papel de Marcial.

Rafael Calvo tuvo en cambio otro acierto: el de irse á América en busca de grandes ganancias. Fué el iniciador de los viajes artísticos que realizan todos, lo mismo los buenos que los malos cómicos; igual aquellos que le esperan con ansia de retorno, que quienes podían quedarse por las lejanas tierras.

Por aquella época se puso de moda en Madrid el baile *Excelsior* que realmente era bellísimo; el espectáculo no arraigó como los organizados por la empresa de Rivas en el Circo de su nombre, pues las grandes funciones coreográficas fueron siempre exóticas entre nosotros.

Por último, en el trimestre final de 1885, se reveló un autor dramático y poeta festivo. Felipe Pérez y González, que había de ser orgullo y regocijo de las letras españolas y que se marchó rápidamente del mundo, sin que se realizaran todas las esperanzas que nacieron de su fama.

Por la transcripción,

J. FRANCO RODRÍGUEZ

EL PINTOR DE LAS DANZARINAS MARIN RAMOS

Marín Ramos tiene ese aspecto atrayente, nostálgico, de los pintores que pasaron incomprendidos y que luego en la hora de las rectificaciones definitivas, sonríen desde sus autoretratos de un modo lleno de misericordia y amargura. Acaso otro compañero no encontraría mejor modelo para un Cristo de piedad y de dolor espiritual antes de ser clavado en el madero; pero después de conocer todos los escarnios y todas las torturas de los «que tienen ojos y no ven». Podría vestir las nazarenas vestiduras y las almas sencillas se arrodillarían a su paso y las almas enfangadas se estremecerían de remordimiento. Porque parece Jesús con sus barbas y sus melenas rubias, con sus ojos envaguecidos por el ensueño futuro y plenos de miradas de perdón y de dulzura; con su boca que sonríe de un modo único después de haber pasado hambre y sed y beber en frescas linfas campesinas, y en copas sórdidas, rebosantes de ponzoña...

Este hombre de los ademanes humildes, intimidados—que son como una súplica silenciosa—, y de las obras geniales, va por los años y por las ciudades como un iluminado, sonriendo a todo, comprendiéndolo todo y disculpándolo todo, mientras la gente le es hostil y no le comprende y le ataca porque es incapaz incluso de disculparle que no piense ni abdique como dicen que piensan los descerebrados y abdican los que no tienen ningún bello ideal que defender.

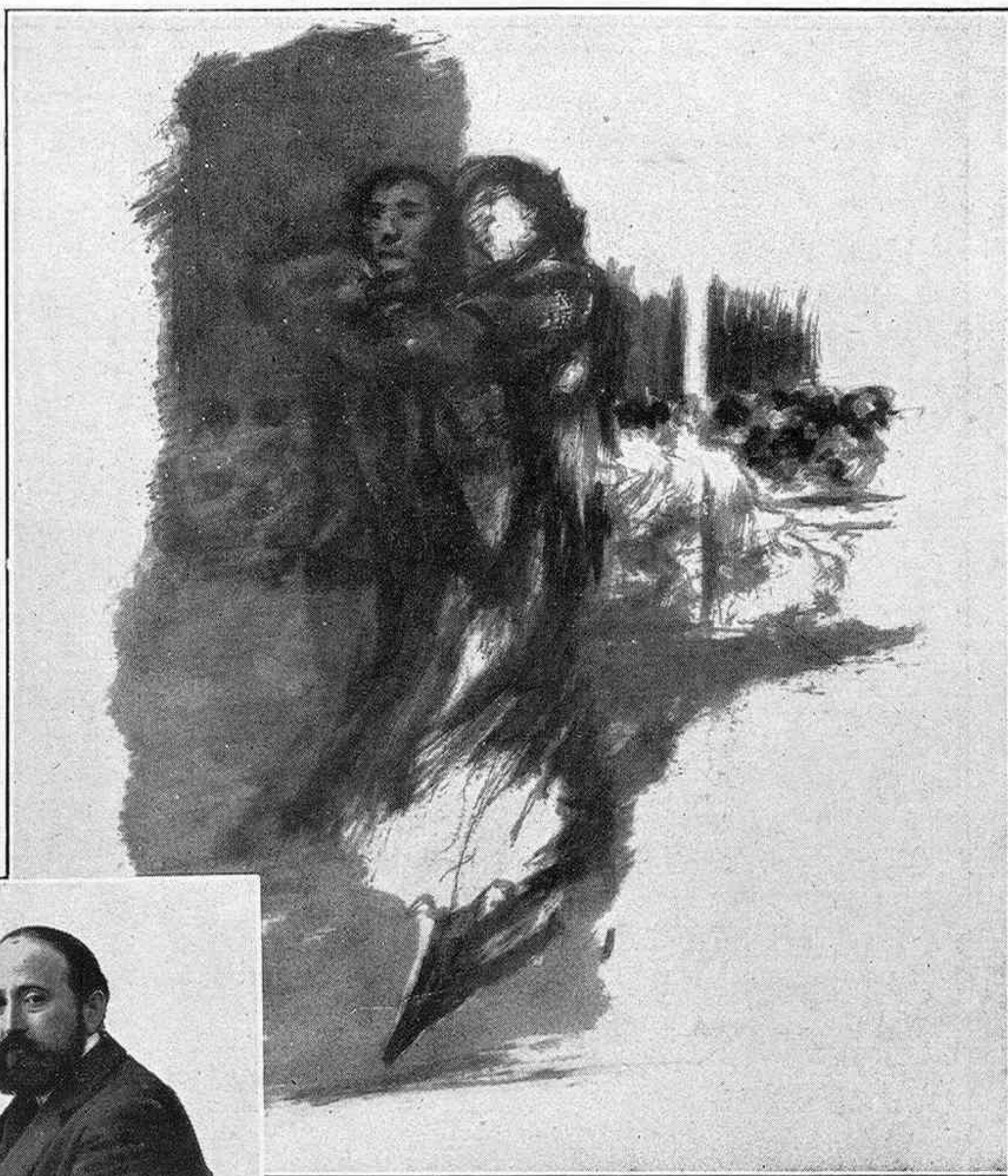
Nació en Sanlúcar la Mayor—la que suena a chocar de cristalinas cañas de manzanilla y huele a blancas biznagas— pronto hará cuarenta años. Ni su infancia ni su mocedad parecían presentir esta madurez de gran artista pictórico.

Bien que a los ocho años, encaramado en una silla infantil de patas largas y brazos cortos leía novelas de contrabandistas y de majeza a una familia de gitanos, con tal arte declamatorio que su auditorio se estremecía y lloraba y se lo comían a besos...

También es cierto que aprendió a tocar la guitarra y el acordeón sin que nadie le enseñara y que antes de cumplir los diez años era el indispensable en los bailes caseros donde unas mocitas gentiles danzaban las sevillanas del «pañuelo de Reverte»...

Y no menos exacto que al cumplir los doce años salía al tablado de un teatro con su marsellés de terciopelo azul con alamares de plata, su pantalón negro ceñido y se hacía aplaudir en el bolero, y en el vito, y en el «olé de la Curra».

Pero después dejó el niño del señor Pedro Marín y de la señora Dolores Ramos los libros de caballistas y bandidos generosos, las zambras gitanas y los tablados de los teatros populares, por las aulas del Instituto y de la Escuela Normal y por... una sórdida rebotica donde languideció en sus años mozos preparando jarabes y despachando pastillas de goma para aclarar la voz de cantoras del «Burrero».



“El favorito”

Pero no duraron mucho tiempo los estudios ni la estancia en la botica. Vienen luego unos años terribles, que dejaron en la frente de Marín Ramos esos surcos hondos que la acuchillan.

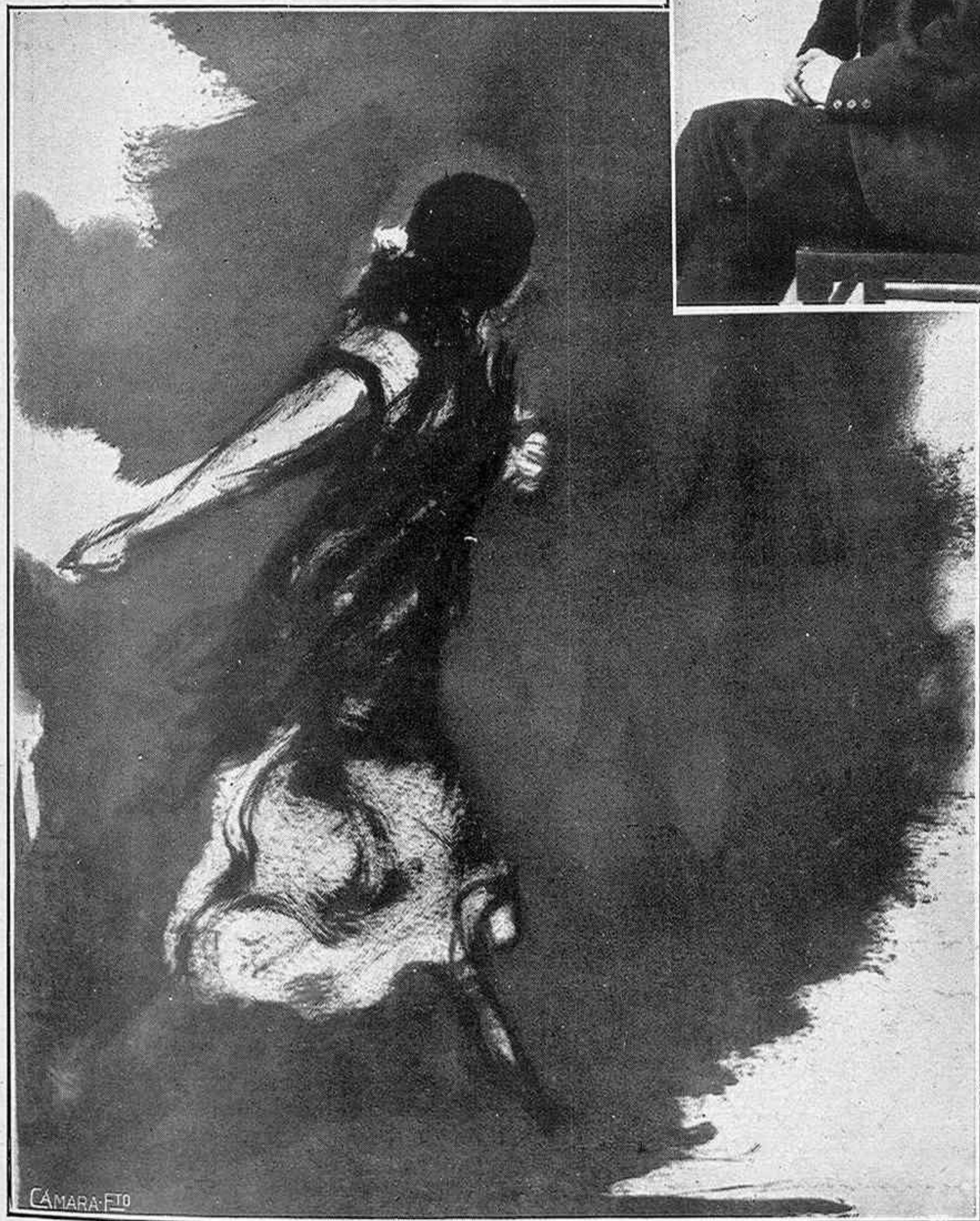
Este recuerdo pone en los ojos y en la voz de Marín Ramos una trágica sensación de negrura y de oquedad siniestras... Y a contrapágina, con la misma remembranca oposición de luces y de sombras que luego será su arte, la revelación del verdadero camino. El rostro de Marín Ramos se transfigura al decirnos cómo hizo el primer dibujo, cómo fue aprendiendo en sí mismo, cómo su vida anterior entre gitanos, entre bailarinas de caseta de feria y de patios andaluces, con el árabe surtidor en el centro y de tablados de teatro entre el humo de los cigarrillos y las mantillas blancas ó sangrientas, de jazmines ó de claveles sobre azabachadas cabelleras de mujeres oliváceas, surgía al fin en unos dibujos que los sevillanos contemplaban estupefactos y burlones...

MARIN RAMOS
Ilustre pintor
sevillano

Y entonces, ya con sus barbas nazarenas, empezó el calvario. Un día por ajena mofa y por necesidad propia, le obligaron a blanquear los muros de una casa, por donde había de pasar la gente de retorno de los toros. Y por último, lógicamente, cuando ya empezaba a dudar de su arte, llega el triunfo. La primera Exposición en Madrid el año 1910.

La de Barcelona en seguida, la de París el año 1911. Y los elogios en las más prestigiosas revistas de arte francesas, inglesas y alemanas, y el cobrar cuatro ó cinco mil francos por uno de aquellos cartones que ni para «soplares» servían en Sevilla...

La técnica de Marín Ramos aun antes de ver a Goya, se orientó hacia el goyismo; antes de saber que existió el arte vagoroso y sutil de Eugenio Carriere, ya tenía esa misteriosa transparencia de las obras del admirable autor de *Maternidad* y del *Retrato de Verlaine*. Tienen sus cartones, en efecto, el vigor agresivo, la tiránica energía de las goyescas fantasías y están envueltos en la ensoñadora bruma de los cuadros de Carriere, apenas cromatizados y sin pormenores. Todavía más aun. Se piensa en Rembrandt y en el moderno Brangwyn. Pero, por encima de estas semejanzas que son instintivas coincidencias y no preconcebidas influencias, surge con su técnica personalísima la interpretación de Andalucía. Una Andalucía mística y pagana al mismo tiempo, sensual y romántica; capaz de abrir claveles de sangre en el pecho de un hombre por besar los sangrientos claveles que lleve en el pecho la mujer amada de ese hombre. La Andalucía de los cafés cantantes y de las rejas perfumadas en las callejas bañadas de luna; la Andalucía de las cofradías con su medieval fanatismo, su amargura de saetas y la Andalucía de las tardes de feria con los landós llenos de mantillas blancas y chinescos mantones para estuches de mocitas pálidamente morenas; la Andalucía de los jacos braceantes y cascabeleros montados por mocitos jaques, y de los claustros de conventos donde languidecen junto a un ciprés idealista y un rosal tentador, las monjas soñadoras de otro gran pintor andaluz; Romero de Torres...—SILVIO LAGO



“¡A escena!”, dibujos originales de Marín Ramos

ARTE MODERNO



CAFÉ CANTANTE

DIBUJO DE MARÍN RAMOS

DEL ALMA ANDALUZA

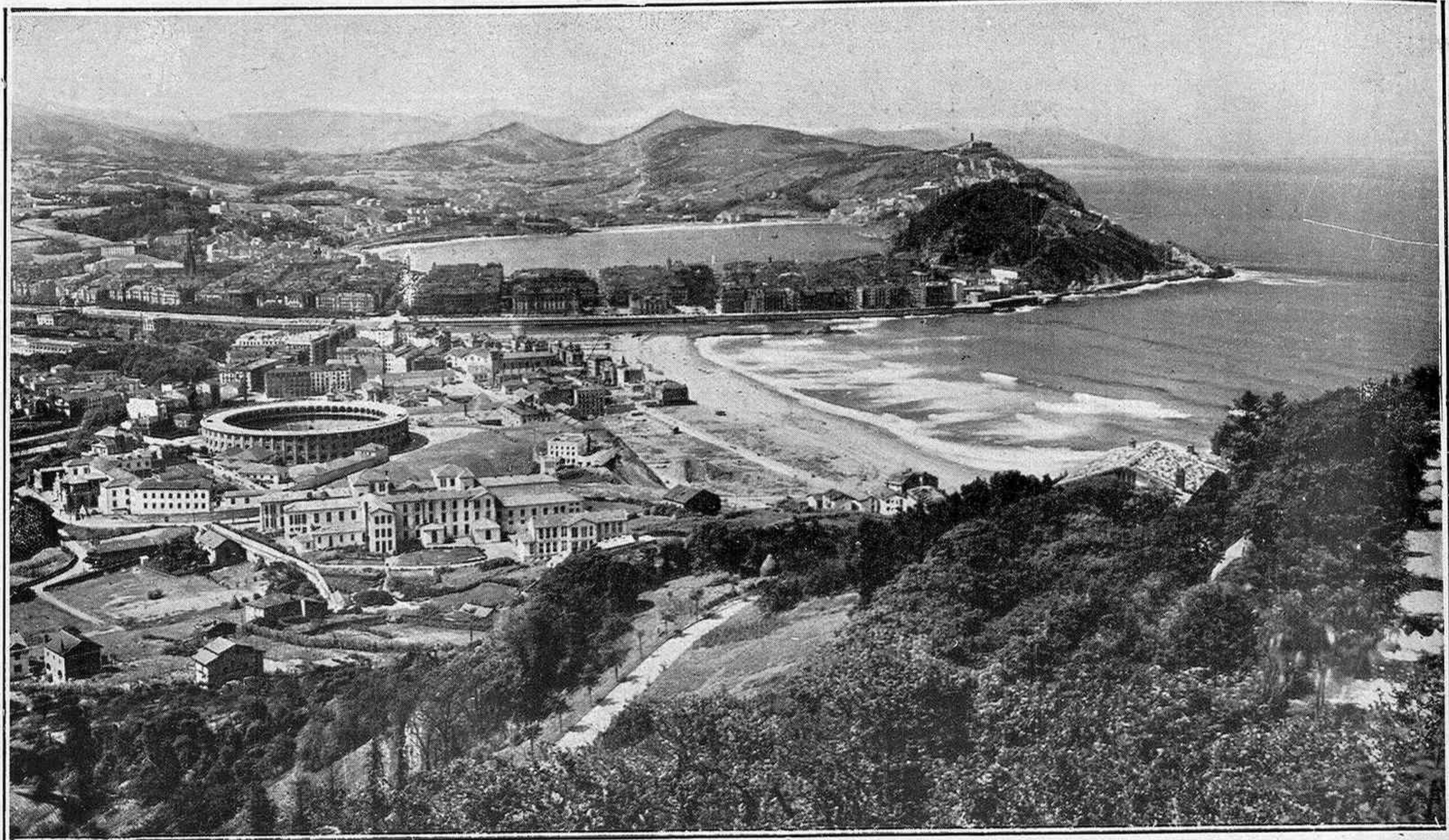


CÁMARA-FID

ZAMBRA GITANA

DIBUJO DE MARÍN RAMOS

PANORAMAS DE SAN SEBASTIAN



Panorama de San Sebastián, visto desde la altura del Monte Ulía

No es lo más bello de San Sebastián la población hermosa que aquellos heroicos ciudadanos, aquel pueblo admirable, sufrido y tenaz como ninguno, y como ninguno fuerte para la adversidad, que con tanta saña lo combatió, levantaron sobre las cenizas de la ciudad destruída por el incendio que siguió á las trágicas escenas de saqueos y profanaciones de 1813, cuando en poder de las tropas francesas que cinco años antes habíanla invadido, púsole sitio el ejército anglo-portugués que mandaba el general Graham, y logrado el asalto, enseñoreose de sus calles y de sus casas, en las que llevó á cabo la soldadesca desenfadada los actos más brutales, más inhumanos y horrorosos que puede registrar la historia en sus más negras y abominables páginas.

Con ser asombroso el esfuerzo realizado para llevar á efecto la obra de reconstrucción en las condiciones de rapidez extraordinaria y de perfección incomparable en que se hizo, y mucho más en aquellos días luctuosos en que el tremendo infortunio debiera haber determinado un decaimiento en las energías de todos, un desmayo absoluto ante la tremenda hecatombe en el ánimo de los que fueron víctimas de ella y pudieron sobrevivir á tanta desdicha, con ser verdaderamente magníficas algunas de las edificaciones que en aquella época se construyeron y las que posteriormente han

contribuído á embellecer la población hasta convertirla en una de las más hermosas de España, no es ésto lo más admirable de San Sebastián.

No lo es tampoco la consecuencia de ese esfuerzo titánico, gigantesco, que logró hacer en pocos días lo que otras poblaciones no han conseguido en muchos años, lo que algunas no lograrán nunca, por muy grande que sea su voluntad y muy firme y muy decidido su propósito.

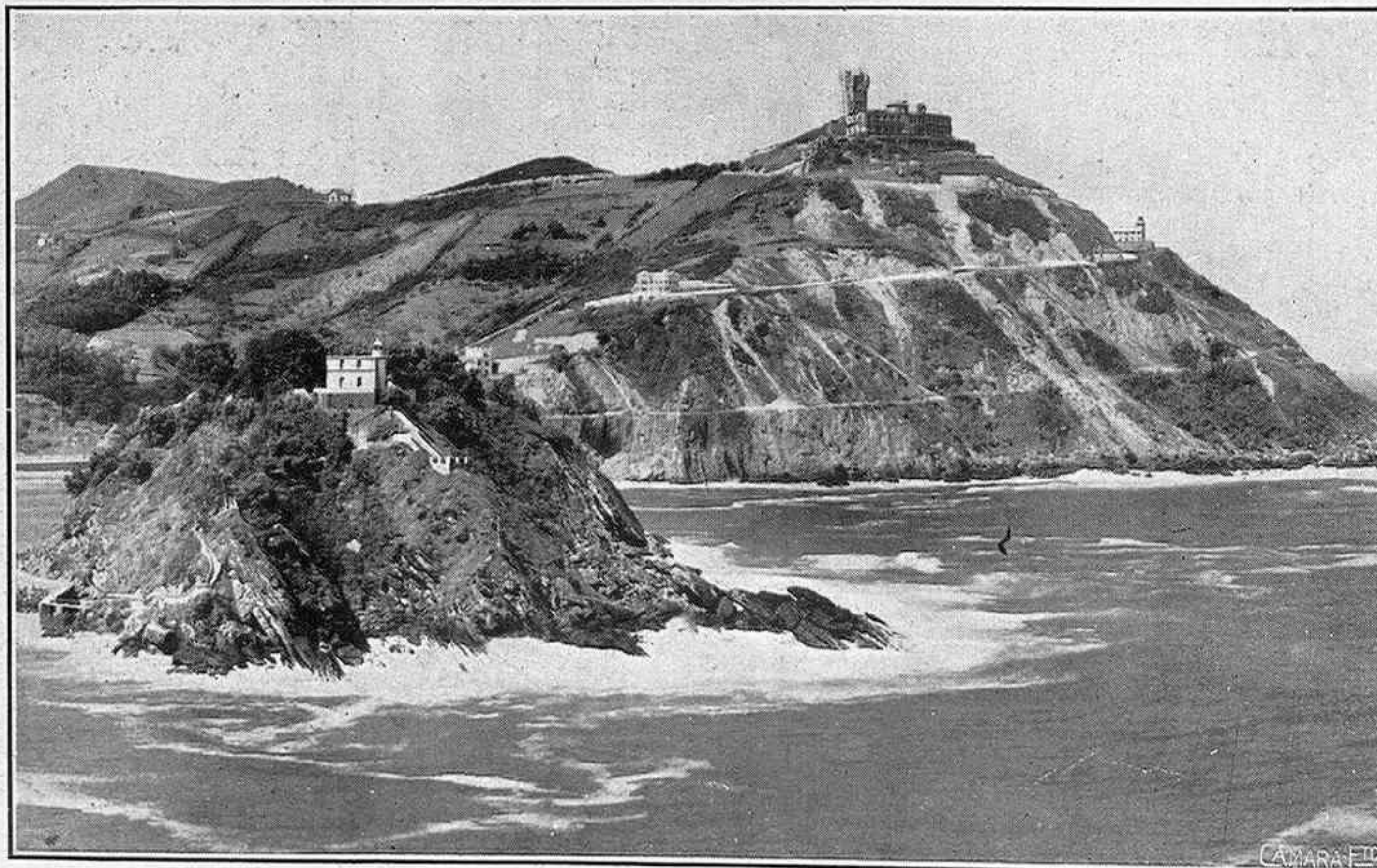
Admirable es, sin duda, que á ese esfuerzo y á esa tenacidad se deban aquellos hermosos edificios que, como la casa Ayuntamiento, el palacio de la Diputación, la Escuela de Artes y Oficios, la monumental iglesia del Buen Pastor,

el puente Reina Cristina y mucho más recientemente el teatro Victoria Eugenia, dan á la población un aspecto de suntuosidad y grandeza que viene á aumentar la grata impresión que desde el primer momento producen sus anchas calles, rectamente alineadas y de una perfecta horizontalidad, sus hermosas plazas, algunas de ellas tan admirables, como la de Guipúzcoa, sus paseos y su incomparable playa, que si debe á la naturaleza sus excepcionales condiciones, también le debe á la iniciativa y al infatigable afán de mejoramiento que domina á los guipuzcoanos el grandioso aspecto que ofrece por virtud de las obras de embellecimiento que en ella se han

efectuado. Es muy admirable todo ésto porque es la obra de la voluntad bien encaminada, de la energía y del tesón que no desfallecen; pero con ser tan digno de estímulo y de aplauso, hay algo allí más admirable que el esfuerzo del hombre, y es, el prodigio de que la naturaleza misma se sirvió dotar á aquella tierra, tal vez como premio á la nobleza euskara, acaso como recompensa por los infortunios de que la ambición de los hombres había de hacerla víctima repetidas veces.

Lo que hace de San Sebastián la población más bella de España y una de las más grandiosas del mundo, es el dominio de sus cumbreres.

Urgull, en cuyas crestas se yergue aún el castillo de la Mota, la isla de Santa Clara,

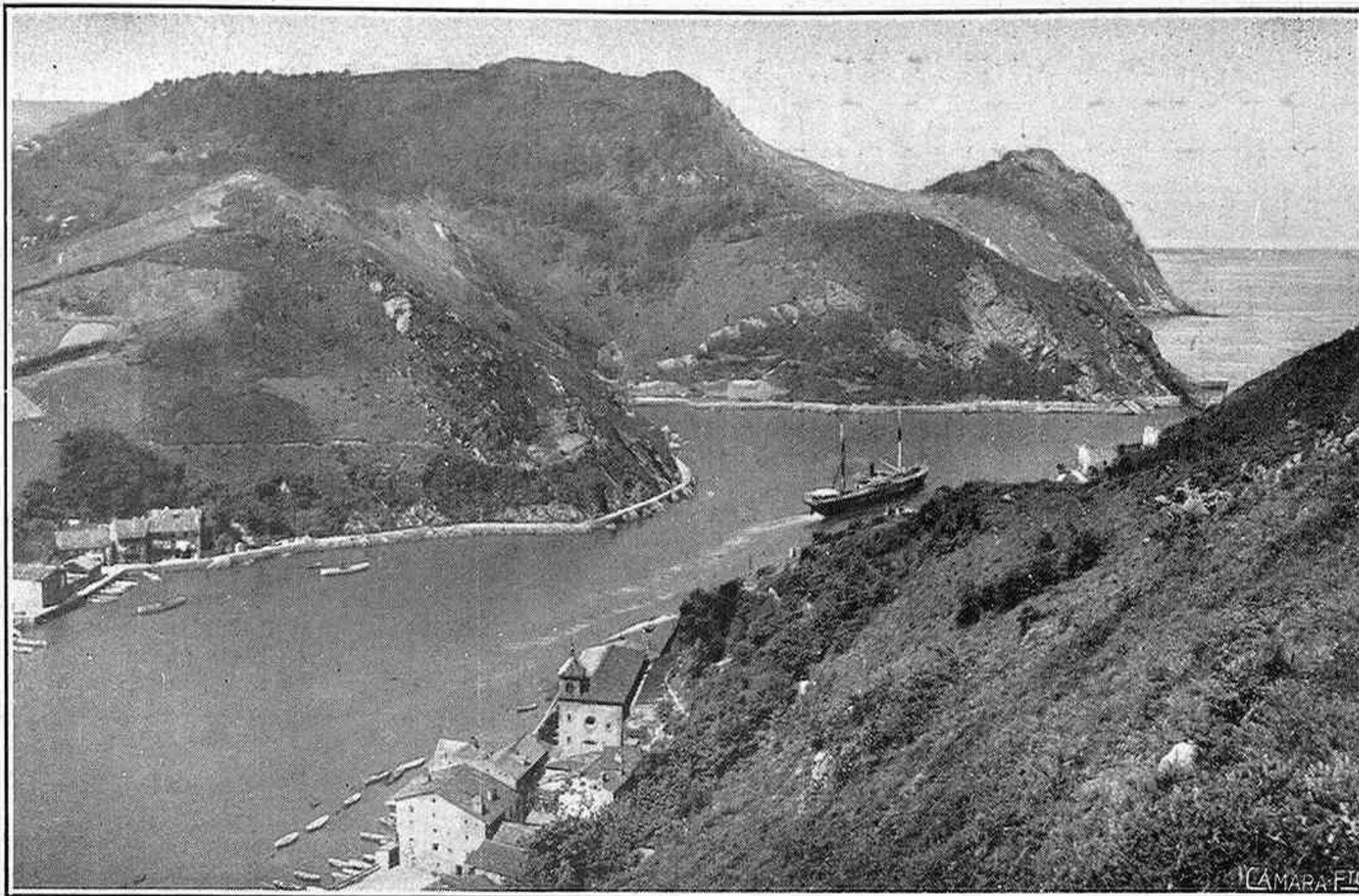


Monte Igueldo, visto desde el castillo de la Mota, en Urgull

Igueldo y Ullia, son otros tantos miradores que ofrecen á la contemplación los más hermosos panoramas. Perspectivas tan espléndidas y tan diferentes no pueden contemplarse en población alguna; todas las que ofrece San Sebastián desde los altos picos de sus montes sería difícil encontrarlas en un largo viaje.

Y esto es, para el amante de la belleza, lo mejor de San Sebastián, lo que hace única á aquella población veraniega, donde el esfuerzo inteligente y la constancia y el buen gusto han llevado á efecto la empresa de convertirla en un paraíso.

Subir á la alta cumbre del monte Urgull y contemplar el panorama que se muestra á los ojos, es uno de los mayores encantos que pueden disfrutarse en la capital guipuzcoana; admirar desde el funicular que trepa por la empinada pendiente de Igueldo el paisaje esplendoroso que va desarrollándose ante la vista, y ya en la altura extasiarse con la contemplación de la ciudad, hundida entre montes, con su caserío lujoso y coquetón que ciñe la línea de la playa, con su puerto que se refugia en las estribaciones del monte Urgull, con la montaña de Santa Catalina que surge del mar en extraño aislamiento y al



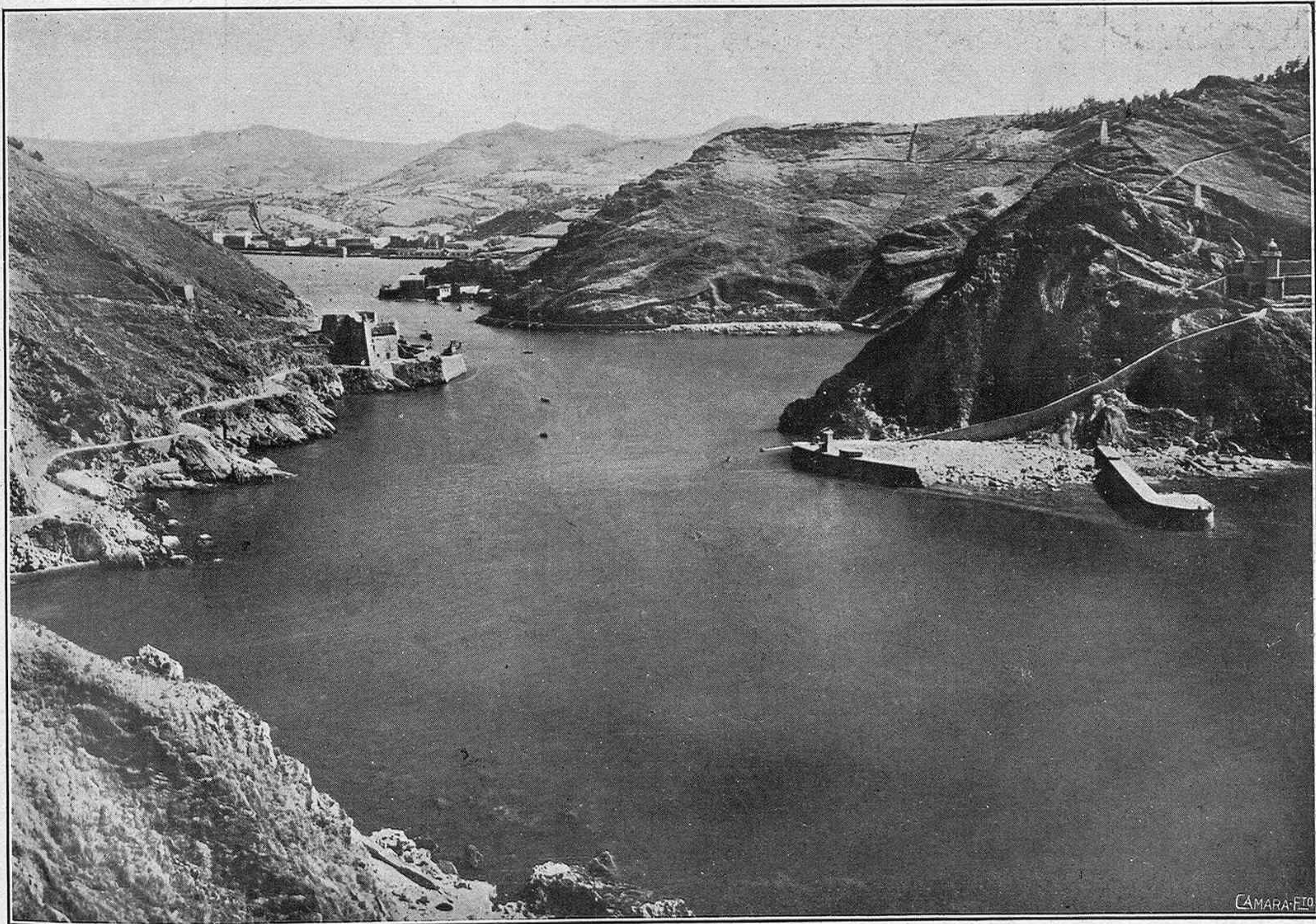
Bello panorama de Pasajes.—La entrada al puerto

otro lado la inmensidad del agua azul, sin otro límite que el horizonte, cuya línea apenas se marca entre las dos inmensidades, constituye el espectáculo más grandioso de que puede gozar humano espíritu.

Si esto en días de calma, cuando el movimiento del mar semeja desde la altura un débil rizado y las embarcaciones que lo surcan parece que marchan tranquilas como sobre rieles,

son los grandiosos panoramas que ofrecen las alturas de Ullia, y tan bellos y sorprendentes los que pueden contemplarse desde las crestas montuosas de Pasajes, cuyo pintoresco puerto, de angosta entrada, es el mejor refugio de los barcos que en días borrascosos navegan por aquellos hirvientes y traidores mares azules...

JUAN BALAGUER



Vista panorámica del puerto de Pasajes, tomada desde una de las alturas de la entrada

FOTS. HIELSCHER

CUENTOS ESPAÑOLES

EN PECADO MORTAL

ENTRE los rigores de la guerra civil y el malo y nuevo acaecimiento de las almas en pena, así como era noche cerrada, estababase la aldea toda medrosa é intranquila.

Las guerrillas del Pretendiente y las tropas del Gobierno traíanla á mal recaudo.

Castigábanla los unos con saqueos é impuestos para mantener la facción, y á más de arrebatarles los bienes y llevárselos por delante toda la ganadería, caballar y vacuna, dejaban colgados de los árboles y tendidos en las cunetas á cuantos pusieren resistencia ó hicieren ocultación de su hacienda. Llegaban los otros, y por si daban ó no malos informes de la ruta que siguieran las tropas rebeldes, redoblaban el capítulo de castigos y contribución de guerra, y en siendo noche, para que destas penas se les apartara la imaginación, he aquí que venían las almas errantes á conturbarles más el abatido ánimo y á llenarles de terror.

Poco había que la costumbre de enterrar en las iglesias, abolida por el Señor Rey Carlos III (pero que por incuria de los gobiernos y omnímoto poder de la clerecía, quedó sin cumplir) tuviera efecto. Ya cada pueblo contaba con su Campo Santo. El Párroco, desde el púlpito, decía que tales desmanes de las almas eran permitidos por el Altísimo, como protesta por aquel menester que á la Iglesia se le restaba, y que hasta que no tornaran las cosas á estar como antes, habría almas en pena para rato.

Pensaron los vecinos en elevar una queja á Su Majestad la Reina Gobernadora, pero conocieron que harto tendrían que hacer Ella y su Gobierno con curar de que la corona de España mantuviérase firme en las inocentes sienas de la angélica Isabel, y así quedó, para tiempos mejores, el continuar el curso de la súplica.

Pero, esperando, así de que sonaban las oraciones, encogíaseles el corazón como un higo.

Las puertas del cementerio se abrían solas y golpeábanse furiosamente, como si una mano misteriosa y recia diéraseles impulso, y cuando la noche estaba en toda su augusta obscuridad, una mancha blanca destacábase de la espesa tiniebla sobre los bardales del Campo Santo.

De vez en vez, el esquiloncillo, que saludaba el ingreso de un mortal en la otra vida, daba un clamor...

Según la creencia del vulgo mantenida por el mosén, además de las causas á que achacábase aquella danza de difuntos, había que añadir que el lugar sobre que el cementerio fué labrado, fué en tiempos el huerto de un judío, á quien, por el aquel de una heregía, mandó tostar á fuego lento el Santo oficio, y así aquella tierra estaba maldita de Dios...

Un amanecer fué encontrado cerca de las sagradas tapias, medio muerto de espanto y de frío, un pastor trashumante que, desde las montañas de León, iba con su ganado hacia las cálidas tierras de la Extremadura.

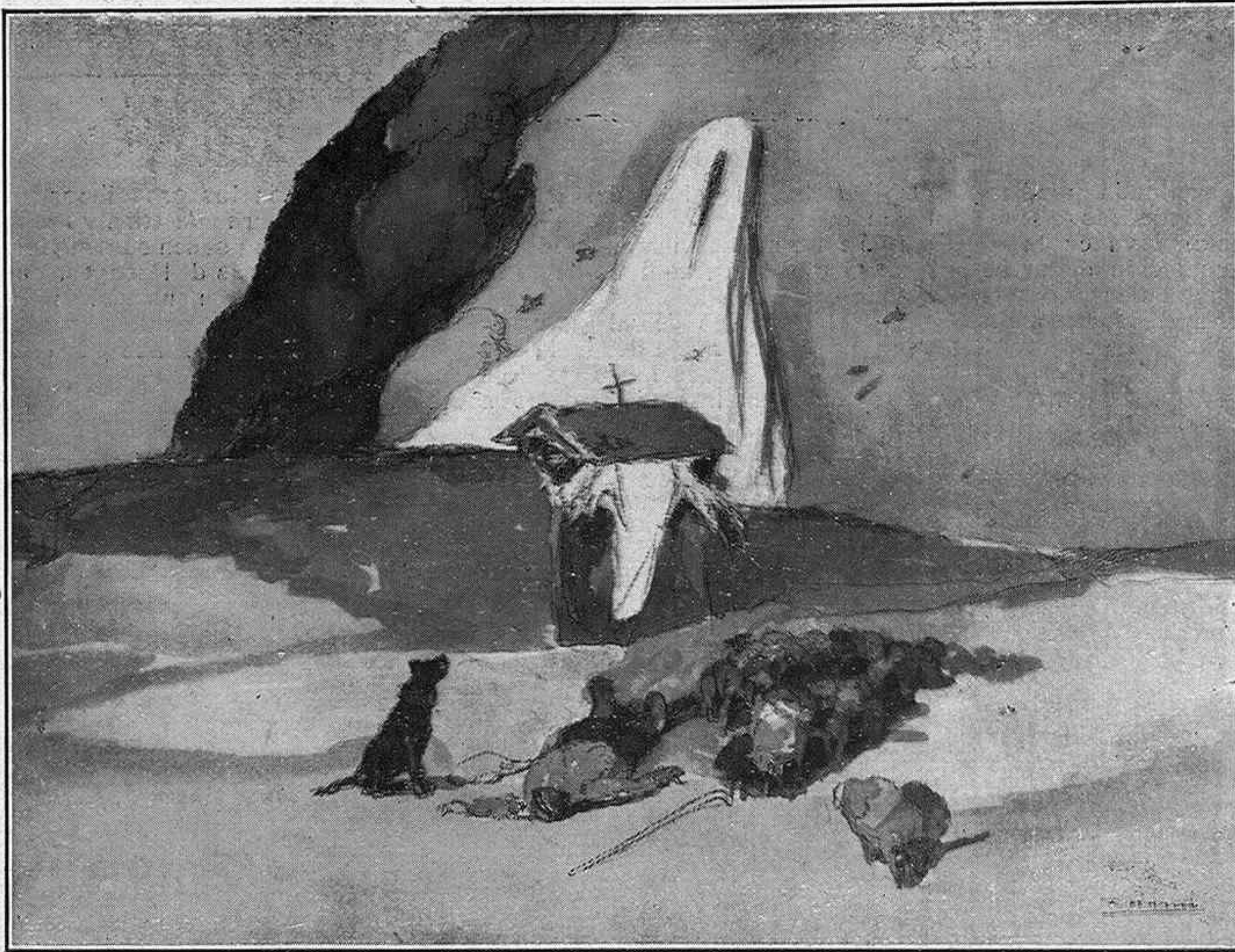
Cuando pudo hablar, que en ello tardó muy grande espacio, dijo que, á cosa de la media noche, siguiendo la cañada, acertó á pasar por el cementerio. Que poco antes de llegar á él parecióle que el esquiloncillo tañía á muerto; pero como el ábrego soplabá de firme, no pensó sino que su recio impulso era quien le movía, y sí-

guió adelante, sin dársele un ardite, pues era hombre que, siendo mozo, habíase encontrado en malos trances y nunca su carne había sentido calofríos, ni temblores su diestra. Llegó, en fin, al mismo atrio, y viendo cómo las puertas daban fuertes golpazos contra el dintel, pensó que el sacristán ó el sepulturero habríanse olvidado de cerrarlas. Y quiso enmendar este descuido como bien pudiera. No había hecho más de poner la mano sobre una de las hojas, cuando entrambas abriéronse en par y en medio apareció amenazadora una figura blanca...

El hombre no vió más.

El terror quitole todo sentido y conciencia de la vida y dió con él en tierra...

Pero el alma en pena parece que no hubo de contentarse solamente con la aparición, sino que ofendida por la osadía inconsciente, dejó una huella sangrienta en el rostro del entrometido.



Toda la mejilla izquierda tenía cruzada por una herida; lavada que fué, viose que era una serie de puntos; no dijérase sino que habíale corrido una espuela por la cara...

Las sencillas y medrosas gentes, contemplaban y oían al pastor llenas de espanto. Tenían delante á un ser humano que había sido maltratado por un alma en pecado mortal...

ooo

Desde que comenzara aquella inhumana y fraticida lucha por la corona de España, la cual contienda floreció al pie del lecho de muerte del nunca bien fenecido Fernando VII, baldón de la monarquía y plaga del reino, mosén Ceferino, párroco de Aldeanueva, mostrose furibundo partidario de la causa carlista. Era de aquellos que adornaban con velas como á una sacrosanta imagen, la mala estampa del cretino D. Carlos María Isidro; pero el buen clérigo no era de los de alma aventurera y aguerrida que se lanzaran al campo; desde el sosiego de su rectoral servía á la causa solapadamente, que el escarmiento que viera hecho en otros colegas de ideas por las tropas de Cristina, tenía prudentemente retraído de entusiasmos y fogosidades.

En las altas horas de la noche era la rectoral de Aldeanueva seguro asilo para correos y espías del Pretendiente, sin que hubieran recelo de que la curiosidad del vecindario pudiera descubrirles, porque al quite estaba la industria de los

fantasmas, bien atendida por la socarronería de su reverencia y Pablicos el sacristán.

Unas sepulturas abiertas junto á las tapias eran opulentos depósitos de municiones é ingredientes de guerra.

Allá, centenares de fusiles y espadas, sables y lanzones, muchos de los cuales eran veteranos de los campos de Rosellón y de las hordas imperiales que tan trompicadamente cruzaron las mesetas de Castilla y las llanuras de la Mancha.

En estotra fosa, sacos de pólvora, ya dispuestos para ser cargados en los cañones; en la de más allá, montones de azufre y nitro que habrían de ser al alma necesaria desta materia.

Cuando el espanto tenía á todo el pueblo bien á salvo de andar fuera de las casas, hacía mosén Ceferino la entrega de materiales á los propios de D. Carlos ó admitía los que le llevaban...

En todas partes se puede servir á Dios y al Rey: en la paz de los claustros como en el fragor y estrépito de la guerra...

ooo

Era la noche de Animas del año de desgracia de 1836.

Soplaba el viento con ímpetus de huracán, y al entrarse por las angostas callejas del pueblo y esparcirse pujante en la amplitud de la plaza, no dijérase sino que el demonio andaba desatado.

En los bardales del Campo Santo alumbró la luna clara de Enero. La trágica silueta del alma en pena ondeaba imponente sobre las caricias del aire la albura de su mortaja...

Una patrulla de cristinos que al anochecer había llegado á la aldehuela reía en la cocina de la posada, al amor de la lumbre, mofándose de la leyenda del ánima en pecado mortal; así como fuera la media noche, saldrían á buscarla; guiarían el pastor trashumante que, desde las

montañas de León, trasladaba su ganado á las cálidas tierras de la Extremadura...

Pablicos remangóse las sábanas y, asiendo de un saco, fué á la fosa en que estaba el azufre y púsose á llenarle; alumbraba el párroco con un farolillo de aceite, que á duras penas (por los rigores del viento) consentía en permanecer encendido...

La patrulla, el pastor y algunos arrojados vecinos avanzaban hacia el cementerio...

De improviso, una inmensa llamarada azul rasgó la tiniebla... Despavoridos quedaron los exploradores del misterio.

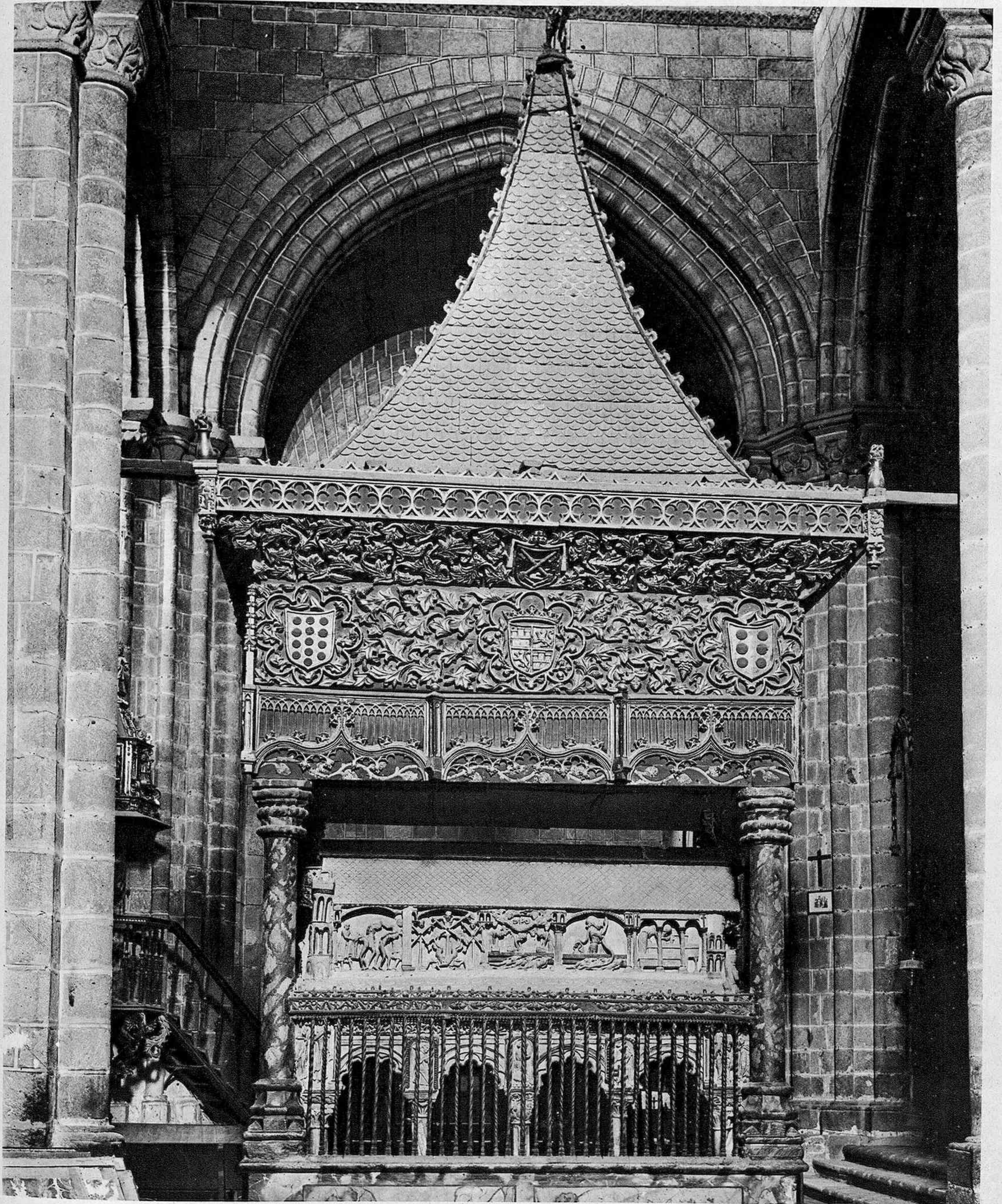
Abriéronse las puertas del Campo Santo y dos llamas desparramaron su trágica luminaria por la inmensa tiniebla. Llenos de espanto corrían los villanos delante dellas.

Angustiosas voces, demandando auxilio, salían de las hogueras errantes; pero no hallábase alma cristiana que fuera atrevida á prestárselo, y en su carrera loca llegaron al bordz de un barranco y se precipitaron en él... Desde entonces no hay almas en pecado mortal en Aldeanueva; pero los vecinos de hoy, nietos de los de ayer, conservan aún profundísimo terror al cementerio, y los gitanos no hacen sus ranchos al amparo de las tapias como tienen por costumbre en las más de las aldeas de Castilla...

DIEGO SAN JOSÉ

DIBUJO DE MARÍN

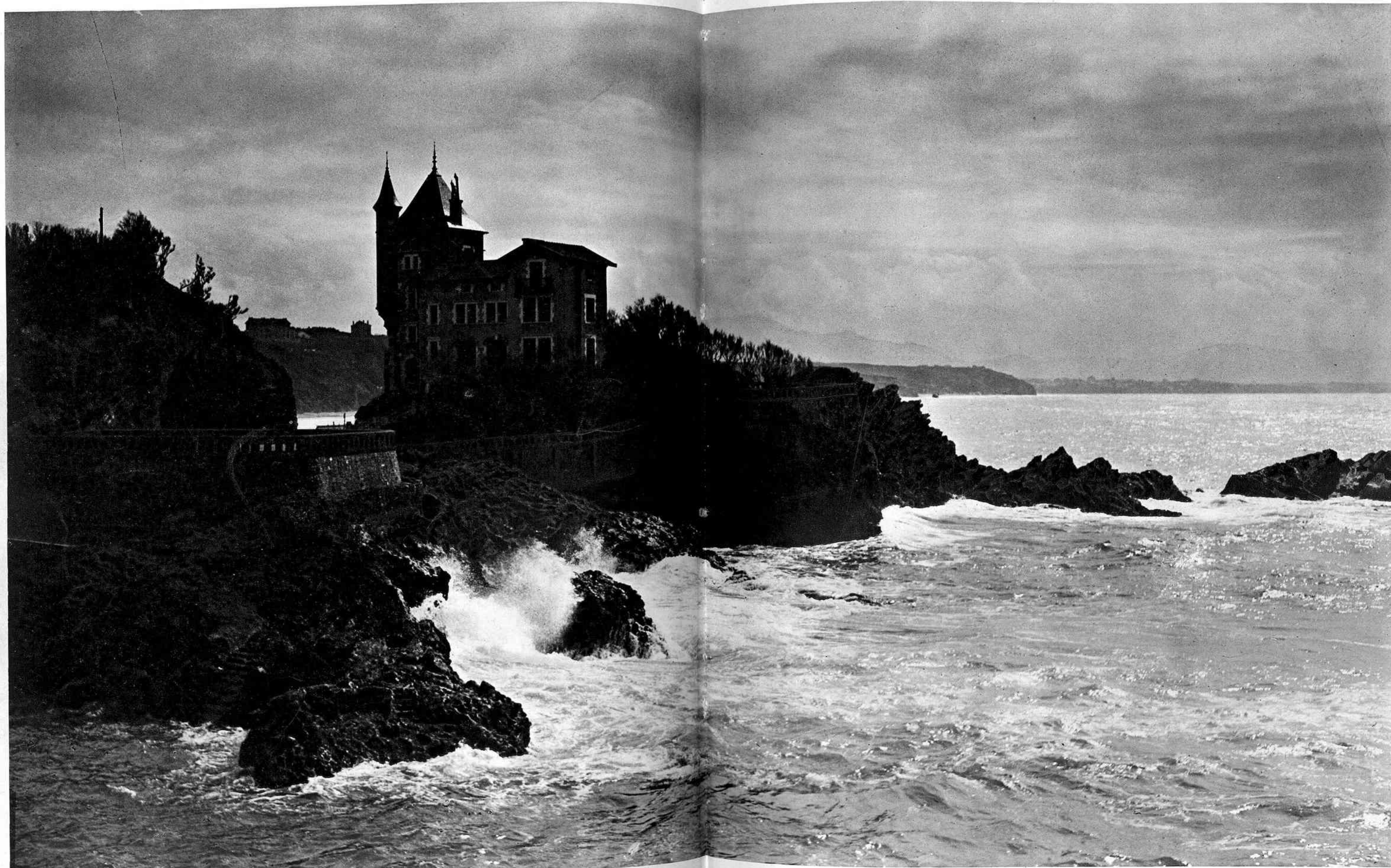
LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA



AVILA.—IGLESIA PARROQUIAL DE SAN VICENTE

Vallosísimo sepulcro del santo que da nombre al templo y de sus hermanas Sabina y Cristeta. Este sepulcro data del siglo XIII, y está adornado con artísticos relieves, que representan el martirio de los santos, y cubierto con un baldaquino gótico florido, que descansa sobre columnas de igual estilo

Fot. López Beaubé



UNA VISTA DE LA PINTORESCA PLAYA DE BIARRITZ

Fot. de Campús

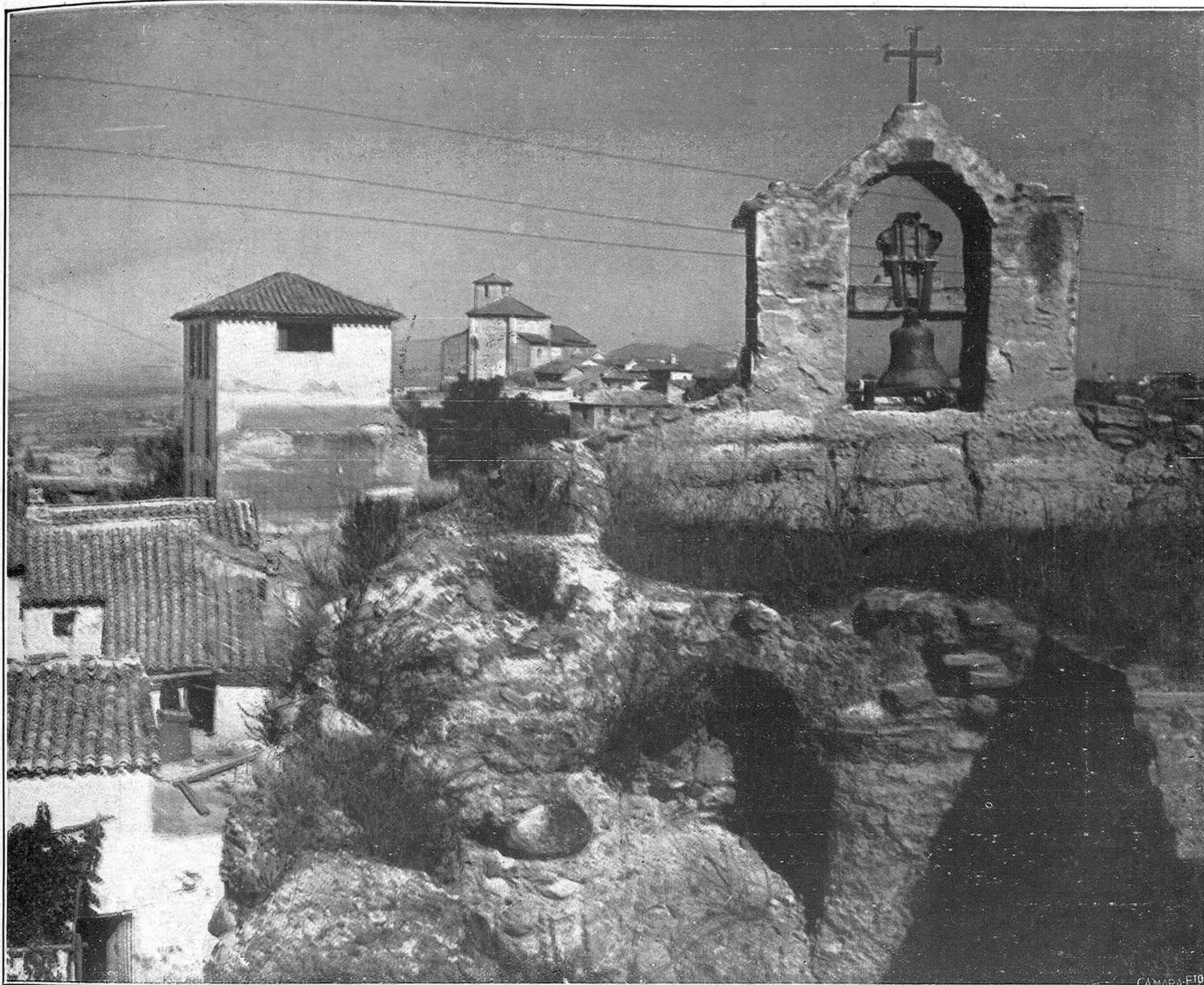
LA ESPERA

TIPOS ESPAÑOLES



MUJER DEL VALLE DE LOYOLA (SAN SEBASTIÁN)

Fot. del Conde de la Ventosa



Un rincón del Albaicín (Granada)

FOT. SOLLMANN

El campanario de las brujas

Las brujas van envueltas en sus negras dalmáticas,
y, cantando los salmos del padrino Saturno,
a media noche vuelan a las cortes sabáticas
del Gran Macho Nocturno.

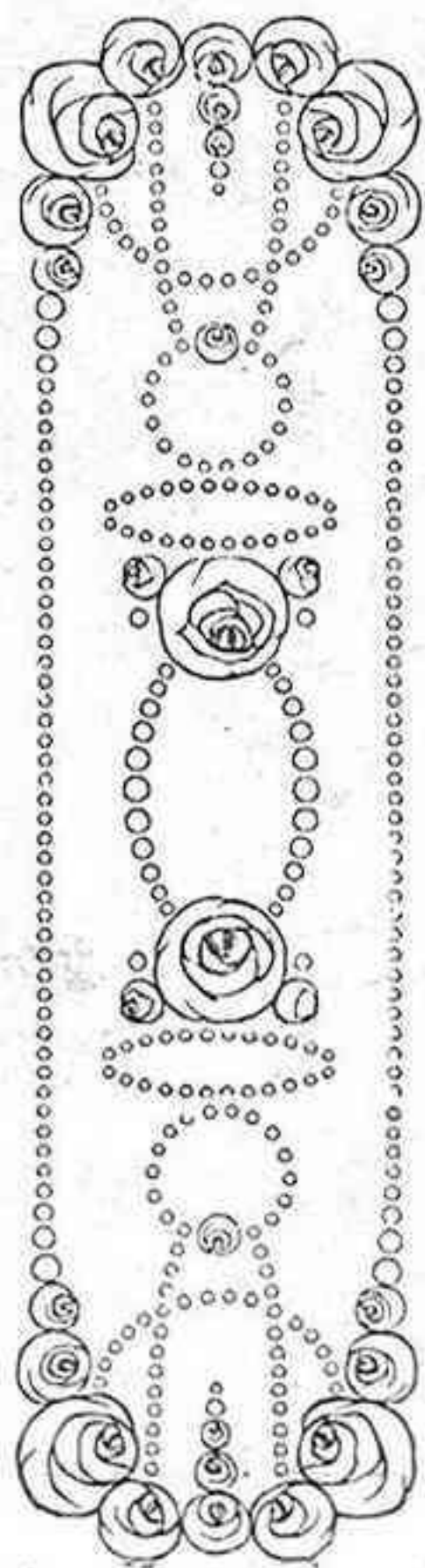
Con sus doctas cornejas y buhos hechiceros,
viven en el ruinoso campanario ancestral,
donde no llega el tufo de los santos braseros
del negro Tribunal.

Porque es verdad que hay brujas... Las he visto yo mismo
hechizando a la triste y absurda Humanidad
con sus filtros diabólicos: se llaman Fanatismo,
Ignorancia y Crueldad.

Son los ángeles negros del siniestro retablo
del infierno, y se burlan de los genios que gimen
en la amarga miseria; son las damas del Diablo,
las que paren el Crimen.

Celebran en la torre, ruinoso y solitaria,
las Negras Misas mágicas, cual demoníaca ofrenda;
nos lo ha dicho esa virgen divina y visionaria
que se llama Leyenda.

Las brujas son eternas. En vano las ensalma
la Inquisición en épocas de diabólicos terrores.
Las brujas más horribles vivían en el alma
de los inquisidores.



Con sus unguentos mágicos y con sus bebedizos
pueblan los manicomios de tristes ilunados;
con sus dedos de garfio tejen los corredizos
nudos de los ahorcados.

Son las inspiradoras de esos asesinatos
sin causa, en las tabernas y en los negros prostíbulos,
y trenzan una danza de absurdos garabatos
en torno a los patíbulos.

Son las brujas siniestras del rey Carlos Segundo,
las que quería ver el Marqués de Villena
cabalgando en las alas de un murciélago inmundo
bajo la luna llena.

Son amigas de Goya, son amigas del Greco,
y, aunque anidan en nuestro corazón visionario,
la conseja nos dice que viven en el hueco
del viejo campanario.

Ellas son las que tañen en la extraña campana
los agujeros de muerte, con su triste ¡Tin! ¡Tan!
y el vulgo jura que es la campana lejana
del reloj de Satán.

Porque es cierto que hay brujas... Las he visto yo mismo
hechizando a la triste y absurda Humanidad
desde siglos remotos. Se llaman Fanatismo,
Ignorancia y Crueldad.

EMILIO CARRÉRE

DESDE MILÁN
EL CEMENTERIO MONUMENTAL



Monumento á la familia Pellizzoni, obra del escultor Panzeri

PODEROSA elocuencia la del infinito silencio de los camposantos!... Es un hablar sin palabras que entristece hasta humedecernos los ojos, y luego suavemente nos consuela y llena de templada resignación. ¡La muerte!... Imagen de la serenidad lívida en que se resuelven todos los anhelos rojos del deseo; símbolo del olvido que desenlaza todos los amores; frío victorioso de todas las hogueras del corazón. Debe de ser dulce, tras una larga y afanosa existencia, echarnos á dormir así, desnudos, sobre la tierra: los viejos lo dicen... Esta emoción inefable de quietud, de cristiano perdón y de universal desasimiento, la produce como ningún otro, el famoso cementerio de Milán. La sacramental del Padre La Chaise le aventaja por la calidad de las cenizas que en él reposan: Abelardo y Eloisa, Rossini, Musset... pero le es muy inferior en cuanto al lujo y mérito artístico de los monumentos. La enorme virtud expresiva de la necrópolis milanesa proviene de su lirismo. El culto á la figura que preconizaron los grandes maestros del arte italiano—Leonardo, Tiziano, Miguel Angel, Rafael—reaparece triunfante en ese admirable jardín funerario, donde todas las expresiones del reposo, de la duda, de la fe, de la resignación y de la espera, tienen un gesto de mármol. El paisaje, el escenario, se desvanecen ante aquella humanidad inmóvil y blanca que nos rodea. Nuestras crisis de abatimiento, nuestros ademanes de esperanza, los mil temblores, en suma, de luz y de sombra con que turba los espíritus lo irreparable, allí están bajo nuestros ojos mortales, hechos piedra. A la profundidad solemne del pensamiento que dictó tales obras, la belleza de la forma se añade. El hombre se inspiró en la naturaleza. Rígidas unas figu-

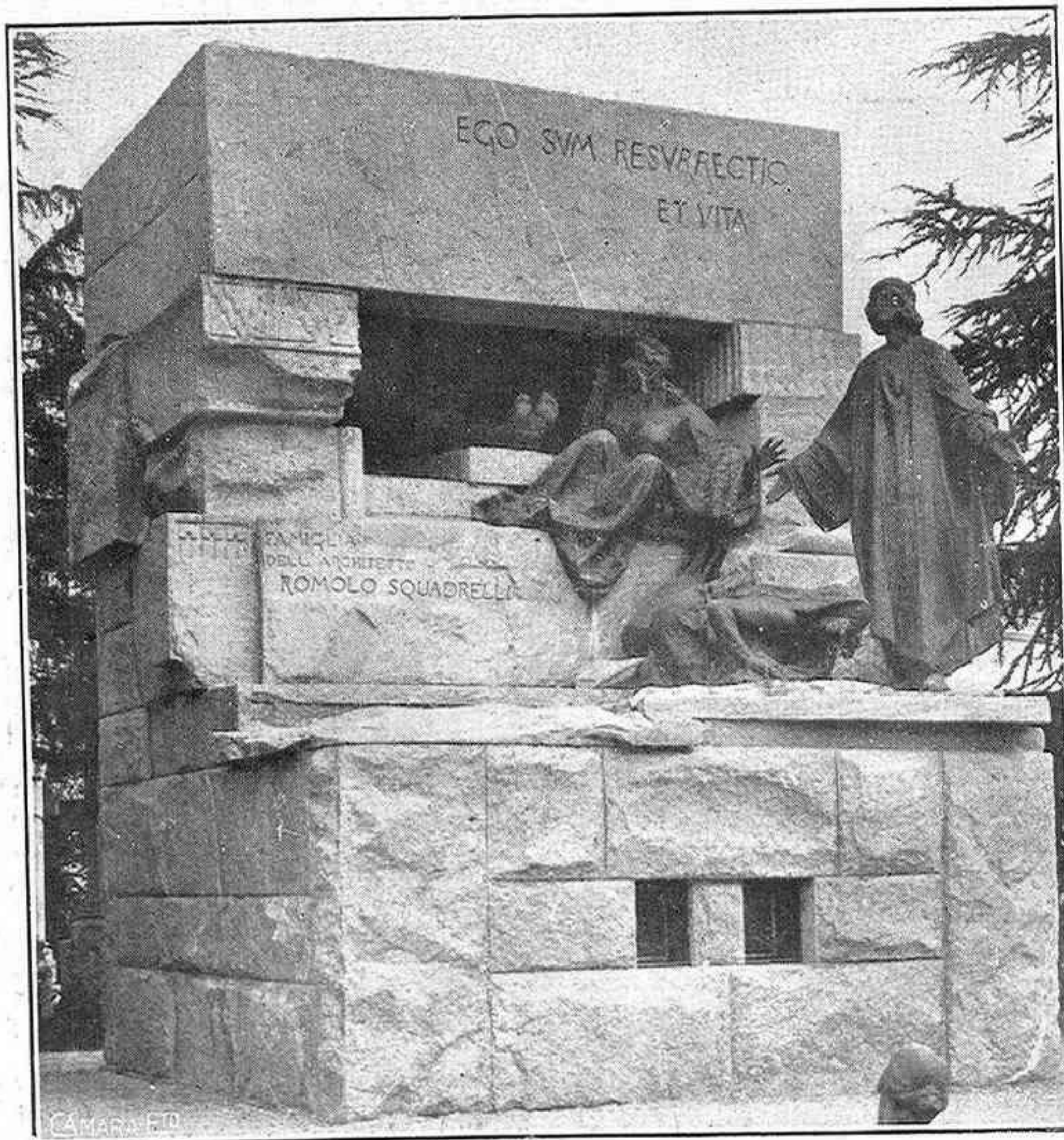
ras miran al espacio, como los cipreses; otras, puestas de hinojos, los brazos abiertos, la mirada en el suelo, parecen interrogar á la tierra, como los sauces; y habiendo tantas ninguna mira á las demás, sumida y absorta cada cual en su inmenso quebranto. Aquellas estatuas lloran, meditan, creen, escuchan, aguardan... y un aroma de resignación se desprende de ellas. Su hermosura lapidaria distrae la vista y enfervoriza el corazón conjuntamente; muchas están desnudas, pero sus carnes son castas, místicas y la emoción que inspiran es semejante á la que nos produciría leer delante de un cuadro de Rubens, un capítulo de *La imitación de Cristo* ó el Libro de Job.

¡Ah! ¡Qué misteriosa relación liga esas dos humanidades: la que duerme bajo tierra y aquella otra que vigila sobre las tumbas; la que ya no apeetece nada y la que parece desear siempre; la primera echada, la segunda despierta y como en acecho, y ambas frías, inmóviles, blancas!... ¡Oh! ¡Y pensar que esta última al cabo vendrá al suelo, y, no obstante su dureza, inexorablemente será polvo también!...

Sería necesario un libro para enumerar esos tesoros de arte que el Dolor y su madre la Duda sugirieron al hombre. Hay monumentos sencillos y de honda intención filosófica, que inspiran deseos de llorar; y magnificencias funerarias que merecen ser veneradas de rodillas...

La de la familia Squadrelli, por ejemplo, obra del escultor Ernesto Bazzaro.

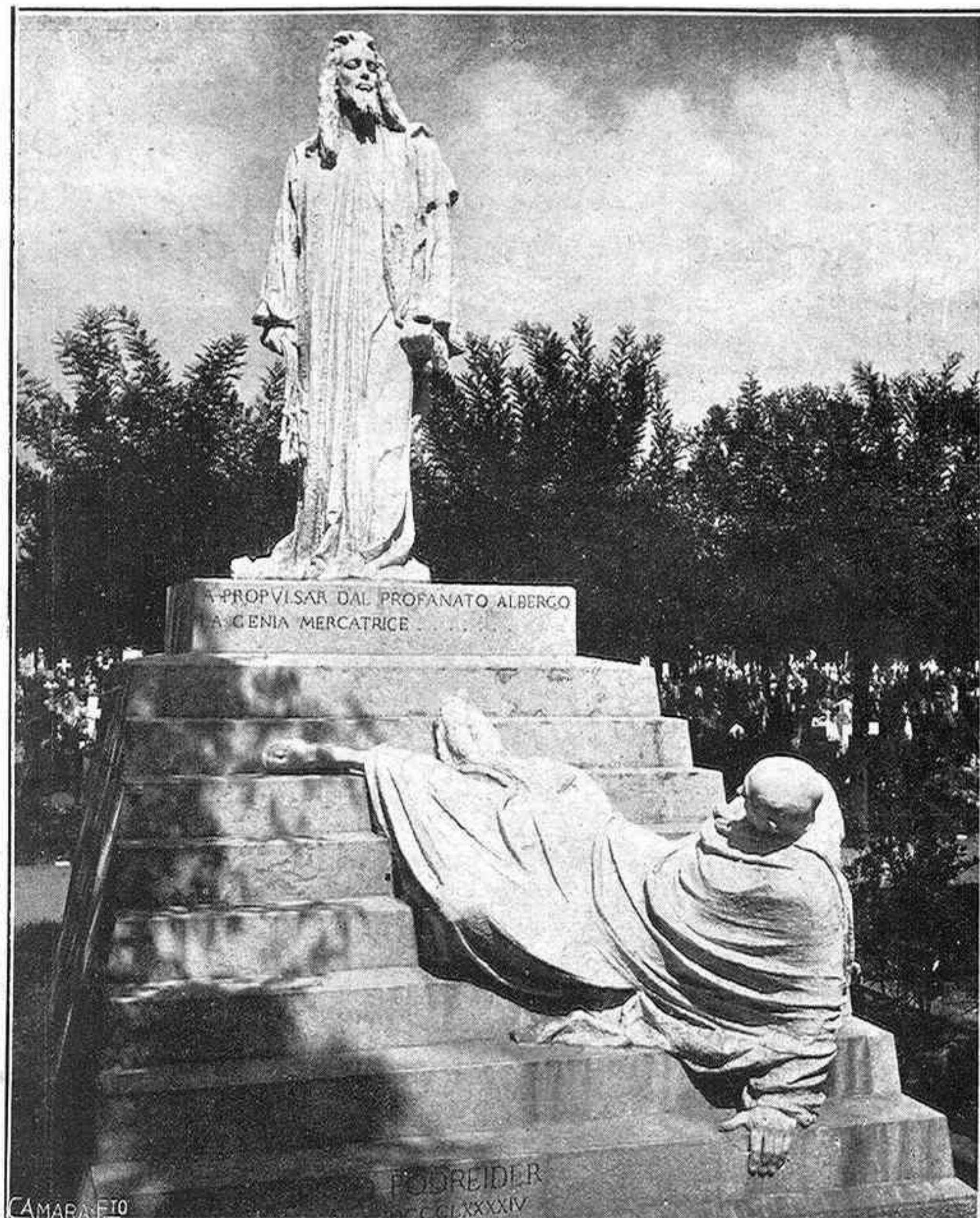
Es una especie de dolmen druidico, tallado en granito para infundir á su expresión mayor severidad, y alto como una casa de dos pisos. En la parte superior del mausoleo, dentro de la obscuridad rectangular de un ni-



Monumento á Squadrelli, obra de Ernesto Bazzaro



Monumento a Valsechi, por el escultor Panzeri



Monumento a Francisco Padroider, obra de Chidoni

cho aparecen dos pies juntos; dos pies yertos, impregnados de desencanto, llenos de indiferencia, de fatiga. Es un notable acierto del artista: para expresar la vida, son mejor las manos servidoras del espíritu; mas para evocar la muerte tienen mayor elocuencia los pies, porque dan una sensación de camino. Tres figuras griegas en bronce, un hombre y dos mujeres, velan al muerto. Una de las mujeres, sentada cerca del cadáver, le mira con horror, como empavorecida de su silencio y de su quietud; la otra de hinojos, en una actitud de esclava, parece querer arrancarle un secreto a la tierra; el hombre, de pie, el rostro dirigido al cielo, las palmas de las manos vueltas hacia arriba, es un «por qué», y es una oración.

Emmanueli ha construido para los Da Costa, un sepulcro de conmovedora simplicidad. Una mujer de mármol blanco—el alma—se dispone a entrar en el panteón y su mano empuja indecisa la puerta. El artista parodió quizás el magnífico «Monumento a los muertos», de Barthelémy, pero ello sí quita originalidad no resta fuerza a su obra. La figura, vuelta de espaldas, atrae, fascina. El alma va a fundirse en la nada y baja la cabeza; ya sus ojos se abren ante la gran noche; la vemos y pensamos que, cuando adelante un paso más, dejaremos de verla. ¡Si la llamásemos, si pudiésemos arrancarla a su destino!... Y, de pronto, la visión truécase en sensación acústica y parece que alrededor de ese pequeño mausoleo el silencio del campo santo es más profundo.

En el monumento a Galbiati, a la entrada de un á modo de laberinto dantesco, el muerto—su espíritu quizás—, se prosterna ante la imagen bañada en inefable dolor de Jesús, y mientras besa sus manos le mira angustiosamente, como diciéndole: «¿Qué me aguarda? Detrás de esta inmensa tiniebla en que me ahogo, ¿hay otra luz?...» Pero Jesús tiene los párpados cerrados, y su rostro impasible irradia silencio.

En otro monumento funerario del escultor Panzeri, aparece una mujer que inclina al niño que tiene en brazos sobre un sepulcro, para que mire lo que hay en él.

No sé. Para que bese los pies de un crucificado

La figura del Crucificado tentó insistentemente la imaginación de los artistas. Chidoni, verbigracia, presenta el Jesús irritado y magnífico que expulsó a latigazos a los mercaderes del templo. En otro panteón de extraordinaria originalidad, Jesús sale de una gruta, cubierta de hiedra y musgo, y sus pies blancos diríase que avanzan sobre la arena. Viene de visitar al muerto... Más allá, en una tumba, el Tiempo reflexiona, mirando hacia abajo, hacia la región del eterno silencio. ¿Será grande el Misterio que el Tiempo, que lo vió todo, no lo sabe?... Hay diseminadas por aquel campo de reposo centenares de mujeres, unas en mármol, otras en bronce, que lloran ó rezan... y todas estas figuras viven extrañamente al lado de nosotros.

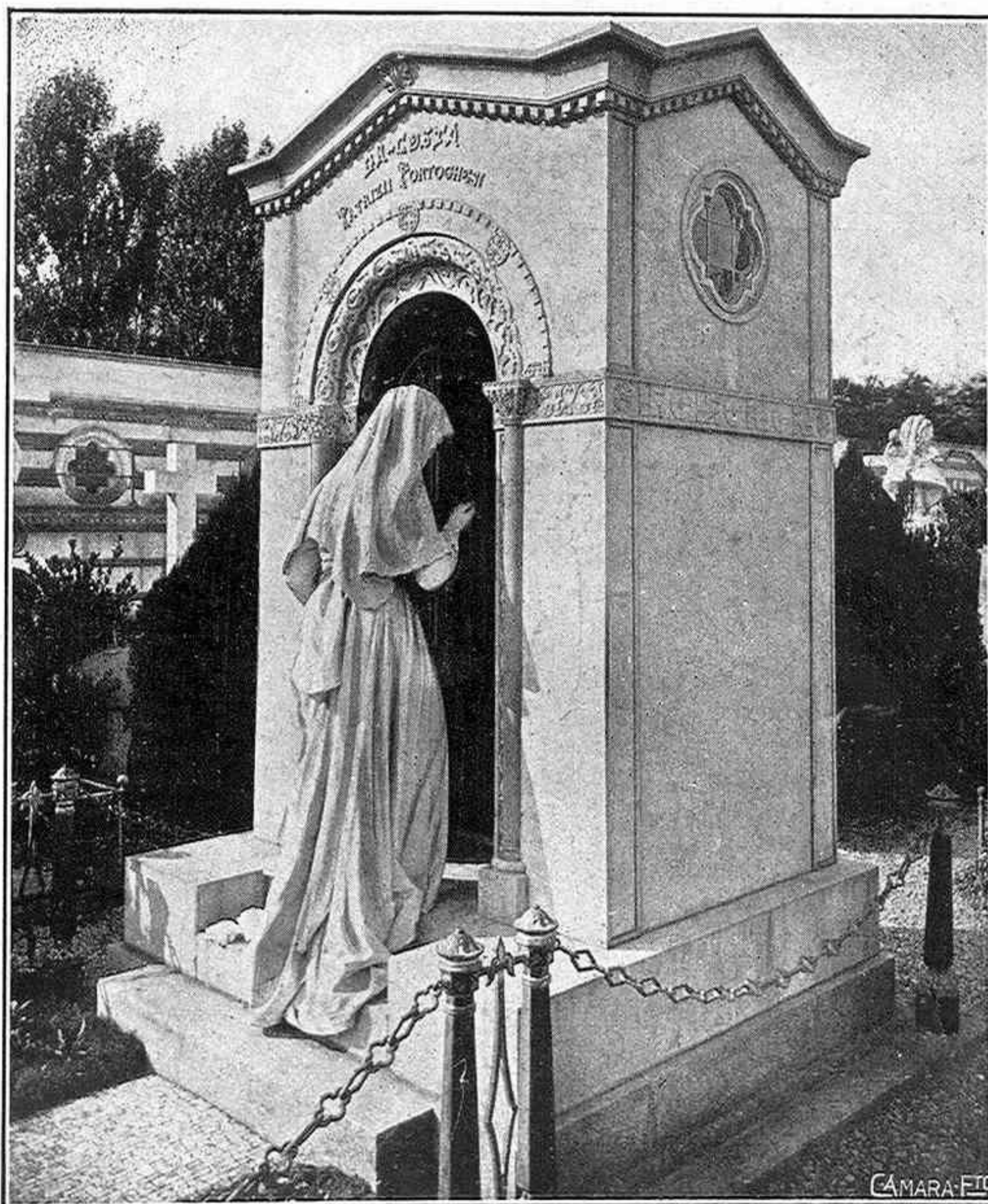
¡Morir!... He ahí un momento en el que todos debemos pensar, no para temerlo, mas sí para adornarlo con actitudes y frases de superioridad y belleza. Acaso el finar sea, como los materialistas aseguran, una «extinción de la conciencia», una paralización de la masa cerebral de donde la luz pensante brota como la llama de la torcida mojada en petróleo; ó acaso, según el aliviado criterio espiritualista, el resurgimiento del alma, la epifanía milagrosa del «Yo» que, sin olvidarse de lo que era, penetra en otra vida.

Morir es saberlo todo; es saber por qué el corazón se detiene y si los difuntos nos oyen cuando les llamamos y ver lo que miran sus ojos vidriosos. El cronista ya tiene meditadas las palabras con que ha de despedirse en tan señalado trance. Ninguna de las «últimas frases» célebres le agrada: en la de Franklin, por ejemplo, hay excesiva *bonhomie*; en la de Goethe, demasiada angustia; en la de Rabelais, demasiada ironía; en las de Mirabeau, descomedida vanidad...

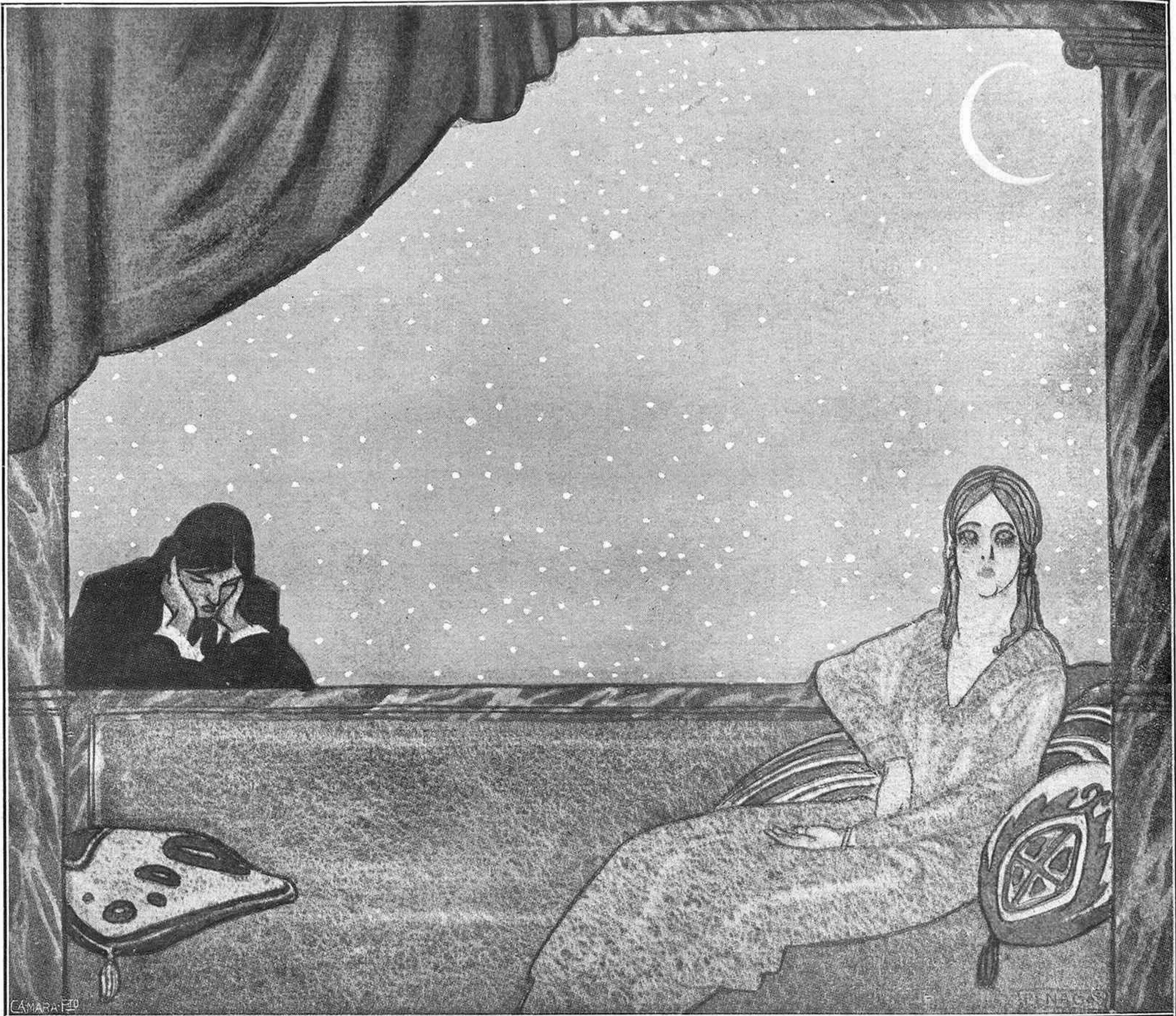
Yo—á menos que el magín se me nuble—diré sencillamente: «Vamos á ver qué es eso»... Son unas palabras tranquilas, ni burlonas ni graves; palabras elegantes de autoinspección, de curiosidad y de turismo; palabras de hombre para quien todo viaje tiene un encanto...

EDUARDO ZAMACOIS

Milán, 1915.



Monumento a Da Costa, por Emmanueli



En la noche serena...

Lloraba sin cesar. Iba la tarde cayendo lentamente. Era en las horas de la Melancolía. Yo, cobarde, le pregunté al oído: ¿Por qué lloras?

Fijó en mí sus pupilas de zafiro, fristes, lo mismo que el morir del día. ¡Oh, pupilas de ensueño!—y un suspiro fué su respuesta á la pregunta mía.

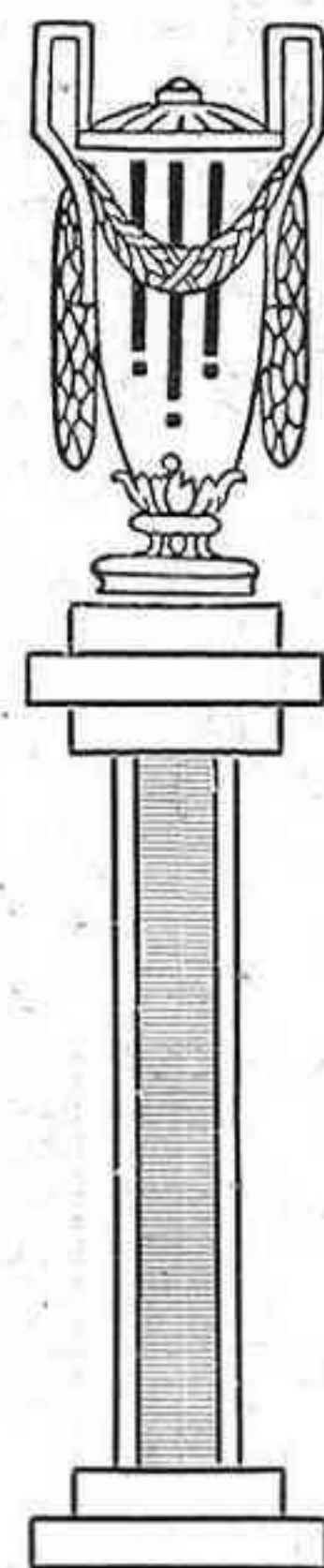
—No llores, no, mi amor—dije. Y en tanto, mi voz, también, llenábase de llanto. La noche entraba en paz. A los cristales

del balcón, asomábase una acacia del jardín y era todo ritmo y gracia en la gloria de un triunfo de rosales.

ooo

La hora fatal se aproximaba. Sino crüel, me asía con su mano fuerte. Y yo me preguntaba: ¿En qué camino, bajo qué soles, hallaré la muerte?

Iba á partir, á abandonarla. Y nunca como en aquel momento decisivo, sintió el dolor de la esperanza trunca de su pasión, mi corazón cautivo.



¡Pobre mártir de amor, que sin excesos en su horrible sufrir, sin un reproche para la suerte, se anegaba en llanto!

Su faz tenía la tristeza de esos caminos silenciosos que, en la noche, parecen conducir á un Campo Santo.

ooo

La Primavera envenenaba el alma con extraños aromas. Y era una misma nuestra ansiedad.

En la gran calma, bella y solemne, apareció la luna.

—¡Ella!—dijo la humilde, recordando pasados sueños de ideal arrullo. Y quedó al Infinito contemplando y fué llanto de luz, el llanto suyo.

Después, lenta, muy lenta, su mirada fué á clavarse en mis ojos, dolorida. ... Yo partí, mudo, con el alma rota.

—En la noche serena y constelada, las soñadoras Hadas de la Vida lloraban el dolor de una derrota.

RAMÓN DÍAZ MIRETE

DIBUJO DE PENAGOS

ARTE FOTOGRAFICO

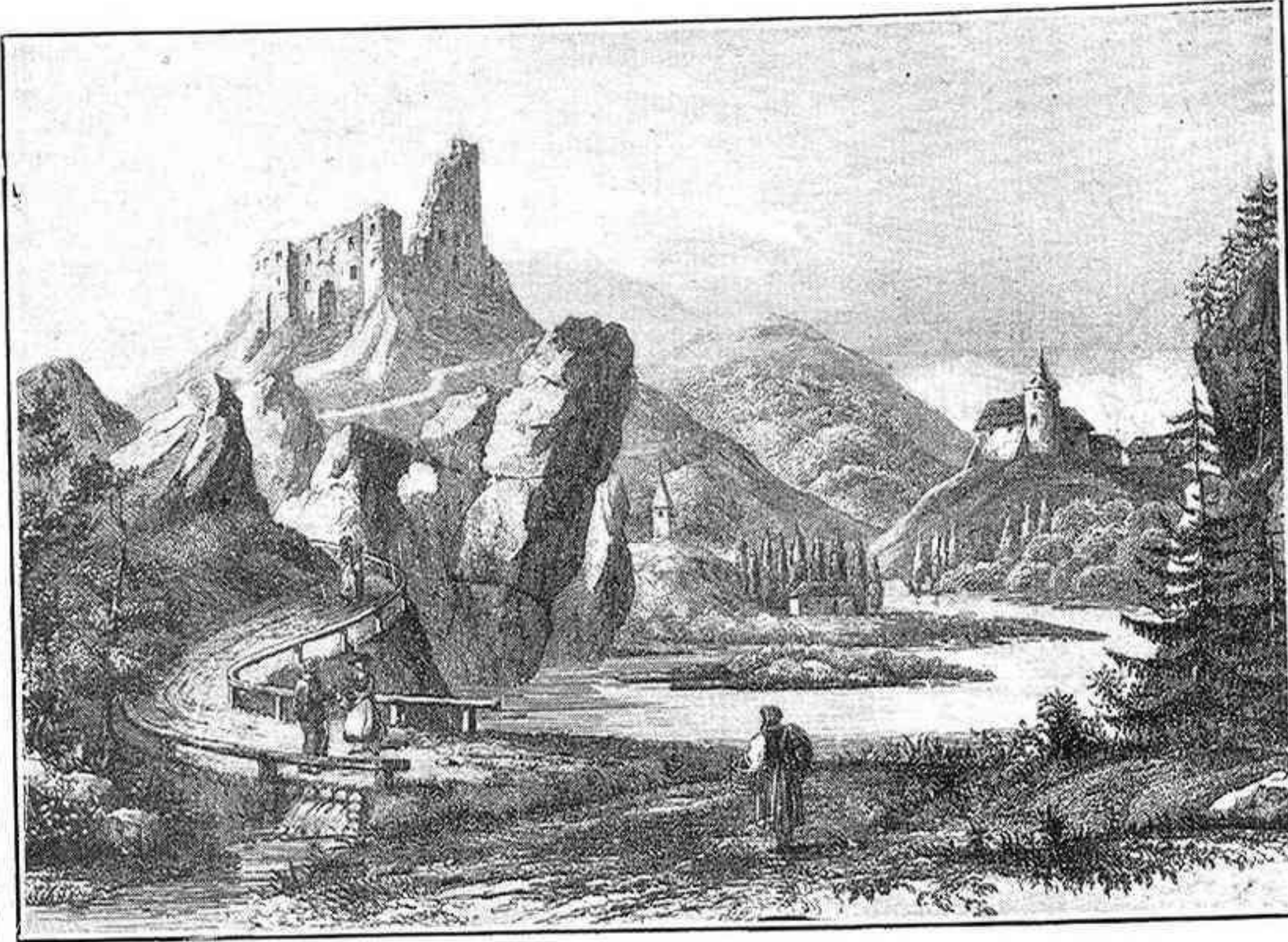


AL CALOR DE LA LUMBRE

FOTOGRAFÍA DE ESPINAL

CAMARA-FID

RUINAS DE POLONIA



Las ruinas del castillo de Czorstyn



Aldea al pie del castillo de Ilza

La destrozada, la repartida Polonia, conservaba junto a la renovación y engrandecimiento de sus ciudades, de Varsovia, de Cracovia, de Lemberg, las ruinas de sus pasadas guerras. Los castillos de Janowiec, de Chenciny, de Czorstyn, de Kazimierz, de Ilza, de Trembowla, de Yazlowiec sobre altos picachos como mudos testigos de la tragedia nacional, como asilo donde la superstición campesina supone refugiados los espíritus de los bravos héroes que murieron luchando por la independencia, de los reyes que fueron, de Boleslas el Rizado, de Mieczyslas el Viejo, de Casimiro el Justo, de Leszek el Blanco, de Boleslas el Casto, de Leszek el Negro, de Enrique el Probo, de Wladislas Piernas flacas... Todo ello un poco patriarcal, como en los tiempos de nuestra reconquista, cuando nuestros reyes se llamaban también el Casto, el Sabio, el Craso, el Cruel, el Doliente.

Así, por ejemplo, el castillo de Ilza ofrece sus ruinas a la veneración fanática de los campesinos polacos, porque sus piedras están acompañadas de una tradición religiosa. Alzolas en el siglo XIV un soberbio obispo de Cracovia, Juan Grot, que en la cumbre, a cuyo pie existía y existe una pabrísima aldea, quiso levantar un monumento que contemplara todo el centro de Europa, no se dió cuenta de que alzaba una fortaleza para cobijar y amparar enemigos de su patria. Ilza engrandecido y enriquecido por todos los obispos de Cracovia, que cuando pasaban temporadas tras sus almenas se creían poderosos señores, era algo más que El Escorial para

la España de Felipe II; era lo que el Kremlin de Moscou: templo, fortaleza, castillo feudal, palacio, todo en una pieza.

Cuando la estupenda aventura de Carlos Gustavo de Suecia, que invadió Polonia y se apoderó de toda ella, llegó al castillo de Ilza, lo conquistó e instaló allí sus tropas, que se ocuparon en levantar un muro almenado alrededor del palacio, obra que subsiste. Ya entonces desaparecieron las maravillosas obras de arte y de riqueza que los obispos de Cracovia habían ido acumulando en el castillo; pero luego, después que los polacos lograron expulsar a los suecos, y después que padeció aquella región la invasión de los cosacos—¡oh, los cosacos de 1750, con su bárbaro jefe Rakoczy al frente, arrasadores, asesinos, violadores, incendiarios!—, los obispos de Cracovia, dueños nuevamente del castillo, volvieron a hacerlo nidal de sus caudales.

Allí instalaron la admirable galería de retratos de los reyes y los grandes hombres de Polonia pintados por los más hábiles artistas; allí acumularon las estatuas de mármol, los muebles preciosos, las telas riquísimas de los santuarios y las iglesias; allí las joyas que los penitentes depositaban en los altares; pero la guerra llegó otra vez allí, incendió la aldea, puso cerco a la muralla almenada... Ahora eran los austriacos. Los austriacos de 1796 que llegaban poseídos de una ira loca. Asaltaron el castillo y a poco quedaban sólo los muros. Se lo llevaron todo. Cuando ya no quedaban muebles ni cuadros ni tapices ni esculturas, arrancaron las puertas, las

ventanas y los artesonados, los bronce y los hierros; los pobres muros desnudos fueron sometidos al tormento del fuego; se los roció con brea y resinas, se puso al pie de ellos montones de leña y así estuvieron resquebrajándose hasta hundirse los techos, hasta desmoronarse calcinados los sillares...

Y cada castillo tiene una historia semejante, aún más interesante, aún más adorada por los polacos esclavizados. Allí, en el castillo de Olesko, nació Sobieski; nació en un día de tempestad; los astrólogos interrogados sobre el horóscopo del recién nacido le predijeron un porvenir extraordinario de dominio y de grandeza. Y el castillo, sombrío, triste, abandonado, parece encerrar el espíritu de este hombre; uno de los más grandes que ha conocido la Humanidad.

He aquí en ruinas también los Graneros de Kazimierz, donde Casimiro el Grande acumulaba las cosechas de toda la nación, convirtiendo la próspera ciudad, que ya no existe, en un mercado riquísimo. Y los graneros eran, a la vez, templo y palacio.

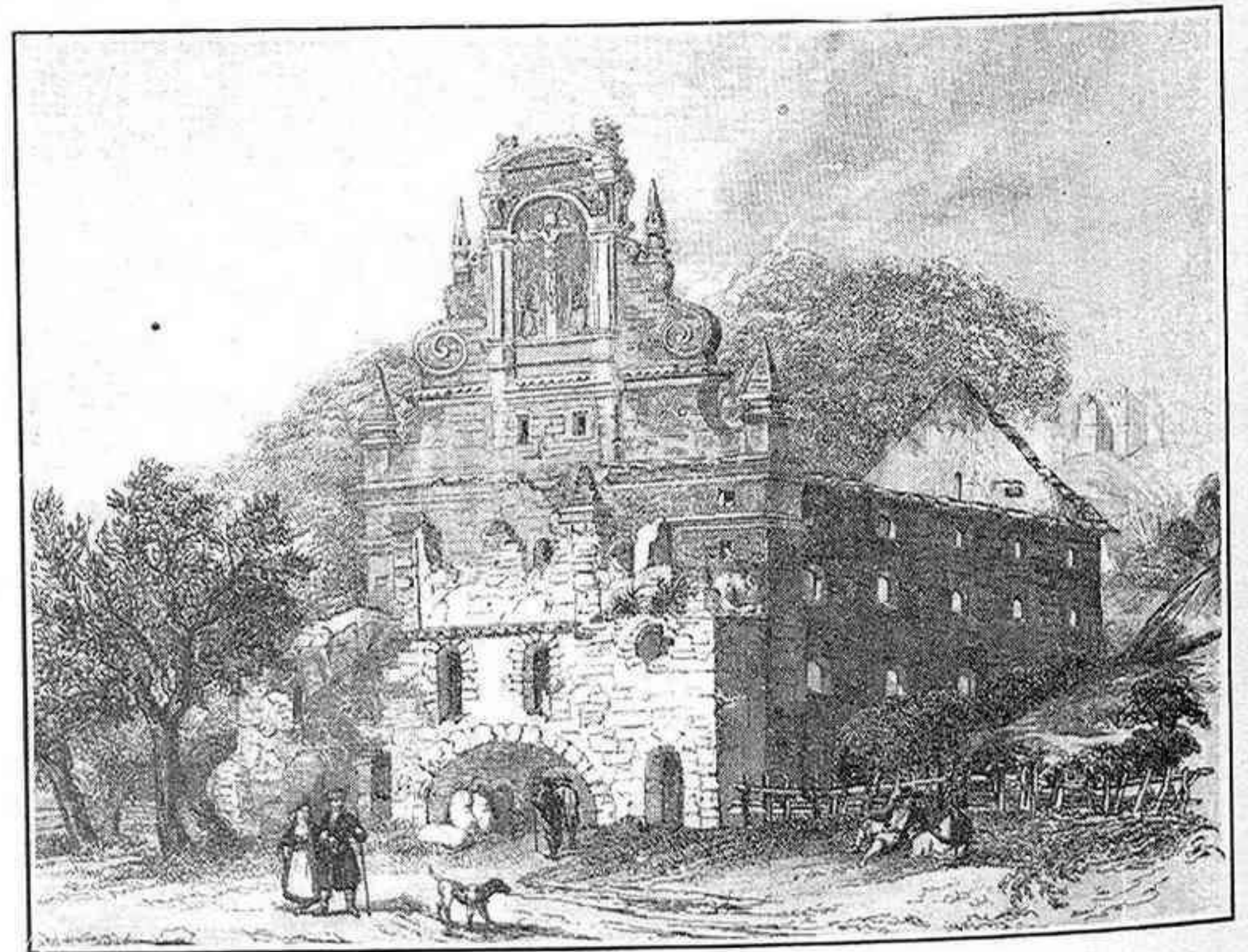
Todavía entre los muros derruidos se ve el crucifijo que los cobijaba...

¡Pobre Polonia! Ni nación ni patria... Cada guerra que estalla en Europa deshace tus linderos, mata a tus hombres, viola a tus mujeres, destruye tus monumentos... En vano, cuando la sangre se seca sobre los campos, fecundándolos, intentas renacer... ¡Pobre Polonia!

DIONISIO PÉREZ

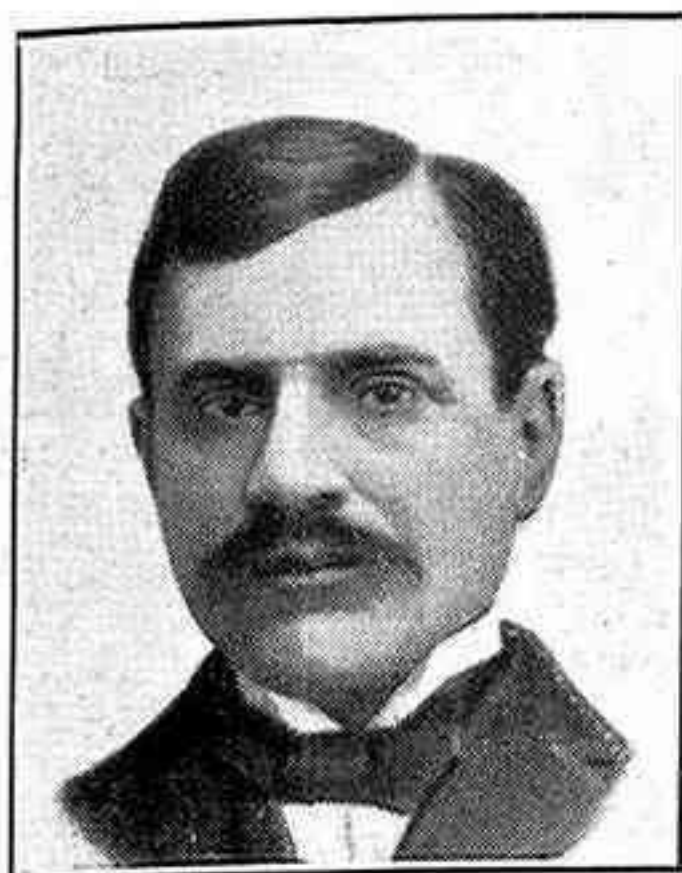


El castillo de Olesko



Los graneros de Kazimierz, en el Vistula

DE LA GRAN TRAGEDIA



PAUL BOURGET

IDEALES de dominio y condiciones de civilización han influido diversamente en la guerra. Pero, mirada en conjunto, Europa no es ya una suma de fuerzas públicas que mandan frente a otra suma de manadas sociales que obedecen; es el palenque de una lucha que marca un nuevo momento en la historia, manteniendo a todos los sostenedores del empeño en ese estado

de tensión y de entusiasmo que es la condición del vigor y que lanzará sobre la haz del mundo una ráfaga de energía vivificante. Como un árbol vegeta y vive en todas sus hojas, Europa se estremece en todos sus pueblos. Enfermedades son, abismos de la especie humana, las grandes conflagraciones, los inmensos combates; mas, por fortuna, la civilización marcha, hoy más veloz que antes, hacia el calor y la luz; y los terribles factores, todos de transcendental significación, que vienen a atizar la enorme hoguera en que Europa arde, calor y luz son para lo porvenir. El individuo se empequeñece, la familia misma se sacrifica a una aspiración futura.

Sí; la sociedad no se basa en el individuo, como erróneamente creyeron los hombres de la Revolución Francesa, sino en la familia; pero por encima de la familia está la patria. Por defenderla, por romper el círculo de hierro en que la envolvió el resto de Europa, se ha preparado pacientemente Alemania a sufrir en lo futuro, en el curso de los siglos, la pesadumbre terrible y poderosa del odio mundial. Con la guerra ha revolucionado económica, científica y militarmente el viejo mundo europeo. Y Francia, que no quería la guerra, se ha alzado, sin embargo, con noble ímpetu, porque todos sus hijos comprendieron que era cuestión de vida ó muerte para la patria. Francia ha despertado y escuchado la voz de la raza, y se ha buscado y encontrado, y se ha visto a sí misma, y se ha amado, y ha sentido correr por sus venas el caudal nunca separado de sus antiguas energías.

Un francés ilustre, Bourget, ha estudiado uno de los errores que los observadores de las costumbres de su país han denunciado como uno de los factores más terribles de disolución social: el vivir individualista. Al estallar la guerra, residía Bourget en una ciudad del interior, cercana a un balneario de moda, y que es a la vez centro de una industria muy próspera y que emplea millares de obreros. Estaba, pues, en una admirable posición para observar la reacción producida por los acontecimientos en los dos medios más invadidos por el individualismo: de una parte, los ociosos ciudadanos de *Cosmópolis*, que toman por divisa la famosa fórmula de vivir su vida; de otra parte, el mundo obrero, donde, un poco disfrazada, triunfa la misma fórmula. Francia había casi llegado hasta ese abismo moral, hacia él caminaba, y en él hubiera caído, si el deber y el instinto de conservación no la hubiesen obligado a detenerse en el descenso. Oigamos como Bourget se explica: «Vi cómo delante de los transparentes de los periódicos la calle no podía contener tanta multitud. Los dos mundos no vivían más que de las palabras de los telegramas. ¿Los dos mundos? En realidad, era uno solo, y una sola persona los millares de ellas que devoraban las noticias. No tenían más que una idea, un sentimiento, una emoción; digo mal, ellos no, el país en ellos... ¡Aún persiste en mis ojos la partida de los regimientos! ¡Aún contemplo el ritmo de totalidad (no sé expresarlo de otro modo) que les empujaba!... Leed las admirables cartas de soldados y oficiales que publica la prensa. El corazón de la patria late con una pulsación única. ¿Y el individualismo? ¿Y el vivir su vida? ¿Qué quieren decir esos términos? ¡Patética y grandiosa sinfonía de todas las almas! ¡Comisión santa de energías, de que nunca creímos a Francia capaz! Releed esas cartas y observareis en oficiales y soldados una extraña cualidad en el estilo, ese tono de hombre que vive potente, amplia y espléndidamente. Es que la absorción del indivi-

duo en un conjunto superior, del que forma parte como una célula, le amplifica en vez de disminuirle. No es una mutilación, es una plenitud. Las teorías del individualismo, según las cuales el hombre se atrofia en la sociedad, han quedado refutadas por las cartas de nuestros combatientes. ¡Qué riqueza y qué vigor en su personalidad desde que se han sumergido en la fecunda corriente nacional! El individuo nunca es tan fuerte como cuando se asocia, de suerte es que el verdadero individualismo consiste en romper con el individualismo. Parecerá paradoja, pero es exacto. Cada soldado podría decir: *Cuanto más renuncio, más soy yo mismo*. Nunca he visto más evidentemente demostrado el beneficio moral del renunciamiento que visitando estos meses las salas de los heridos y observando la serenidad que se descubre, a pesar del dolor, en el fondo de los ojos febriles y sobre los pálidos rostros. ¡Qué contraste con el hospital habitual en que la melancolía, las penas, los estigmas de las angustias morales, se mezclan, para agravarlas, con las señales del sufrimiento físico! En los hospitales de sangre, ese dolor moral no existe. La nobleza del sacrificio voluntario tiñe a los rostros más vulgares de un carácter augusto. Estos hombres del pueblo han participado de la gran epopeya que, en estos momentos, vive Francia. Son humildes y sienten su grandeza muy confusamente; pero conservan un vigor, una fiereza que no les abandonará, si sobreviven, y si mueren, los que les lloren con violenta desesperación, no podrán decir que lloran a un desgraciado. Leed los anuncios de misas que publican los diarios de provincias, y ved cómo se repiten estas palabras: *Muerto en el campo del honor... Muerto gloriosamente frente al enemigo... Muerto a la cabeza de su compañía...* Se trata, sin embargo, de un comisionista, de un comerciante, de un profesor, de un labrador, modestos y oscuros servidores de la nación, igualados, de golpe, por los suyos, a los héroes. Y son héroes, en efecto, que han conocido y paladeado una hora divina: la hora en que se han dado en sacrificio para que viva Francia. Los que llevan su apellido hablan de gloria, y tienen razón.»

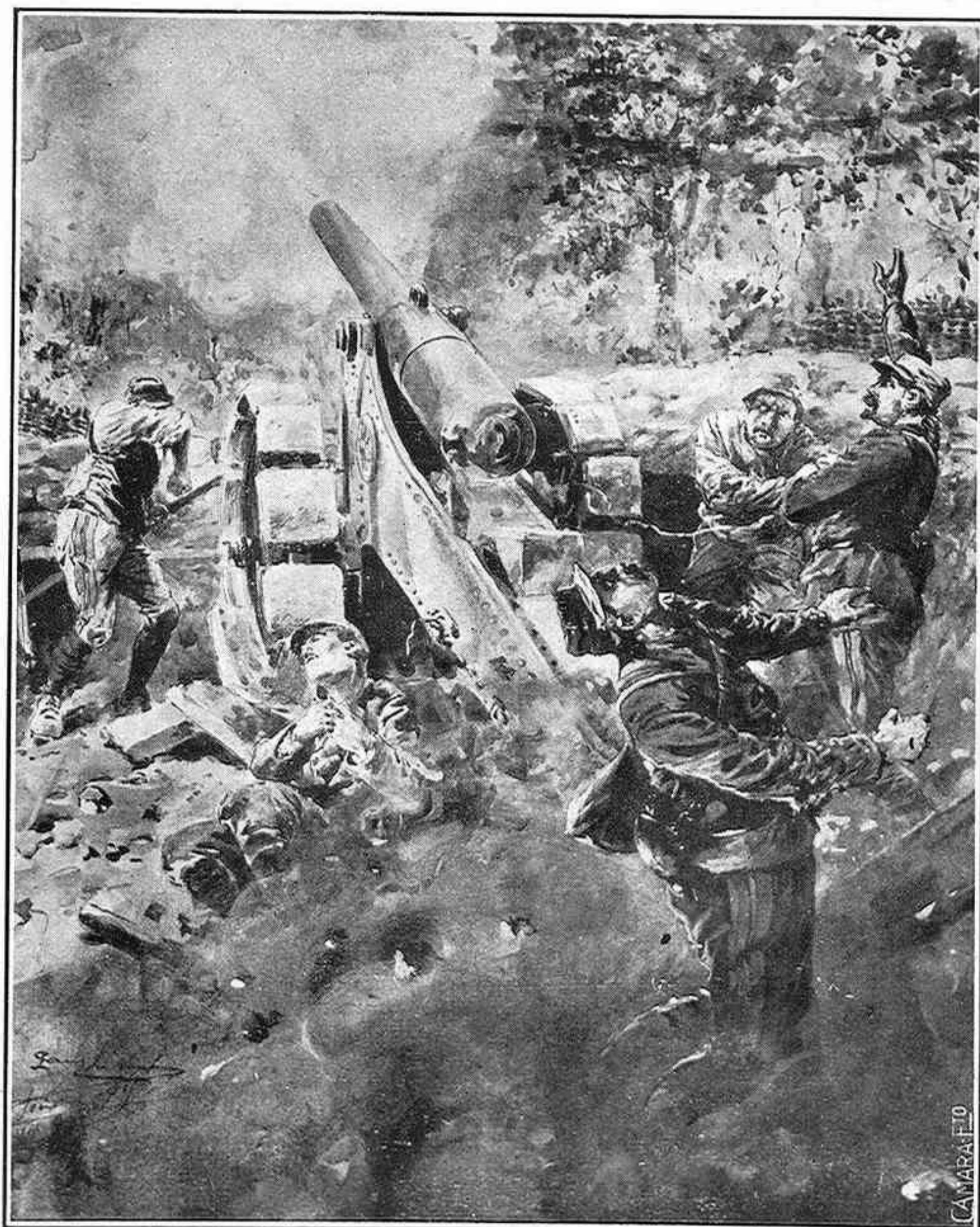
Mil veces se ha repetido, y siempre con acierto, que si en nuestros días las guerras son menos frecuentes, pero más justas, en tiempo alguno guerra alguna podrá ser más justa en uno de los partidos, sin ser más injusta en el otro. Por eso, en el gran choque de intereses y apetitos acampados sobre un pedazo variable del mapa, la gloria sigue siendo la lumbre, el resplandor que irradia de toda gran personalidad heroica, y sólo la ofensa internacional, la iniciativa guerrera, sigue siendo objeto de discusión para los que, además de responsabilidades individuales, admiten responsabilidades colectivas. No hay que decir lo mucho que cuesta separar el trigo de la neguilla en las repetidas y tremendas acusaciones, correspondientes al último género de responsabilidades. ¡Qué de literatura injuriosa y satírica no se viene derrochando en los países aliados, a costa del Kaiser y de sus tropas! El insulto y la calumnia, el ridículo y la mofa, se usan y se derrochan, bajo la intervención de un espíritu popularista y callejero que azuza la campaña. En los países aliados, los hombres de más talento no se libran de la vulgaridad en este punto. Ciertamente, no seré yo quien no disculpe sus arrebatos, que responden

a un natural (aunque exacerbado) sentimiento patriótico, y menos aun daré por bueno todo lo germánico. La opinión pública se ha hinchado siempre con la mentira tanto como con la verdad, y ¿habrá hoy nadie capaz de separarlas? ¡Loco sería el que en pleno huracán intentase separar el polvo del viento! Pero de esto a negar la disciplina, la virtud y la nobleza del pueblo y del ejército alemanes, va un mundo de diferencia, que ningún apasionamiento podrá salvar *grosso modo*.

Como ha dicho Lamarch y ha repetido Dantec, «los hombres de pequeñas miras no pueden consagrarse más que a pequeñas cosas, y por el número únicamente dominan». Por ello tantas gentes rechazan hoy la sólida y patriótica democracia del Imperio Alemán; la apreciación exacta de la grandeza y vida interior de este Imperio es una labor difícil y reflexiva, a una *élite* reservada. Para la «mayoría compacta» de que habla Ibsen (en *Un enemigo del pueblo*), formada por mediocres, el jacobinismo, el radicalismo, el anarquismo, son alimentos más fáciles de digerir; y habría que poner por epígrafe, a la cabeza de los escritos que tratan serena y científicamente el problema de la guerra y la superioridad de Alemania, lo que sobre su tienda portátil inscribió aquel mercader latino que pretendía no vender más que pescado de calidad superior: *non hic piscis omnium!*

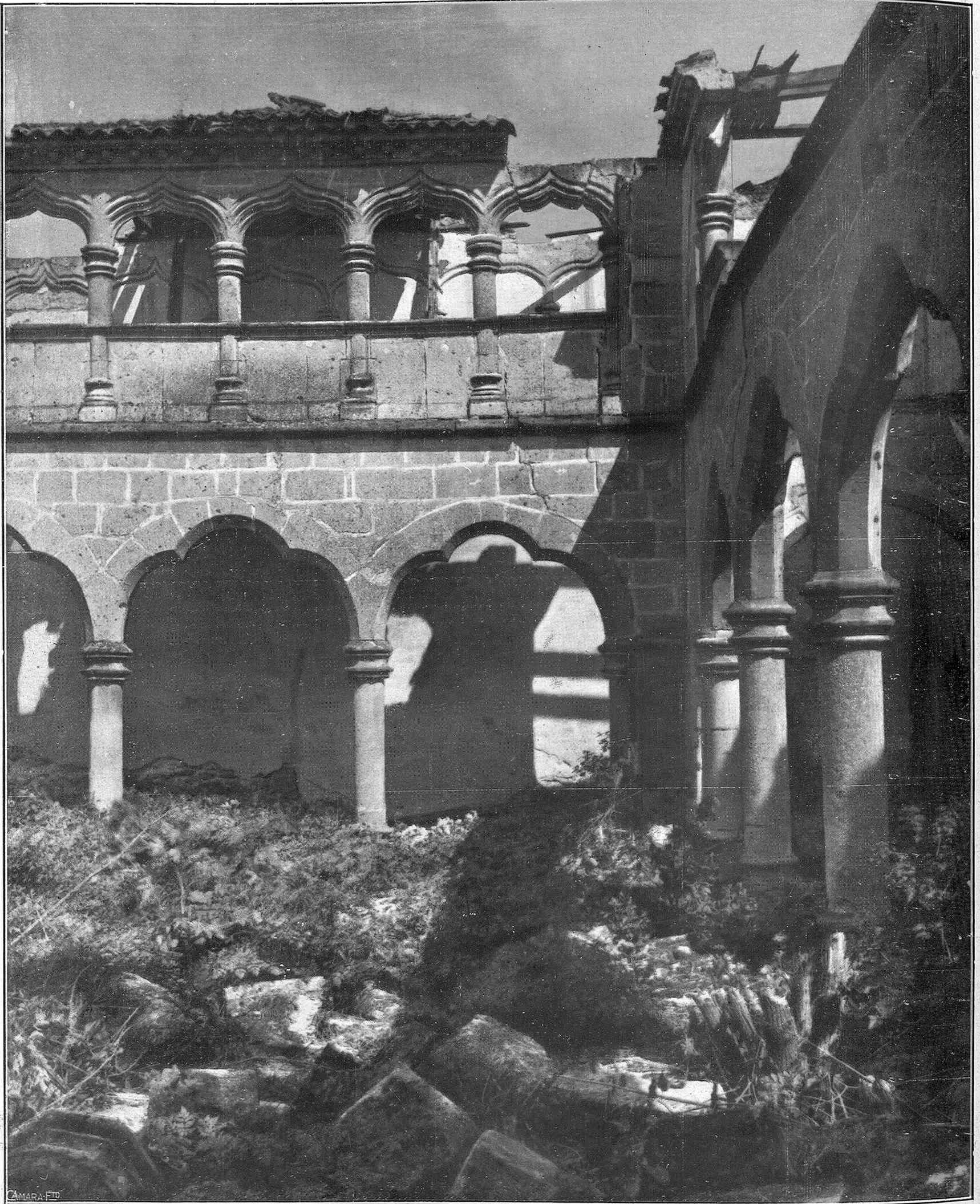
Recapitulemos. En el equilibrio de los pueblos todo reposo pide una alternativa de movimiento, y las energías de un país no se vuelven a crear, no se renuevan, más que luchando. La guerra se necesita, pues, no sólo por afirmación de patriotismo, sino para poder colaborar intensamente en la civilización total del globo. Las naciones, si han de vivir con dignidad, tienen que combatir como los individuos, y a ellas debe aplicarse lo que Dios dice del hombre en general en el prólogo del *Faust* de Goethe: «La actividad del hombre propende de continuo a la pereza, y abandonado a sí mismo, el hombre no desearía más que el descanso, por cuya razón le he puesto al lado el diablo, que le incita y le impide dormir.»

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO



Un cañón francés de 155 milímetros, durante uno de los combates en el Mosa

LAS RUINAS ARTÍSTICAS



CÁMARA-FID

PATIO DEL MONASTERIO DEL PARRAL, EN SEGOVIA

PJT. SOLLMANN

En el sitio donde hoy se halla enclavado este Monasterio, existió una pequeña ermita dedicada al culto de Santa María del Parral, que más tarde fué convertida en residencia religiosa, merced a la bondad del marqués de Villena, que costeó las obras en agradecimiento á haber salido vencedor en un desafío que tuvo junto á aquel lugar y en el cual, según su creencia, obtuvo el triunfo por la protección de Santa María. La edificación del Monasterio fué terminada en 1459

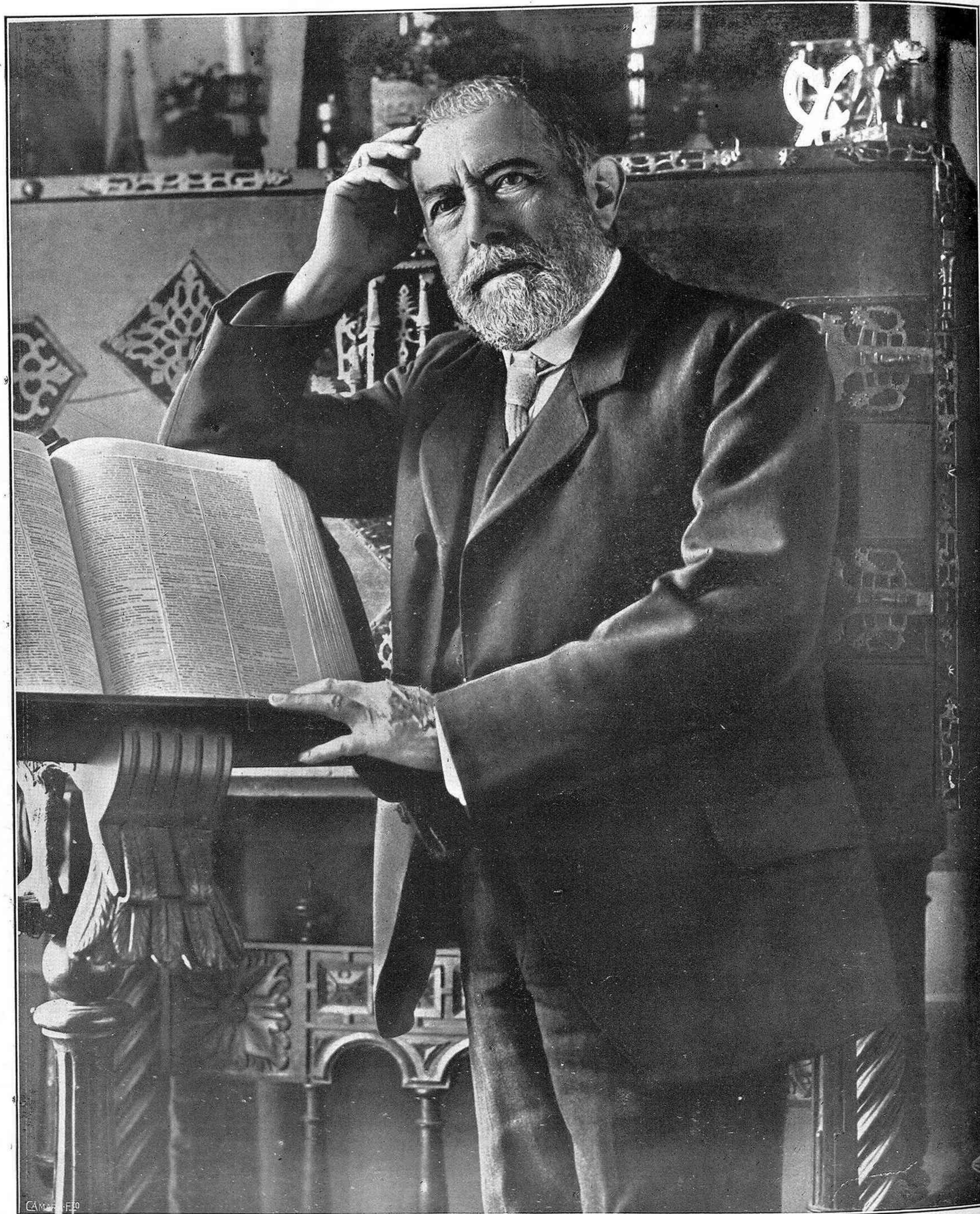
LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



TIPO ESPAÑOL, cuadro de Vázquez Díaz

LA ESFERA
NUESTROS GRANDES PRESTIGIOS



D. EUGENIO SELLÉS, MARQUÉS DE GERONA

Insigne escritor, autor dramático y académico de la Lengua, una de las más sólidas reputaciones de nuestra literatura FOT. CAMPÚA

NUESTRAS VISITAS
D. EUGENIO SELLÉS



El insigne escritor D. Eugenio Sellés, rodeado de su familia en una de las habitaciones de su casa

ESTE despacho destila vejez... Todo aquí son recuerdos que, por nuestra renovadora ingratitud, están ya envueltos en el blanco sudario del olvido. Retratos, amarilleados, de artistas que cautivaron a los públicos; coronas de laurel que nos recuerdan obras que apasionaron grandemente, según la versión de nuestros padres... Todo; todo en este despacho nos habla de un glorioso tiempo pasado, que nosotros no conocimos, pero hacia el cual sentimos un profundo respeto y un blando cariño; algo así como la entrañable ternura que despierta en nuestras almas el nombre de nuestros abuelos. Sin la solera literaria de Galdós, Echegaray, Palacio Valdés, Valera, Sellés, Octavio Picón, etc., no existirían Benavente, Baroja, Buño, León, Valle Inclán, Rubén Darío, *Francés*, y toda esta era nueva que tanto prestigio da al teatro y a la literatura castellana...

Al momento de llegar nosotros apareció en la habitación el viejo maestro Sellés.

—Perdónenme—comenzo diciendo—. Acababa de almorzar hace un instante y estaba todavía liado con una copilla de licor...

Y mientras que decía esto, sus manos, ya un poco torpes y bastante apergaminadas, llenaban de tabaco su gran pipa.

Don Eugenio es pequeño, encogido y lento para accionar... Da la impresión de esos muñecos de madera inarticulados. Su rostro bermejo está cubierto por una barbilla rala, gris y puntiaguda... Anda y habla lentamente con algo de cansancio, como cuando ya se va coronando una cuesta. En su indumentaria es un poco absurdo y descuidado.

El ha tomado asiento en un sillón muy anti-

guo, donde encaja perfectamente su austera figura, y yo en una pequeña siliita.

Y... hemos empezado a hablar.

—Hace mucho tiempo que tenía deseos de llevar a cabo esta visita, maestro; pero una serie de circunstancias y coincidencias han ido retrasándola hasta ahora.

—¡Qué más da!...—ha repuesto él modestamente—. Yo no tengo más sitio en ninguna parte que el que por un exceso de benevolencia quieren darme.

—Nada de eso, D. Eugenio—rechacé yo con sinceridad—. Usted, por derecho propio, siempre tiene un puesto de honor y más entre sus discípulos...

—¡Mis discípulos!... Yo ya, hijo mío, ni soy maestro, ni soy discípulo... No soy discípulo porque ya mis maestros tuvieron el buen gusto de morirse, y no soy maestro porque—sin modestia, sino en realidad—, jamás tuve discípulos: y, no crea usted, me alegro, porque en esto de las enseñanzas hay muchos que honran a los maestros; pero son más los que los ponen en ridículo.

—¿Quién fué en literatura su maestro, don Eugenio?...

—El que despertó en mí desde pequeño mis aficiones literarias, mejor dicho, poéticas, fué Zorrilla, ¡el gran Zorrilla!, al cual no hay nadie de esta generación que sirva para descalzarle...

—Cuénteme usted; cuénteme usted. ¿Eso era en sus tiempos de estudiante?...—inquirí yo con vehemencia para animar los recuerdos.

—Sí, señor. Estudiaba yo la carrera de abogado y al mismo tiempo hacía versitos y los publicaba en periodiquillos de escasa importancia.

—¿Luego su inclinación principal era la poesía?...

—Sí, sí... Sobre todo la lírica... Me había enamorado de la «manera de hacer» de Zorrilla y yo componía unas «orientales» que gustaban mucho, ¡mucho!, sobre todo a mi familia.

—¿Qué edad tenía usted a todo esto?...

—Unos diez y ocho años y estudiaba el segundo...—meditó un momento—sí, sí, el segundo año de Derecho. Luego me metí a escribir una obra teatral en verso, romántica, al estilo de aquel entonces. Eran dos actos y se titulaba *La torre de Talavera*.

—¿Y la estrenó usted en seguida?...

—¡Quiá!... A los quince años después: verá usted las peripecias que me ocurrieron con la dicha obra. Había por entonces aquí una actriz italiana muy notable, la cual se naturalizó en España y cultivaba el castellano en el teatro de Variedades, que estaba situado en la calle de la Magdalena. Esta actriz se llamaba la Civile... Yo, que era un muchacho resuelto, fuí a visitarla y le entregué mi «Torre de Talavera». La leyó, le gustó pero no la pudo estrenar aquel año porque faltaban pocos días de temporada y resolvió llevársela para estrenarla en su *tournee* por provincias; pero tuvo la «mala pata» de que perdiera la obra, advirtiéndole a usted que era el único ejemplar que yo tenía. Esto me desanimó... Pasaron quince años, durante los cuales yo me dediqué al periodismo, y un día, revolviendo entre mis papeletes, me encontré con algunas tiradas de versos de *La torre de Talavera*, me gustaron y rehice la obra en un acto. Se la leí a D. José Echegaray. Tanto le agradó, que recuerdo me dijo: «Esta obra se estrena en esta misma tem-

porada por la mejor actriz que hay; por la Boldum». Y así fué. En el Español y en la noche que celebraba su beneficio de despedida la Boldum, se estrenó mi obra, interpretada por ella, Cepillo, Marín y otras notabilidades de aquel tiempo.

—¿Y alcanzó éxito?
—¡Enorme!... Tanto es que dejé mi puesto de articulista en *El Imparcial*, y todas las colaboraciones periódicas para dedicarme de lleno al teatro... Y la política también la abandoné, advirtiéndole á usted que ya había sido gobernador

de Sevilla y de Granada. Después estrené *Maldades que son justicias*. Fué famosa esa obra porque hubo un gran escándalo. Se habían confabulado Vico y Valero para echarla abajo... Pero, á pesar de la intención de los intérpretes, la obra, en las primeras escenas, se impuso de tal manera que fué un éxito formidable. Al final, cuando salí yo en medio de los intérpretes el público comenzó á gritar: «No; no, el autor solo...» Y Vico y Valero tuvieron entonces que retirarse. Ellos, más molestos contra mí, al día siguiente hicieron la obra recitada y medio en *camelo*. Entonces yo tuve la valentía de irme á la Prensa y publicar un comunicado en el cual decía: «Que en vista de la mala interpretación que daban á mi obra la retiraba...» Y se armó el escándalo. La Prensa se puso de mi parte; en todos los periódicos se publicaron las estrofas de la obra, en fin, ¡el delirio! Yo, á pesar de estas vicisitudes, no me desanimé y escribí *El Nudo Gordiano*. Lo estrenó Vico en Apolo, que gracias á Echegaray ya había hecho las amistades conmigo. Y fué un éxito descomunal. Entonces, amigo *Audaz*, el público vibraba con los nervios de los actores y del autor; y por tanto se apasionaba más para juzgar las obras... Los éxitos eran éxitos verdad y los patesos eran fracasos ruidosísimos... No era esta justicia blanda y fría que se hace ahora, ¡no!... El público, cuando una obra le entusiasmaba, sacaba al autor en hombros, y cuando era mala, hasta las butacas caían al escenario... Casi siempre, en las noches de los grandes estrenos, había bofetadas entre los espectadores. *El Nudo Gordiano* estuvo en el cartel cien noches, dando llenos completos y saliendo yo á escena por aclamación setenta y tantas veces. Hoy, amigo mío, se escribirá mejor, cosa que yo no creo, pero no ocurre nada de eso.

—¿Usted vivirá de la literatura?
—Exclusivamente... Y me da para vivir bien.
—¿Cuánto habrá usted ganado?...

—Bas:ante... Yo calculo un millón de pesetas.
—¿Cuántas obras tiene usted estrenadas?
—Unas treinta y tantas.
—¿Y es su obra preferida?...
—*Las Vengadoras*; pero como los hechos son hechos, tengo que confesar que el público no está de acuerdo conmigo y que de mis obras prefirió siempre *El Nudo Gordiano*.
—Escribe usted poco ahora—advertí.
—Sí, muy poco. Desde que el teatro tomó estos rumbos nuevos, con los que yo no estoy



Sellés, con una de sus hijas

FOTS. CAMPÚA

conforme, lo he ido dejando; sin embargo, hago algo... Tengo... pues tengo ahora preparada una obra en colaboración con Galdós, titulada *El voluntario realista*, y la estamos terminando para cuando la Xirgú venga. Alguna cosilla más preparo, pero sin grandes ilusiones. Mi músico, que era Chapí, murió, mis actores murieron, hasta mis teatros van desapareciendo ya, ¡créame usted, joven amigo! ¡Cuando se llega á esta edad es uno una piedra en medio de un camino...! A mí me emocionaba la voz transida de tris-

teza de este viejo maestro. Y fatalmente era verdad... «La vida es renovación ó muerte.» Proseguimos.

—Y dígame, maestro, ¿cree usted que estamos en decadencia artística y literaria en relación con sus tiempos?...

—¡Qué duda cabe!—repuso Sellés con firmeza de convencido—. Luego dirán que los viejos queremos más á los maestros; pero yo, en realidad, le digo á usted que todavía no he encontrado sustitución á Vico ni á Valero, ni á la

Boldum, que se retiró en la flor de su vida, á los treinta y dos años... ¿Quién es capaz de compararse con aquellos artistas, que sabían hipnotizar á los espectadores?... ¿Le Guerrero?... ¿Mendoza?... ¿Morano?... ¡Ni para descalzarlos!... Yo advierto una decadencia enorme en actores, en poetas, y, sobre todo, en dramaturgos... Ese Benavente, con su talento, le ha hecho un daño enorme al teatro español, porque ha conseguido que triunfe un teatro blanducho, sin vigor, sin nervio, un teatro que todo se reduce á diálogos sostenidos en voz baja y de los cuales se entera el público con una curiosidad más ó menos indiferente. ¡Eso no es teatro ni es nada!...

Hizo una pausa; á poco continuó:
—La otra noche estuve viendo *La tizona*, y á mi juicio, de todo lo moderno es lo mejor que se ha hecho; porque la obra tiene nervio, tiene arte y tiene sustancia.

—¿Es usted mayor que D. Benito, D. Eugenio?...

Sellés hizo un gesto de amargura.
—No sé. Yo soy la mar de viejo. Tengo setenta y un años...

—¿Le cuesta á usted trabajo escribir?

—Mucho... Soy muy premioso; no ahora, que ya estoy viejo, y á mi edad, hijo mío, cuesta trabajo hasta andar, sino cuando era joven también.

—Y de los poetas que viven aún, ¿cuál es el que más le gusta?...

—Si eso, en vez de preguntármelo «El Caballero Audaz», me lo preguntase otro, le contestaría: «Ps, no sé; no he pensado nada sobre eso, ya lo pensaré...»; pero á usted no quiero mentirle. El poeta que más me gusta es Echegaray, y mi novelista preferido Galdós... Ahí están esas crónicas que mi camarada publica en LA ESFERA. ¡A ver si algún cerebro de estos modernistas es capaz de escribirlas mejor!...

¡Cómo me encantaba oír hablar al viejo maestro!... Eran sus palabras los dulces reproches que todos hemos oído en los labios de nuestros abuelos.

EL CABALLERO AUDAZ



FANTASÍAS DE INVIERNO □ PASEAR LA CAPA

Ha pasado la primera chaparrada invernal. En cada esquina lanzan su pregón reconfortante las castañeras y en los vésperos melancólicos se arrastran como lamentos los otros pregones de las «patatas asáás». En las carteleras se anuncian representaciones de *Don Juan Tenorio* hasta en el *Chantecler*. En las confiterías se venden ya los buñuelos de viento y los huesos de santo. Se cruzan en las calles los estereros con los dependientes de funerarias cargados con coronas y candelabros de sepultura. Empiezan á enrojecerse las narices, á descotarse las tobilleras y á decirse que vuelven los liberales. Es inútil hacerse ilusiones. El invierno ha llegado...

D. Optimista Pérez y D. Pesimista González pasean durante una clara, fría y madrileñísima tarde de primeros de Noviembre. Los dos amigos han llegado á Recoletos. Por el paseo van y vienen algunas muchachas cursis con sombreros lamentables y mamás mucho más lamentables todavía.

DON OPTIMISTA.—No se siente el frío, ¿verdad?

DON PESIMISTA.—¿Yo? Ya ve usted: voy desembrozado.

D. O.—¡Calle! Es verdad... Ahora me fijo en que viene usted que quita la cabeza.

D. P.—¿Por qué?

D. O.—Porque *de-capita* y con ese sombrero tan flamenco... Es el contagio de ciertas obras teatrales. No se fije en el chiste.

D. P.—¿Y quién le manda á usted ir á «Cervantes»? (*Estornuda. D. Optimista se ríe.*) Gracias. En vez de decir «Jesús», se ríe usted.

D. O.—No me río del estornudo, sino de la capa. Ha querido usted ser castizo y ya lo ve: se ha constipado. En cambio, yo, con mi gabán, no hay miedo de que me constipe.

D. P.—Pero tiene usted un tipo ridículo. Parece mentira que á sus años se vista como uno de esos tíis de los cinematógrafos y de los tés aristocráticos... Estos gabanes de ahora, afeminados y absurdos, parecen hechos para esa clase de mocosos. En cambio, la capa, la prenda española que...

D. O.—¡Alto, amigo mío! Sensiblerías, no.

D. P.—Si no son sensiblerías. ¡Jinojo! Es la pura verdad. La capa española ya no se ve más que en los cuadros de Zuloaga y en los escaparates de la calle de la Cruz. Ni los toreros la usan. Belmonte lleva gabán con trabilla. ¿Y ha visto usted nada más cómico que Vicente Pastor con gabán entallado? Ni en los barrios bajos siquiera: zamarras, pellizas, y el que menos, una bufanda de esas que ahora llaman de los Pirineos. No, no hay cuidado que hoy día se amotinara el pueblo contra Squilache por su impuesto sobre la airosa capa grana del manolo.

D. O.—Es usted un retrógrado, D. Pesimista. Todo cambia, todo pasa... Fíjese en el paseo de coches. A cada carruaje arrastrado por caballos corresponden seis ó siete automóviles. Dígame cuántas capas ve usted y en cambio pruebe á contar los gabanes. Eso dice algo.

D. P.—¡Ya lo creo que dice! Además, usted se equivoca. Cree que yo soy uno de esos españoles imbécilmente patriotas que hayan de españolizar á Europa é imponer las corridas de toros

sobre el boxeo inglés, la cocotería francesa, los gorgoritos italianos, los azotamientos rusos y el militarismo y las borracheras germánicas. Nada de eso. «Donde persiste la capa ahí la cata.» La capa es una prenda bonita, airosa, que tiene un rancio abolengo en todas las naciones. En todo idioma tiene su nombre: *Manteau, Mantillo, Cloak, Euberzeug, Mantelo*. Esta última palabra del esperanto.

D. O.—¡Pobre amigo mío! Hasta sabe usted esperanto.

D. P.—Y usted cree que Alemania es el mejor pueblo del mundo... ¡Jinojo! Cada cual es dueño de hacer de su capa un sayo.

D. O.—«Al que veas con capa de lamparilla por Navidad no le preguntes cómo le va.» Y usted, que sabe incluso el esperanto, debe conocer el significado de ese refrán bien castellano.

D. P.—Porque lo conozco no me explico su oportunidad actual. Precisamente la gente que necesita dinero para jugarlo ó para ir á los toros, lo primero que hace es empeñar la capa.

D. O.—No las toman. Son como los relojes.

Los dos amigos se encuentran en lo alto de la Castellana, frente al monumento de Castelar.

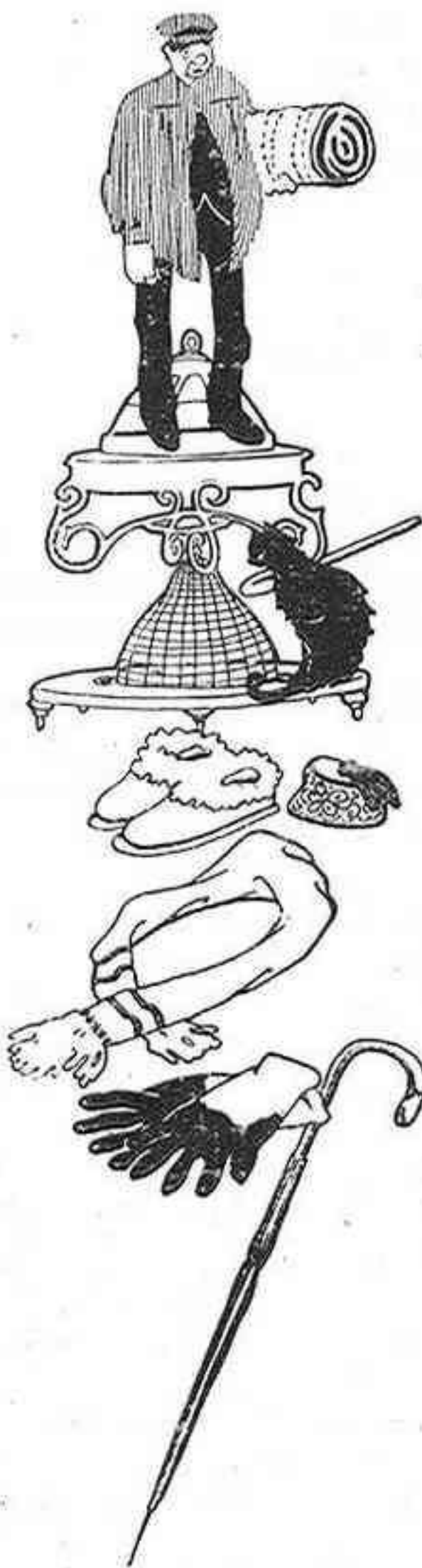
D. P.—Vea usted. Ahí tiene un bello ejemplo, amigo mío. Dígame donde hay mayor grandeza. Si en la levita de Castelar ó en esas togas niveas, de pliegues airosos que evocan la gentileza de la palabra, la gracia señorial de los ademanes, la belleza escultórica de la línea... Y ya no se habla de españolismo, no hace falta sacar á relucir las pataratas románticas y caballerescas. Las togas *palrnadas* y *lacernes* de los romanos, como el *himatio* y la *clauride* de los griegos, los ferreruelos de...

D. O.—Basta, basta. No hay nada que moleste tanto como la erudición después de comer. Prefiero los cuentos de Carreño.

D. P.—¡Entonces recordará usted aquel de la casa de juego? Una vez estaba Carreño en una timba. La noche le daba muy mal y postura que hacía, postura que perdía. Al fin pareció quedarse sin un céntimo y desapareció para volver al cabo de un rato con dos duros. «¡Ju... ju... ju... ego!» Y los puso á una sota para perderlos enseguida. Volvió á desaparecer del garito y volvió á aparecer con otros dos duros que perdió también. De nuevo salió de la casa y de nuevo aportaba dos duros que perdía nuevamente. Así toda la noche, hasta que, al fin, quedó inmóvil viendo jugar á los demás. «¿Qué, Carreño—le preguntó el banquero—, se le acabaron los duros?» «No—respondió Carreño—. Lo... que... que... sea... ca... ca... ba... ba... rón son las ca... ca... pas.» Y echó sobre la mesa un montón de papeletas de empeño. Todos los jugadores se lanzaron precipitadamente al guardarropa. Y el guardarropa se había trasladado á una casa de préstamos que había enfrente del garito.

LIBROS DE GALVÁN

Luis F. HEREDIA



DE NORTE A SUR

Paul Hervieu

Antes de cumplir los sesenta años—había nacido en 1857—ha muerto Paul Hervieu. Otra figura emersoniana, en el sentido de los hombres representativos, que desaparece de Francia.

Paul Hervieu era conocido en España tal vez por su obra peor: por *El Destino manda*. En cambio pasaron inadvertidas *Los ojos verdes* y *los ojos azules* que yo traduje para *El Cuento semanal* y *La course au flambeau* que representó la Compañía de Carmen Cobeña en la Zarzuela. Y, sin embargo, *Los ojos verdes* y *los ojos azules* y *La carrera de la antorcha* son infinitamente superiores a *El Destino manda*.

Paul Hervieu era una de las más sólidas reputaciones de Francia y una de las más vigorosas mentalidades contemporáneas.

Las obras dramáticas de Hervieu, que no son bullangueras, que no tienen la frívola actualidad momentánea de otras de sus compatriotas, sino una actualidad permanente, incambiable a través de épocas y de razas, no habían conseguido hasta que Carmen Cobeña—modestamente, sin trompeteos de la vanidad propia—representó *La carrera de la antorcha*, el privilegio concedido a las de algunos compañeros suyos, inferiores a él, pero superiores la intelectualidad de los «escritores» que aquí viven del teatro... con comedias ajenas. Recordemos, sin embargo, el generoso y frustrado intento de Luis Morote procurando sin lograrlo, la representación de *Las Tenazas*.

En la dramaturgia francesa el teatro de Paul Hervieu representa al hombre de ideas, no al de las palabrerías, ó del ingenio, ni al de los latiguillos ó a los de obscenidades bien olientes que formaban legión antes de la guerra.

Estaba Hervieu sólidamente seguro sobre su consciencia de un arte férreo, enriado por el soplo de un pesimismo demasiado humano. Porque su concepto literario es profundamente triste y desolador á fuerza de reflejar impasible la vida. Yo representaría simbólicamente el arte de Paul Hervieu por un atleta desnudo y cruzado de brazos sobre una roca, teniendo frente á sí el mar y detrás de sí el desierto. Uno de los mejores caricaturistas personales de Francia, Barrère, ya véis cómo lo ha representado, dentro de un cubo para botellas de champagne entre pedazos de hielo...

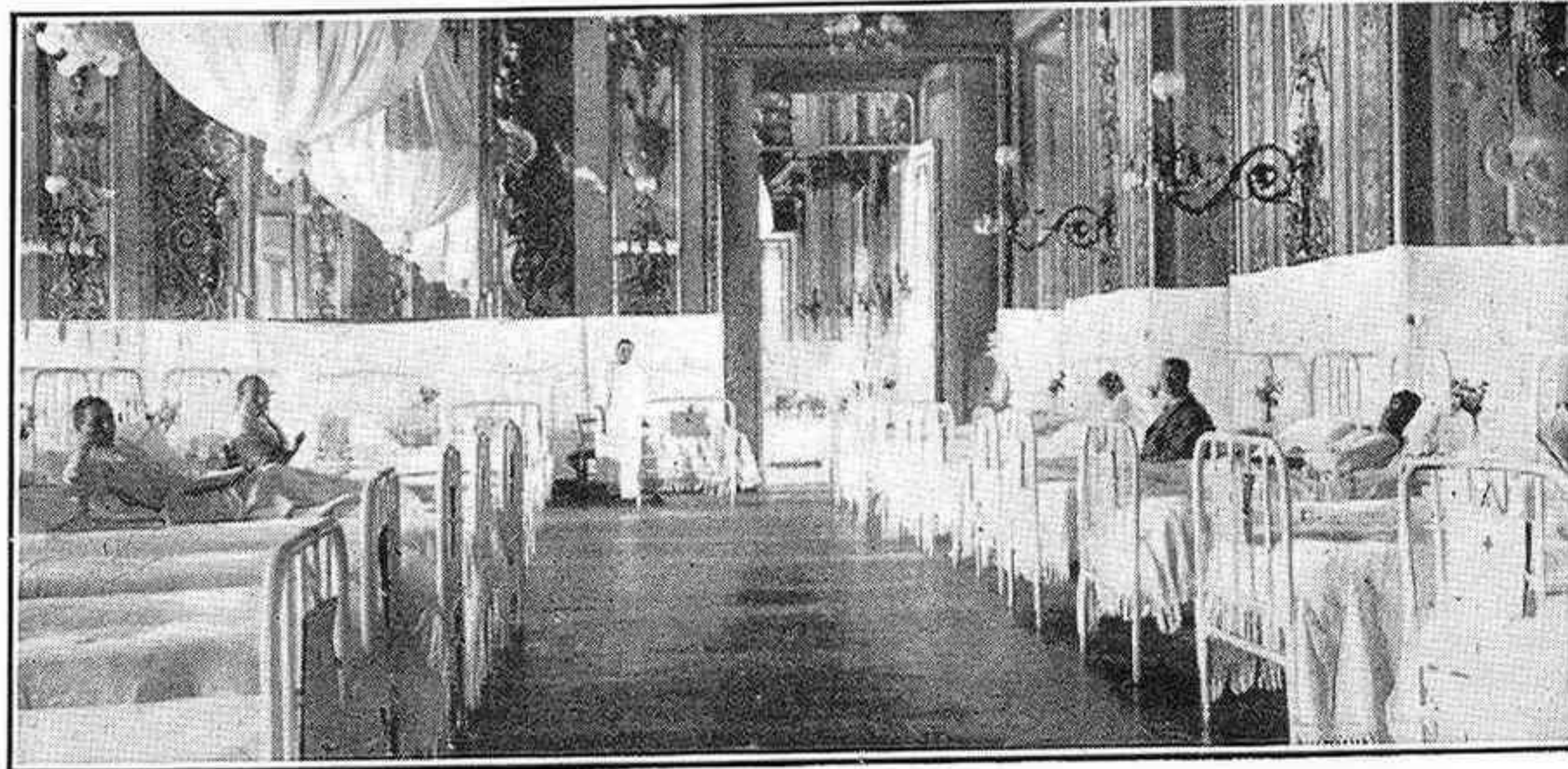
No obstante, debajo de la frialdad de su aspecto, hervía la pasión. Ya Brunétiere afirmó que Paul Hervieu aspiraba á crear la tragedia moderna. Nada más cierto. El mismo autor de *Connais-toi* lo confiesa: «Comprendo la indignación, la lucha, las escenas de fuerza apasionada, mejor que el enternecimiento».

Y también: «Lo que yo persigo siempre son tipos de humanidad media que razonan el porqué; creen que hacen mal ó bien, impulsados por su instinto modificado por la educación. En todos mis dramas he prescindido del inevitable «simpatío» que desde la aurora del arte teatral, regocija cándidamente al público.»

Así, obedeciendo á semejante rectilínea concepción del arte y de la vida, fueron naciendo esas obras fundamentales que jalonean con otras cuantas—muy pocas—el teatro francés contemporáneo y que se llaman: *La loi de l'Homme*, *Course au flambeau*, *La dedale*, *Les tenailles*, *L'Enigme*, *Les paroles restent*, *Connais-toi*, *Bagatelle*...

Además, si admirable é interesante es el dramaturgo—no olvidéis que en escritores como Paul Hervieu su literatura está siempre en presente—no lo son menos el novelista y el cuentista. A veces casi podría decirse que le superan.

En sus libros hay la misma obsesión trágica de sus dramas; pero realzada, *documentada* por la amplitud que tiene el libro y no el drama para ciertas circunvoluciones psicológicas. Luego su prosa. La prosa de Paul Hervieu es de tal precisión que desconcierta, como ciertos edificios de



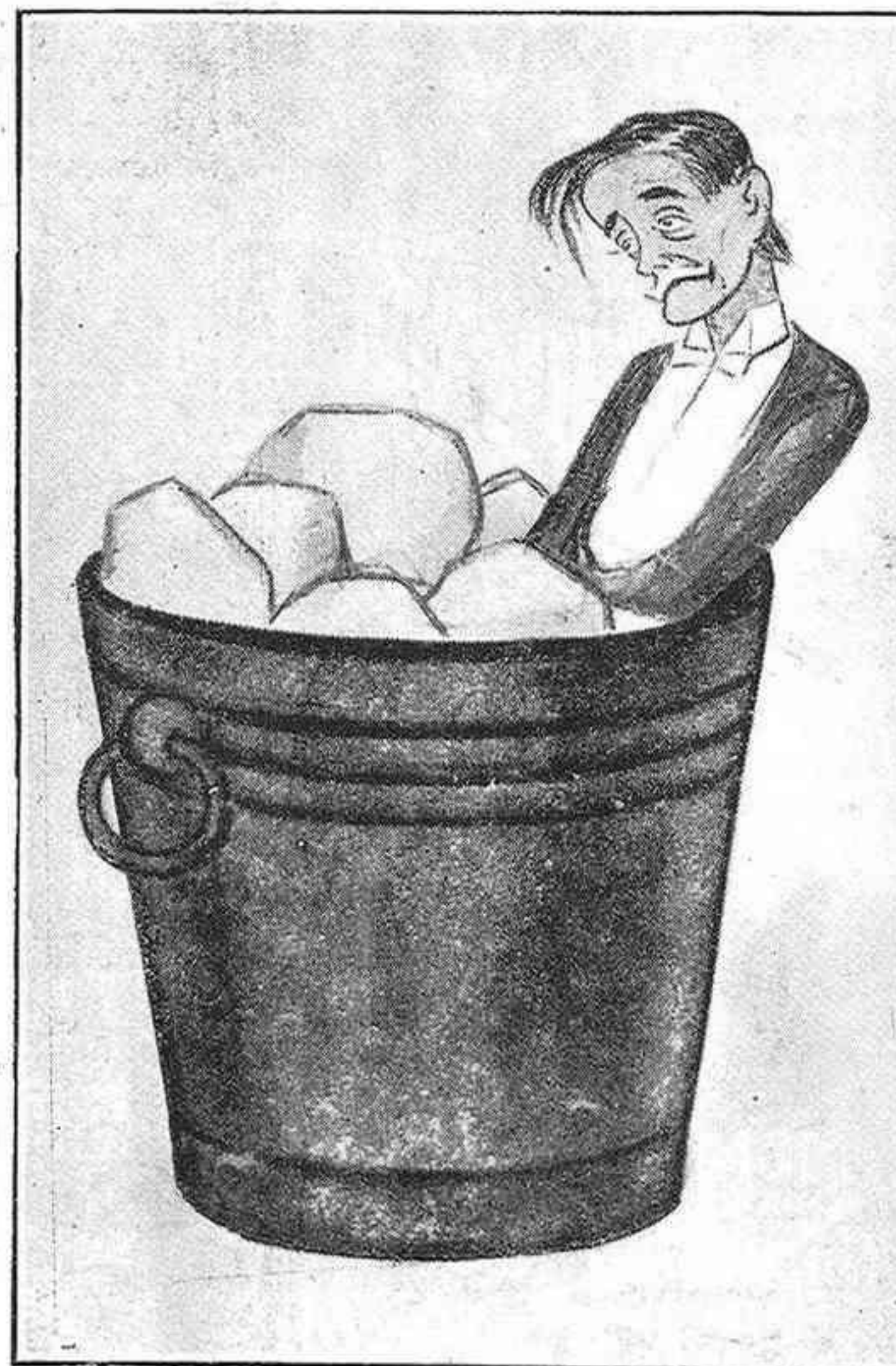
El palacio del Quirinal, en Roma, transformado en hospital de sangre para los heridos italianos

castellana traza ó ciertos lagos de agua transparente.

L'Inconnu, *La Armature*, *Flirt*, *Diogène le Chien*, *La betisse parisienne*, son títulos de libros enérgicos, punzantes, que se clavan dentro del espíritu con un ademán altivo y definitivo de pabellón conquistador.

Sobre todo *El desconocido* y *Los ojos verdes* y *los ojos azules* donde acecha lo sobrenatural la subvida que se asoma en los manicomios y en las religiones y en los vendedores de talento... Son novelas extrañas, crueles, que se agarran al cerebro con un beso helado y absorbente de vampiro. Yo no aconsejaría su lectura á un hombre nervioso durante esas horas de la noche en que el tiempo anda de puntillas para oír la voz de los muebles, de las puertas, de los viejos retratos familiares que se hallan en plena obscuridad y de las conciencias que se hallan en plena luz acusadora.

Y es inútil desprenderse de esta emoción circunfusa, de esta presencia tiránica de lo maravilloso. El interés de las fábulas, la cálida visión de vida y el estilo conciso, sobrio, que á líneas, fija la rotundez de un puñetazo y á párrafos parece sonar con la impensada agudeza de un silbido, nos ata de pies y manos y nos hace suyos hasta que toda la novela se nos entra como una inyección de morfina...



PAUL HERVIEU
(Caricatura de A. Barrère)

Es el caso de Hoffmann, de Maupassant, de Poe, de Marcel Schwab. Y como éstos, hermanos en la inquietud del misterio, ya Paul Hervieu traspasó los umbrales misteriosos...

El Quirinal, hospital de sangre

Después de los templos y de los teatros y de los casinos de playas aristocráticas y de los palacios nobiliarios, ya se abren á los heridos las mansiones regias.

Gran parte del Palacio del Quirinal de Roma ha quedado transformado en hospital de sangre y en las suntuosas estancias, sobrecargadas de un fausto demasiado augusto—en su sentido moderno, bien

lejos del otro sereno y majestuoso de la antigua Roma—se alinean los lechos blancos donde sufren los mozos pálidos y febriles. Van y vienen enfermeras por donde, en otros días felices, paseaban los criados de diferentes categorías—desde el asalariado al noble que considera con orgullo obedecer á un amo—con sus bordados y sus condecoraciones y sus espadas vírgenes. En vez de las fiestas palatinas con damas medio desnudas y cabelleras rutilantes de pedrería, el dolor de la visita sacerdotal á un lecho donde la muerte ya tendió su red implacable... Y en las tardes tranquilas, cuando ya sonríe la convalecencia unánime, como una gentil enfermera más que va de lecho en lecho renovando con artificiales reflorecimientos las flores de los búcaros, suenan canciones de cuartel ó canciones de campo, aprendidas muy lejos de las venecianas lunas, de las lámparas enormes, de los brocados y las sedas, y los oros y los suelos reflejadores como lagos tranquilos...

Esto es bien simpático porque momentáneamente pensamos en una invasión popular de los palacios reales. Se apoderan los humildes al fin! de las mansiones de los poderosos. A lo largo de las ricas estancias el pueblo avanza con sus zapatones claveteados, con sus miradas absortas, con su alma ingénu, estremecida de temor y de orgullo al mismo tiempo.

Sin embargo, los reyes pueden estar todavía tranquilos. No llegan en rebelión fuerte y sana las turbas igualitarias. No traen en las manos las piquetas homicidas ni las teas encendidas. No cantan emancipadores himnos con la voz enronquecida por el fragor de la guerra civil, en que hay sequedad de pólvora y el extraño sabor á sangre humana que tienen los vinos del saqueo. Al contrario. Vienen débiles, desangrados, sostenidos por mujercitas aristocráticas, vestidas de blanco... No vienen contra el Rey. Vuelven de defenderle. No le maldicen con rugidos de liberación; le vitorean con humildes y tímidas voces de esclavitud...

Pero aun esto mismo es peligroso. Imaginad el día de mañana, cuando estos mozos estén curados ó se les hayan cerrado los bordes, todavía frescos, de las amputaciones inevitables. ¿Qué pensarán estos hombres á quienes se les mostró temporalmente cómo viven los reyes y los nobles, y cómo se divierten los ricos en los casinos de las playas aristocráticas?

Retornados á sus miserias de antes, agravadas por la guerra, estos hombres que contrajeron tal vez enfermedades incurables, á quienes les faltan brazos y piernas ó—lo que es peor para los poderosos—la cándida creencia de que defendiendo lo que han defendido, era su patria la defendida, pensarán por un momento en renovar la vida.

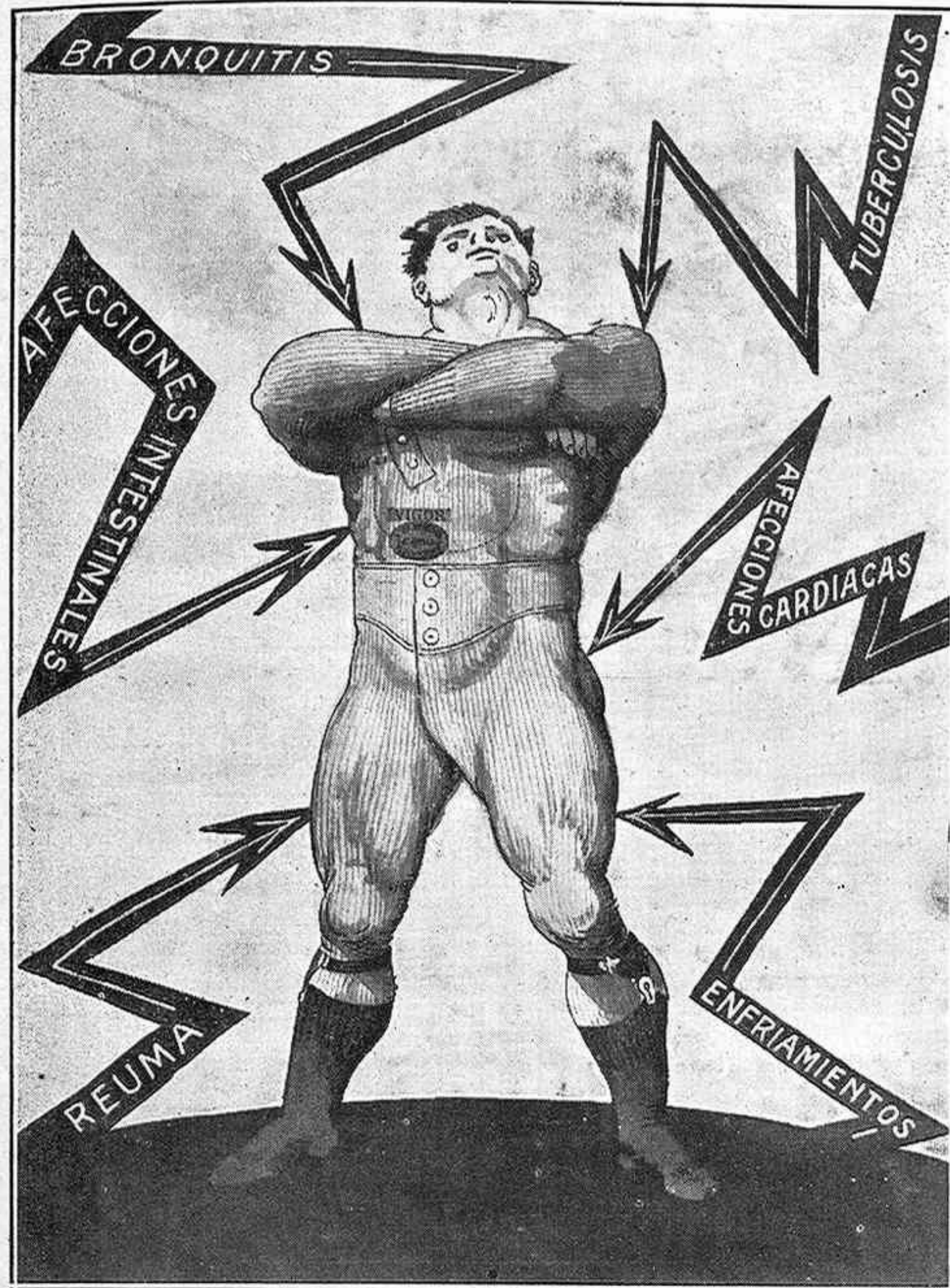
Y entonces no llegarán á los palacios temblorosos y febriles, apoyados en brazos de una enfermera aristocrática que considera una moda más el traje de dama de la Cruz Roja.

Porque después de este crimen del imperialismo, tal vez le esté reservado á nuestro siglo el espléndido espectáculo de un glorioso y renovador triunfo de las soberanías populares...

José FRANCÉS

¿QUERÉIS CONSERVAR LA SALUD?...

HIGIÉNICOS É INENCOGIBLES



LA CIENCIA LOS RECOMIENDA

Usad los trajes de punto, interiores, marca

“VIGOR”

Dr. ROBBER'S (Patente núm. 59.216)

VENTA EXCLUSIVA

MADRID: Sempere, Turmo, Pérez y C.^a, Almacenes de Tejidos, Sevilla, 16, y en la Sucursal, Arenal, 20, y San Martín, 2.—BARCELONA: Vda. de I. Alabert, Call, núm. 10; R. Piella Arró, Fernando, núm. 31; Sucursal de Benítez y C.^a, «Bazar Esperantista», Trafalgar, 2, y Junqueras, 18; Daniel Carreras, Ronda de San Antonio y Plaza de la Universidad.—BILBAO, Marcos Muñoz, Víctor, 6.—CÓRDOBA: «Casa Fabra», José Fabra Copete, Gondomar, 3.—GERONA: J. Oriol Carbó, Platería, 30.—GRANADA: Almacenes «La Paz», de Olmedo Hermanos y García, Oficios, 10.—HUESCA: Juan Antonio Palá, Coso Bajo, 9 y 11.—LA CORUÑA: Poncet y Rodríguez, Real, 65, y Marina, 36.—LÉRIDA: Camisería de José Ribé, Mayor, 34.—MÁLAGA: Camisería de Roberto Bonada, Larios, 2.—MANRESA: Mariano Gras.—OVIEDO-GIJÓN: Masaveu y C.^a—PALMA DE MALLORCA: Benigno Palos, Jaime I, 86, 88 y 90, y Colón, 27, 29 y 31.—PAMPLONA: Sucesores de Aldave, Calceteros, 2.—REINOSA: Sucursal de Sinforiano Ródenas, Mayor.—SAN SEBASTIÁN: «La Verdad», de José Aristizábal, San Lorenzo, 1, y San Juan, 1.—SANTANDER: Almacenes de Sinforiano Ródenas, Colosía, 1, y Sucursal, Atarazanas, 15.—SAN FELIÚ DE GUIXOLS: Casa exclusiva en géneros de punto, José Vilaret Xarnach.—SANTIAGO DE COMPOSTELA: Pedro Santos, Preguntoiro, 14.—SANTA CRUZ DE TENERIFE: «New England», Varona y Ruiz.—TORRELAVEGA: Sucursal de Sinforiano Ródenas, Mártires, 2.—VALENCIA: Camisería y Perfumería Sanz Maset y Poyo, Mar, 4.—VALLADOLID: Julián Alonso, sucesor de Eduardo Alonso, Constitución, 1, y Santiago, 17 y 19.—VIGO: «La Villa de París».—VITORIA: Olivares, Plaza Nueva, 30.

ORO Y PERLAS

Plata, platino, galones y piedras finas, pagamos su valor. Venta alhajas de ocasión, cubiertos, bandejas, toda clase objetos en plata ley al peso.

PÉREZ HERMANOS

Zaragoza, 9, y Fresa, 2
TELÉFONO NÚM. 2.449



IODASA BELLOT

para curar el reumatismo, Arterioesclerosis (vejez prematura), Artritis, Escrófula, Obesidad, Bronquitis crónica, Asma; como depurativo eficaz y para prevenir congestiones.

4,50 pts. frasco en todas las Farmacias. Por mayor: F. BELLOT, MARTÍN DE LOS HEROS, 63; Hijos C. Ulzurrun; Pérez, Martín; etc.

Calzados LA IMPERIAL

Puerta Sol y Plaza Progreso



Como este modelo, en box-calf, negro y charol, á 16 y 18 pesetas. Pedid catálogo. Apartado 559. Madrid.

SEÑORAS

La Casa Thomas, Sevilla, 3, Madrid, que siempre es la primera en presentar novedades, ha recibido en sombreros de señora y niña los últimos modelos. Los hay de todos los precios, ó sea desde lo más sencillo (pero elegante) á lo más lujoso

EDUARDO SCHILLING

(Sociedad en Comandita)

ARMAS, ARTÍCULOS DE VIAJE

EFFECTOS PARA TODOS LOS SPORTS

Fabricantes de las renombradas ESCOPETAS, marca “JABALÍ”

MADRID BARCELONA VALENCIA
Alcalá, 14 Fernando, 23 Paz, núm. 13



COMPRE USTED LOS MIÉRCOLES
“Mundo Gráfico”

COMPañIA COLONIAL

CHOCOLATES, CAFÉS, TÉS & MADRID

Lea Ud. los viernes
la revista ilustrada

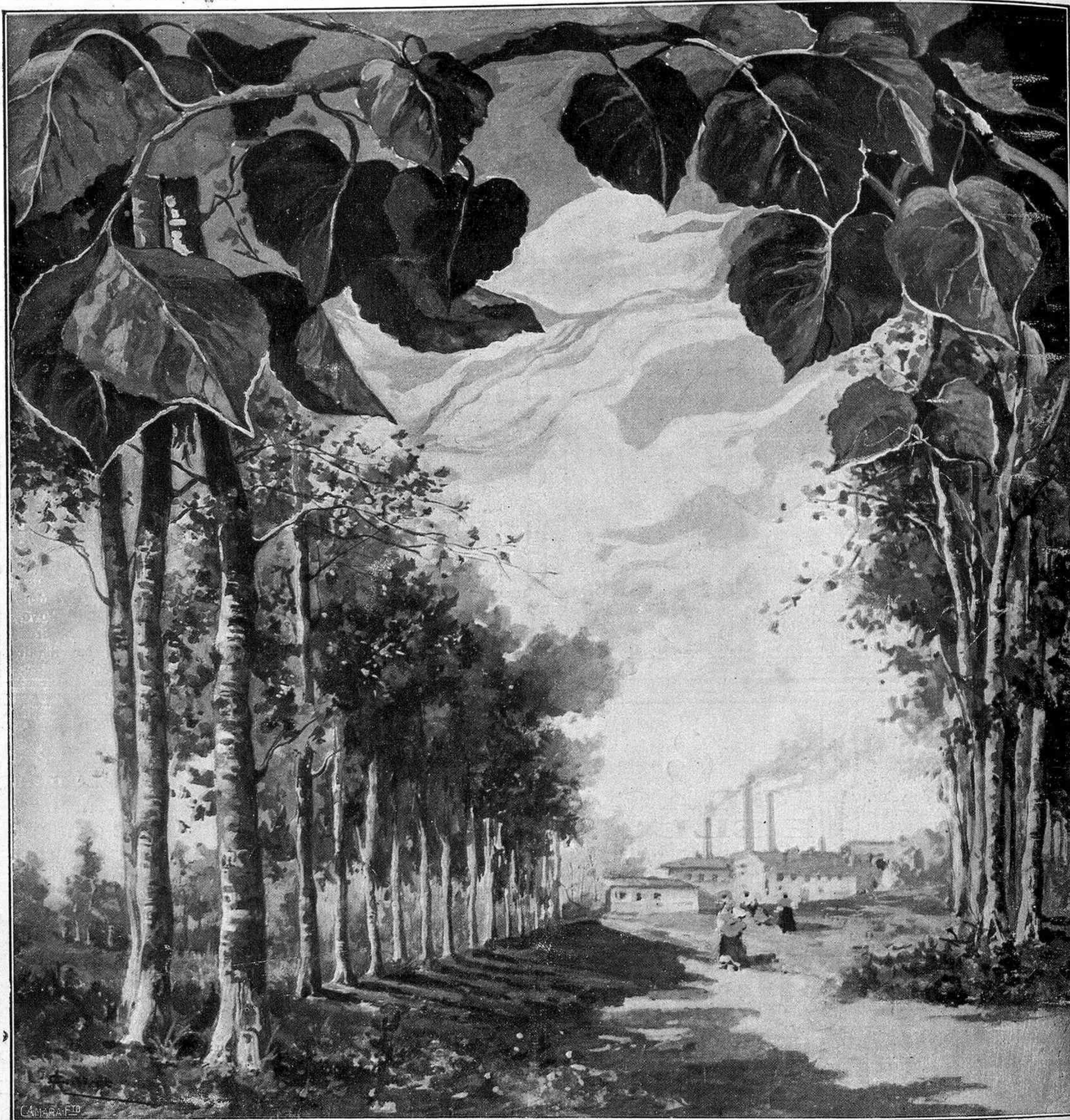
NUEVO MUNDO

IMPORTANTE

La Dirección de este periódico advierte que no se devuelven los originales ni se sostiene correspondencia acerca de ellos, sin excepción alguna. Al mismo tiempo, hace saber á los colaboradores espontáneos que no se publicarán otros trabajos, tanto literarios como

artísticos, que los solicitados

EL CHOPO CANADIENSE



El chopo canadiense es el árbol que produce mayor rendimiento en terrenos frescos, tanto por la rapidez de su crecimiento como por sus numerosas aplicaciones en la industria papelera, embalaje y construcción

SUPERA A TODAS LAS VARIEDADES DE ÁLAMOS

PARA INFORMES, DIRIGIRSE A

D. ANTONIO GANUZA, Echaide, 7, San Sebastián